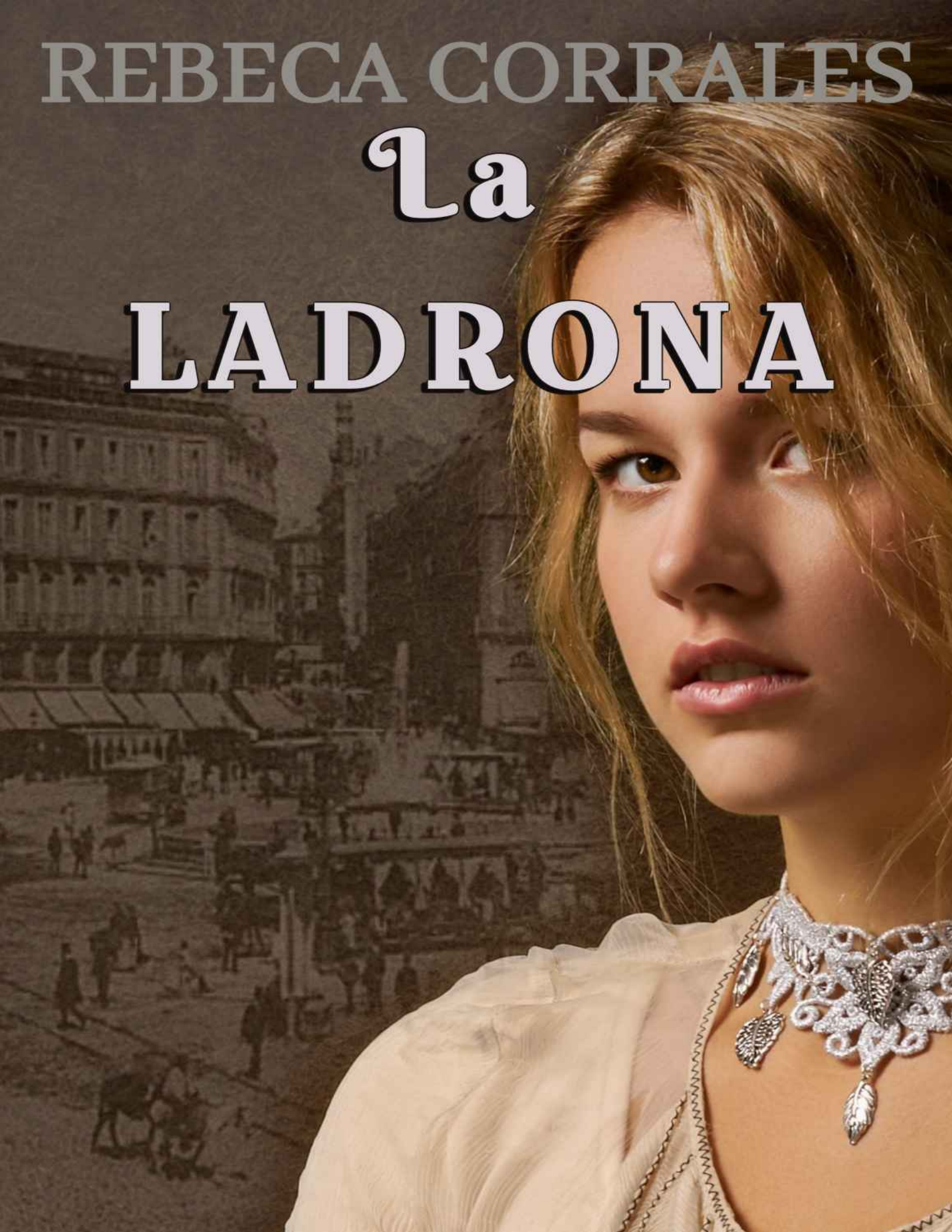


REBECA CORRALES

La

LADRONA



© La ladrona

© 2019 Rebeca Gómez Corrales

Todos los derechos están reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier formato.

Capítulo I

Los dos hombres caminaban por la oscura callejuela, con cuidado de que el pegajoso y maloliente fango no ensuciara sus relucientes zapatos, con escaso éxito. Al fin, alcanzaron la puerta por la cual se filtraba la única luz que iluminaba el tenebroso pasadizo, y que también dejaba escapar un lejano bullicio de risas y música.

Uno de ellos, alzando su bastón con cabeza de plata maciza, dio dos secos golpes en la desconchada madera, que un día estuvo pintada de rojo. Al instante, una mirilla se abrió y unos ojos escrutadores aparecieron, examinándolos de arriba a abajo. No parecieron muy complacidos con lo que vieron.

- Que quieren— preguntó una ronca voz.
- Venimos a ver a Tomás —anunció uno de ellos con voz imperiosa.

Tras un instante, la mirilla se cerró de golpe, y la puerta se abrió. Ambos hombres entraron, e ignorando al grueso y hostil hombretón que les había franqueado la entrada, se detuvieron tranquilamente en el umbral para echar un vistazo al garito. El interior, que era apenas un sótano o antigua bodega, a juzgar por las grandes vasijas que aún se veían adosadas en alguna de las paredes, se encontraba abarrotado. Un montón de hombres y unas pocas mujeres se sentaban en mesas y taburetes de madera, mientras bebían en jarras de barro lo que parecía ser vino peleón, a juzgar por el fuerte olor que flotaba en la estancia. Mientras, en una esquina, una gitana con un vestido escotado cantaba y bailaba, golpeando el suelo con los pies descalzos, acompañada por un hombre a la guitarra, aunque nadie, en medio del bullicio de risas y gritos, reparara demasiado en ellos.

Uno de los recién llegados, un hombre de cabellos y espeso bigote rubio, se quitó la elegante capa que cubría sus hombros, y al tiempo que dibujaba una pequeña sonrisa de disculpa, le dijo a su acompañante, encogiéndose de hombros:

- Al menos se está caliente.
- Siempre me sorprende como eres capaz de encontrar algo bueno que decir sobre cualquier cosa. Pero me temo que esta vez, aparte de un poco de calor, poco encontrarás aquí que valga la pena— contestó el otro, mientras miraba desdeñoso la escena.

Sin embargo, el hombre bajó los pocos escalones que le separaban de la larga mesa que hacía las veces de barra de aquella improvisada taberna, y dirigiéndose al voluminoso hombre que se ocupaba de secar vasos con un paño mugriento, preguntó:

- ¿Dónde está Tomás?

El camarero le observó de arriba abajo, para al final limitarse a señalar con la cabeza hacia una de las mesas, donde un grupo de hombres jugaba a los naipes. Se acercó a ellos, y nada más verlo, un hombre pequeño y de movimientos nerviosos dejó las cartas sobre la mesa, e indicó a los demás:

- Ahuecar el ala. Tengo negocios que atender.

Los demás se levantaron rápidamente, como si hubiesen repetido aquello cientos de veces, y procurando recoger rápidamente sus ganancias, dejaron las sillas libres. El hombrecillo, medio levantándose y con una sonrisilla en los labios, invitó con un gesto a los recién llegados a ocuparlas.

- Buenas noches, *Señó* Muñana—saludó al del bigote nada más verle con una sonrisa melosa —Hace mucho que no tenía el placer de verle.
- Sin nombres, hágame el favor. No quiero que ningún oído curioso me relacione con este sitio.
- No ponga *cuidao*, que yo no diré una miaja, ni ninguno de estos tampoco, más les vale... ¿Y su amigo es...? Digo, como hago *pa* llamarle, si tengo que.

El rubio observó a su compañero un instante. Alto, distinguido, moreno y vestido de negro, mostraba en ese momento un gesto sombrío.

- Este es el señor Nadie. Y dejémoslo así.
- Muy bien entonces —aceptó el truhan—. Pero aquí estamos entre amigos, ¡relájense! —hizo un gesto al de la barra, que en seguida se acercó con una jarra y unos vasos que planto en frente de los recién llegados. Espero hasta que tuvieron los vasos llenos antes de proseguir—. Bueno, pues dígame, que se le ofrece. No hacía falta que se viniese hasta aquí, y menos en una noche tan desapacible como esta, que *paeciase* que cayeran chuzos de punta. Si hubiese *avisao* usted, le hubiese *servio* a domicilio. Ya sabe, que *pa* un buen cliente, lo que necesite.
- Sí, Cierto..., muchas gracias —murmuró el rubio, visiblemente incómodo— Pero tenemos cierta urgencia y además, la petición que debemos hacerle es un tanto peculiar, por lo que prefería tratarlo en persona. Además, ...
- ¿Peculiar?, *usté quie deci...*, raro ¿no? Ah, pues seguro que podremos apañarle algo, aunque ya sabe, las cosas *asín*, “especiales” salen más caras —advirtió, aunque ahora parecía estar más interesado en hurgar con un palillo en su dentadura.

En ese momento, una mujer se acercó hasta su mesa. Era joven y bonita, y vestía un vestido rosa, con numerosos volantes, quizás demasiado estrecho en la zona del busto.

- Vaya, vaya, pero mira lo que ha traído el gato — dijo ella, acercándose insinuante al atractivo hombre moreno, y mientras le ponía una mano sobre el hombro dijo —Quizás a este elegante caballero le apetecería pasar un buen rato.

El hombre, observó un momento a la muchacha con interés. Esta, percibiéndolo, se sentó en su regazo encantada y le dedicó una amplia sonrisa de dientes grises y carcomidos.

- Apártate —ordenó rígido el hombre, al tiempo que la apartaba con el brazo, asqueado.
- Venga Manuela, no molestes —dijo Tomás, al tiempo que, cogiendo a la chica de la muñeca, la levantaba bruscamente, echándola a un lado. La chica se alejó, pero no sin antes dedicarles un gesto obsceno.
- Que te dije Fernando, aquí estamos perdiendo el tiempo —dijo molesto el supuesto señor Nadie a su amigo.
- Espera. Seguro que Tomas tiene algo mejor que ofrecernos.
- ¡Por supuesto que sí! Tengo un amplio muestrario donde elegir. Solo tienen que decirme

que es lo que quieren.

El llamado Fernando miro a su amigo, con las cejas levantadas, como pidiendo permiso para continuar. El otro, le indicó que siguiera con un gesto, al tiempo que, lanzando un suspiro resignado, sacaba un cigarro y procedía a encenderlo.

- Verás —comenzó Fernando—, no buscamos una de tus pequeñas rameritas de puerto — dijo indicando a la muchacha que acababa de irse, que ahora, sentada en el regazo de un hombre con aspecto de albañil, se reía a carcajadas de lo que este le susurraba al oído. —Buscamos a alguien completamente diferente. Con buen aspecto, presentable y que sepa comportarse. Alguien con clase.
- Hombre, pues haberlo dicho antes. Tengo exactamente lo que queréis ¿ves cómo solo tenías que decirlo? Precisamente conozco a una viudita, preciosa, pero que la pobre ha caído en desgracia recientemente. Por un módico precio será de lo más cariñosa. Es alguien que, hasta hace bien poco, se codeaba con lo mejorcito de...
- No nos vale —espetó el señor Nadie, de repente.
- ¿No?
- No. No es solo eso. Le diré exactamente lo que quiero. Quiero a alguien atractivo, que sepa comportarse en los mejores ambientes. Distinguida. Pero que, al mismo tiempo, sea capaz de sisar una cartera como el mejor ratero de todo Madrid.
- ¿Cómo? —dijo sorprendido.
- Ya me ha oído. No busco que me calienten la cama. Busco a alguien para hacer un trabajo. Y necesito que cumpla con esas características. Tiene o no tiene alguien así.

Tomás se encontró perplejo por un momento. Pero en su carácter no estaba el dejar escapar una oportunidad, así que, rebuscó en su mente hasta dar con la solución.

- Creo que..., sí. Creo que tengo algo que les irá bien, como miel sobre hojuelas, ya lo verán. Claro que sí —Sentenció, con una sonrisa satisfecha.

Capítulo II

Ángela se había levantado aquella mañana de buen humor. Después de arreglar un poco su pequeña habitación en la azotea del edificio de corralas, bajó por la estrecha escalera de madera, cuidando bien donde ponía los pies, no fuera a pasarle como a Juan, el del quinto, que hace un par de semanas acabó con la pierna rota después de pisar un escalón carcomido. Claro que ella no pesaba lo que el gordo Juan, pero más valía ser prudente.

La gente le preguntaba porque vivía en aquel palomar, apenas un cuartucho, más pensado para guardar herramientas, que como vivienda, y teniendo que subir todas aquellas escaleras a diario. Pero a ella le gustaba aquello. Era luminoso y los malos olores de la calle, o de los que producían los vecinos cuando alguno decidía cocinar sardinas no llegaban. Tampoco los del excusado común que había en la planta baja, único para todas las viviendas. Pero, no era solo eso, era tan barato que no tenía que compartirlo con nadie. Y aunque en verano dormir allí, después de que el sol hubiese calentado sin piedad todo el día en el endeble tejado de madera, era como hacerlo en una sartén al fuego, o que pareciese una fresquera en invierno, por la cantidad de corrientes que se colaban en la endeble estructura, la muchacha valoraba la independencia que le daba por encima de todo.

Al llegar al segundo piso, alcanzó a ver por el rabillo del ojo, una rápida y pequeña figura, que corría a esconderse entre los incontables tiestos colgados del enrejado, colocados allí por alguna vecina, con la esperanza de dar algo de alegría al cochambroso edificio, que había visto tiempos mejores. Dedujo que sería Juanito, el más pequeño de los tantos chiquillos de la familia de Miguel, el gallego que vivía en la entreplanta, y que solía estar siempre enredando por allí. Le llamó, y al escuchar su nombre, una pequeña carita sucia asomó, aunque sin atreverse a salir aún, desconfiado. Pero al reconocerla grito feliz:

—¡Hola Ángela! —saliendo de un salto, el delgado rapaz preguntó contento— *¿Tíés algo pá mí?*

— Mmmmm, *pos pué* que si...—contestó ella sonriente.

—¡Qué es, que es! — se alborotó el chiquillo, con los ojos brillantes de expectación.

— Primero, tendrás que adivinar donde está —dijo ella, enseñándole ambas manos cerradas en un puño.

El chiquillo dio unas palmadas, contentísimo con el juego.

— Aquí —dijo señalando su mano derecha. Ella abrió ambas manos, y efectivamente en su mano derecha, apareció un caramelo, envuelto en papel de brillantes colores. El niño, lanzando un chillido de alegría y fue a cogerlo, pero de repente, el caramelo había desaparecido.

—¡Ángela! —la regañó el niño, con el ceño fruncido.

— *¿Qué?* Es que no era ahí donde estaba —dijo abriendo la otra mano, y el niño volvió a vislumbrar el caramelo, pero de nuevo, desapareció al instante.

—¡Ángela, no! Venga... —dijo el pequeño, dirigiéndole una mirada triste, que ella no pudo resistir.

— Pero chiquillo, ¡si lo has tenido todo aquí todo el tiempo! — y con un roce, simuló sacarlo de detrás de la oreja del niño. Esta vez, dejó que el chiquillo lo atrapara. Iba a decirle que lo compartiera con sus hermanos, pero desenvolviéndolo en un periquete, se lo metió en la boca entero y sin pestañear siquiera.

— ¿De dónde lo sacaste Ángela? ¿De la tienda del tío Pedro? —preguntó, mientras un reguero de saliva le resbalaba por la comisura, refiriéndose a la tienda de ultramarinos de dos calles más arriba,

— *Pos* claro que no, ya te he dicho muchas veces, que no se debe afanar *ná* por el barrio. Sabes que yo solo trabajo en los barrios de los ricachos.

—¿Me enseñarás ese truco, Ángela? —preguntó.

— Claro, pero primero *ties* que seguir practicando con la moneda como te dije. Lo importante es que tengas dedos rápidos. Cuando vuelva, me enseñas como lo haces ¿Te *paece*?

Y con una última caricia a la despeinada cabeza, siguió bajando las escaleras hasta la calle. Estaba intentando enseñar al despierto pequeñajo para que cuando creciera, tuviese una profesión a la que dedicarse, y no acabase deslomado descargando carros como su padre. Observó la concurrida calle, viendo como la gente estaba ya en plena actividad. Las mujeres volvían con las cestas llenas del mercado, entreteniéndose a charlar un rato en el corrillo que siempre se formaba alrededor de la fuente, única para abastecer de agua corriente a toda la calle, mientras que nubes de chiquillos desarrapados correteaban por todas partes. Ángela se detuvo un momento para disfrutar del tibio calor de sol que calentaba apenas en aquel luminoso, aunque frío, día de invierno, sonriendo al ver el despejado cielo azul, tras varios días de lluvia. Otro motivo más para estar contenta ese día, porque María por fin le había dicho que aquel día tendría terminado su vestido nuevo. Estaba deseando verlo, así que se apresuró a cruzar la calle camino de la casa de su amiga, y después de saltar unos cuantos charcos, y de esquivar el carro del carbonero, consiguió milagrosamente llegar sin mancharse demasiado hasta su edificio. Desde luego, lo mejor sería que no se pusiese el vestido nuevo hasta haber salido del barrio, sino quería destrozarlo. Bajo el pequeño tramo de escaleras hasta el sótano donde vivía María, y llamó a su puerta. Mientras esperaba, echo una mirada al pequeño ventanuco que tenía la vivienda, por donde se veía aún encendida la única bombilla, a pesar de haber amanecido hacía ya rato. No sabía cómo María podía coser con tan poca luz, pero la verdad es que era capaz de hacer maravillas con sus pequeñas manos. En seguida, la puerta se abrió, y apareció su amiga, que la hizo entrar rápidamente.

— ¡Vamos! Acabo de darle las últimas *puntás*.

Entro en la pequeña vivienda, donde no había sitio para mucho más que una estrecha cama, una mesa, y una silla bajo la ventana, donde la chica pasaba los días cosiendo. Sobre la cama reposaba el vestido. Ángela le había traído una tela azul para que se lo hiciera. No era de la calidad que le hubiese gustado, pero no había podido permitirse nada mejor. Al menos, era de un color muy bonito, y creía que las pequeñas florecillas blancas le daban un aire elegante. Siempre

se fijaba en las mujeres que veía caminando por las calles del centro de la ciudad, y había procurado darle a su amiga instrucciones precisas de lo que quería. Y por lo que parecía, ella lo había cumplido al pie de la letra.

— ¡Corre, pónelo! — su amiga parecía aún más ansiosa que ella, y ambas reían excitadas mientras Ángela se desvestía. Le ayudo a deslizarlo por su cabeza, y el vestido entró ajustándose perfectamente a su cuerpo. Tras abrocharle todos los botones, la contempló extasiada.

— Estas maravillosa. ¡Te queda como un guante!

Ángela, miraba hacia abajo, al tiempo que se movía intentando verse, aunque le resultaba difícil ante la falta de espejo. Preguntó ansiosa:

— ¿De verdad que me queda bien?

— Estás guapa, reguapa. *Igualica* que esas mujeres que vimos en el teatro.

María se refería a un día que su amiga la había convencido para ir hasta el centro, a la hora de la salida de los teatros. Todo para ver a las elegantes damas que salían, y poder admirar aquellos maravillosos vestidos, solo un instante antes de que ellas se cubriesen con sus pieles y desaparecieran dentro de los carruajes, como luminosas aves exóticas.

Aunque aquel desde luego no era un vestido como aquellos. Este no era más que un sencillo vestido de paseo, pero a pesar de ello, había costado una pequeña fortuna para los escasos ingresos de la chica. Pero ella lo veía como una inversión.

— Ojalá. Con este vestido, podré caminar por las calles y entrar en las tiendas elegantes sin que nadie me eche cuenta.

— Bueno, quizás entonces no tendríamos que haberlo hecho tan bonito. Porque seguro que más de uno no te quita ojo —dijo María con una sonrisa, mientras observaba maravillada a su amiga. No conocía a nadie tan guapa como Ángela, con sus largos cabellos rubios y su cara de ángel, y ahora con ese vestido que se ajustaba a su delgado cuerpo, y que resaltaba el azul de sus ojos, resultaba encantadora.

— Que tonta —dijo Ángela, riendo—. Tú sí que estarías bonita vestida *asín*.

— No digas eso, yo no podría lucirlo como tú —respondió la otra, brusca de repente, y una sombra paso por sus ojos.

Ángela no quiso seguir por ahí, porque empañarían ese momento feliz. María era también una chica muy guapa, pero hace algunos años, una enfermedad la había afectado las piernas y ya apenas podía caminar sino era con ayuda de un bastón. Pero eso no era lo peor, la enfermedad había conseguido cambiar su carácter, volviéndola retraída y asustadiza. Aún recordaba cuando su alegre amiga y ella correteaban por las calles del barrio, pero ahora apenas quería salir de aquellas cuatro paredes, más que para lo indispensable, y hasta le pedía muchas veces que le trajese las labores de costura que necesitaba para sobrevivir, sin atreverse a salir.

— Solo que...— dijo entonces María, con cara preocupada —, resulta que se me acabó la tela antes de terminar.

— Pero ¿qué *ices*? — dijo Ángela, mirándose de arriba abajo— Pero, ¡Si está *fetén*!

— Fue por el polisón. No sabes la cantidad de tela que me hizo falta...y..., me quede corta

para el resto.

— Bueno..., ya sabes que era muy cara, y *na más* que me dio para traerte la justa. No es culpa tuya.

— Pero no te preocupes, encontré como apañarlo. Mira, quítatelo.

La chica obedeció, y cuando lo tuvo en las manos, la costurera levantó ligeramente el polisón, y entonces lo vio.

— ¡Me has *dejaó* con el culo al aire! —Exclamó Ángela. La otra se echó a reír sin poder remediarlo, ante la cara estupefacta que su amiga había puesto.

— ¡Anda, que no! Ay...¡Lo siento! Pero cuando te lo pones no se nota *na de na*. Solo que, tienes que tener cuidado al sentarte, porque el polisón se levanta un poco y...

— Bueno, vale, no pasa *ná* —dijo la otra, pasado el asombro —. Si la verdad, no creo que me llegue a sentar nunca. Lo único que voy a hacer es pasear por aquí y por allá, mientras aligero unas cuantas carteras.

— ¿Ves? No tendrás ningún *poblema*.

Poco después, Ángela salía de casa con el paquete bajo del brazo. Había tenido aquella idea hacía meses, pero había tardado mucho en reunir el dinero, y después en buscar un modelo que María fuese capaz de copiar. Todo había sido porque se había dado cuenta de lo difícil que era ejercer su trabajo en los barrios de la clase alta vistiendo con sus ropas habituales, levantaba sospechas enseguida. Sobre todo, cuando intentaba entrar en algún local elegante, en seguida tenía encima a los porteros, que se ocupaban de echarla con cualquier excusa en cuanto se atrevía a poner un pie en ellos. Pero, claro, era allí donde conseguía levantar las carteras más abultadas y con más facilidad. Así que, esperaba que ahora, con ayuda de aquel vestido pudiese pasar desapercibida.

Espero en la parada del tranvía hasta que llegó uno lo bastante lleno como para permitirle colarse sin que el cobrador se diese cuenta, y dejó pasar parada tras parada, hasta que los descampados, las destartaladas corralas de vecinos y las casas bajas de los barrios pobres de las afueras de Madrid, dieron paso a las anchas avenidas y a las grandes casas de los barrios acomodados. Allí, se bajó. En cuanto puso un pie en esa calle, notó como la observaban de arriba abajo, e incluso alguna de aquellas elegantes señoras se ocupaban de esquivarla en la acera, como si fuese a mancharlas, con un mal disimulado gesto de desprecio. Aquello siempre la enervaba y ganas le daban de escupir en sus delicados y brillantes zapatos. Afortunadamente, en seguida llegó hasta el lugar que se dirigía.

Hacía días que había encontrado ese pequeño almacén, cuya cerradura se forzaba fácilmente. Desgraciadamente, dentro no había nada digno de ser robado, pero ahora le iría muy bien para poder cambiarse. Entrando disimuladamente, sacó el paquete de la cesta que había llevado consigo, y se puso su vestido nuevo. Sacó también los zapatos, de segunda mano, pero en muy buen estado, y los cambió por sus gastadas alpargatas. Con ayuda de un espejito, se colocó hasta un gracioso sombrerito que había conseguido afanar, porque desde luego no podía permitirse el precio ridículo que costaba una de aquellas cosas. Lamentablemente, no había conseguido hacerse con un chal que acompañase el vestido, y el que llevaba parecería un trapo al lado de su vestido nuevo. Así que, aunque se sentía casi desnuda sin él, tuvo que dejarlo allí junto con el resto de sus cosas.

En cuanto salió de nuevo la calle, se sintió una persona nueva. Desde luego, había nacido para esto. Empezó a caminar por la acera, y en seguida notó el cambio de actitud. Los hombres, la observaban sonrientes, e inclinaban sus sombreros a su paso, y las mujeres, ya no se apartaban, aunque sí que la miraban con curiosidad. Se dirigió sin dudar directa a una de las tiendas de la calle. Se trataba de unos elegantes almacenes donde no hace ni dos semanas, la habían echado con cajas destempladas. Esta vez, cuando llegó hasta las doradas puertas, el mismo portero que la había echado la primera vez, le abrió solícito con una sonrisa, y ella entró allí con paso firme, y sintiéndose como una princesa.

Un par de horas después salió de nuevo, con tres abultadas carteras escondidas en su ropa interior. Había descubierto que el agujero bajo su polisón, podía ser de lo más práctico. Estaba encantadísima con el efecto conseguido con su vestido, había podido pasearse por toda la tienda a su antojo sin levantar sospechas. Una única cosa le había venido a molestar. Plenamente confiada en su nueva apariencia, se había atrevido a acercarse a uno de los brillantes mostradores del establecimiento. Al instante, una dependienta apareció ante ella, observándola detenidamente, mientras ella examinaba las fruslerías expuestas. No fueron sus palabras las que le ofendieron, sino su mirada y actitud de superioridad. Fue sumamente altanera cuando le preguntó el precio de no sé qué cosa. Su respuesta fue seca y nada amable. Nada que ver a la solícita actitud que mostró cuando la siguiente clienta apareció, y por la que se apresuró a dejarla plantada. Pero, en fin, no dejaría que aquella *empleaducha* con ínfulas le empañara su tarde de gloria. Se dirigía de nuevo hacia su almacén, para dar por terminada la fructífera jornada, cuando se acordó. Y es que, el día anterior, mientras se encontraba en la puerta de su edificio, de cháchara con la señora Brígida, la floretera, había aparecido por allí nada menos que el Tomás.

— Buenas tardes bellas señoras, ¿qué tal se encuentran? —les dijo, con voz melosa.

En cuanto le vio, la floretera, ignorándole, le dijo a la muchacha con su afilada lengua habitual:

— A ver, qué demonios se le ha perdido a este por aquí. Y digo yo, que aún no ha *oscurecio del to*, las alimañas deberían estar *metias* aún en sus *güjeros*

— Pues precisamente, venía buscando a esta linda señorita —respondió pasando por alto la pulla de la anciana, y mostrando una gran sonrisa que puso los pelos de punta a Ángela.

— Pues ya te puedes ir *olviando*. No tienes *ná* que tratar con ella, que no *tie ná* ver con tus *señoritingas* —contestó por ella la mujer.

— Lo sé de sobra, mujer. Aunque ella ya es mayorcita *pá* contestar sola, me *paese* a mí.

— Hasta ahora, mi representante lo está haciendo *mu requetebien* —contestó esta vez Ángela, provocando las risas de la florista.

— A ver bonita —contestó el hombre, empezando a molestarse —, que vengo a proponerte un trabajo, una faena que te va a convenir, y no del tipo que tú piensas. Una que te va a dar mucho *parné*, más del que has visto en *toa tu vida* junto. Tendrías que estar *agradesia* de que haya *pensao* en ti. *Pa* que me entiendas, son tus...habilidades, en lo que estoy *interesao*. ¿Podemos hablar un momento? Aquí hay demasiados gente *pa* mi gusto—dijo, mientras le hacía una seña con la cabeza hacia un lado, y se alejaba unos pasos.

Ángela, sin tenerlas todas consigo, pero sin querer ofender al siniestro hombrecillo más de lo necesario, le hizo un gesto de despedida a la otra mujer, que la miraba con cara de preocupación y se acercó hasta donde la esperaba.

- ¿Qué trabajo es ese? A ver.
- Es un encargo especial. Es de parte de un caballero elegante y te puedo asegurar que te pagara bien. Con un solo día tendrás la ganancia de *tol* mes.
- Mucho me *paese* eso. ¿De qué se trata?
- No me ha querido contar *to*. Solo que necesitan que les afanes algo por encargo. Dice que ya te lo contará a ti.
- Mira que si me engañas...sabes que yo no me dedico a tus negocios.
- Lo sé, lo sé...aunque que desperdicio, chiquilla — dijo recorriéndola con la mirada de arriba abajo —Harías un buen dinero.

Ángela lo miró enfadada, y a punto estaba de darse la vuelta para largarse, cuando él la retuvo diciendo:

- Perdona chica, que *ties* la piel *mu* fina. Mira, solo quiere hablar contigo. Y va a ser en un lugar público, no tienes de que preocuparte. Te invita mañana a las cinco en el café Real. Como ves, es un tipo con clase. Tendrás que ponerte elegante...Si *quies* puedo decirle a alguna de mis chicas que te preste algo.
- Si me pongo algo de lo que llevan tus chicas, seguro no me dejan pasar de la puerta. No, gracias. Déjalo de mi cuenta.

Esta fue la conversación que Ángela recordó al salir de los almacenes. Preguntó la hora a un hombre que pasaba, y este muy amablemente le contestó que eran las cinco menos diez. Le daría el tiempo justo para acercarse al café, que estaba en la calle Alcalá, a solo un paso de allí. La verdad, no estaba muy segura de querer mezclarse en ningún negocio con aquel tipo, pero estaba algo cansada de llevar todo el día en pie y sentarse un rato a tomar un chocolate antes del largo viaje de vuelta en el tranvía, sería justo lo que necesitaba en ese momento. Sobre todo, si era otro el que pagaba. Además, nunca había entrado en el distinguido establecimiento, y era una manera más de aprovechar el estreno del traje nuevo. Decidida por ese pensamiento, dirigió sus pasos hacia allí.

Capítulo III

Fernando Muñana y Alonso de Quintanar, entraron en el café a las cinco menos cinco, y pidieron una mesa para tres. Se sentaron a esperar, aunque Alonso, nada más dar las cinco, ya dijo:

- Son las cinco. Y no está aquí. Te dije que no te fíases de ese tipo.
- Alonso —dijo su amigo, exasperado—, ese tipo, es muy fiable, aunque no lo creas. Es fiel al dinero, y por lo tanto, puedes confiar en que hará todo lo posible por conseguirlo. Vendrá.

Justo en ese momento, una señorita, rubia y bella, se plantó frente de su mesa, y preguntó:

- ¿El *seño* Muñana?

Fernando, levantándose como por un resorte, contestó:

- El mismo. ¿La señorita García?

Ella asintió con una sonrisa, e ignorando la mano que le ofrecía, se sentó en la silla libre, sin reparar tampoco en el camarero que se había acercado para apártasela, aunque eso sí, afortunadamente, recordó en el último momento la advertencia de María, y cuidó de sujetar el polisón con una mano para que no se levantase. Fernando, volvió a sentarse, mientras miraba a la chica, maravillado. Alonso, sorprendido, también la observaba atentamente.

- Bien señores, pues ustedes dirán —dijo Ángela, en vista de que continuaban mirándola sin soltar palabra.
- Claro señorita, en seguida...—Fernando, nervioso de repente de plantearle la delicada cuestión que habían venido a tratar a aquella bonita muchacha, que le miraba con rostro angelical, miró a Alonso como pidiendo ayuda, pero este no parecía tener ninguna intención de interceder y se limitaba a mirarla con rostro pétreo. No podía creerse que aquella fuese la ladrona que le enviaban. Preguntó cauteloso: —. Usted...esto... ¿la envía Tomás, verdad?
- Sí, el mismo.
- Ah, bien...Pues, la verdad no sé si él le habrán puesto ya en antecedente. Se trata de un asunto algo espinoso...
- Sí. Sé que quieren encargarme un trabajito. *Paese* que necesitan que les afane algo ¿no?, pero, no me ha querido soltar prenda sobre que —soltó ella con soltura—Eso sí, les aviso que no he dicho aún que lo vaya a *haser* ¿eh?, hasta que no me cuenten *tó* y sepa de qué va el asunto. No sé qué les dicho ese granuja de Tomás, pero que quede clarinete que yo voy por libre.

Fernando quedó estupefacto con la parrafada, pero soltó el aire aliviado, porque al parecer se trataba de la persona correcta. Alonso en cambio, frunció el ceño al escuchar el vulgar acento con la que se expresaba la muchacha. Ángela observó a los dos hombres. Ambos eran dos perfectos especímenes de jóvenes y adinerados caballeros, igualitos a los que solía desplumar, ya que su experiencia le decía que ambos llevarían un buen fajo en el bolsillo. Bastante atractivos ambos,

por cierto. El rubio, parecía amable, le había caído simpático en seguida, y es el que llevaba la voz cantante. Pero su trabajo la obligaba a observar a la gente y evaluarla de un solo vistazo. Por lo que apostaría que el que realmente llevaba la sartén por el mango era el moreno, ese que la miraba con cara de palo. Aquel no le gustaba nada. La miraba como si supiese ver a través suyo. De cualquier manera, aquello se salía del todo de lo que ella estaba acostumbrada, y no le daba buena espina. Pero bueno, eso no le impediría aceptar su invitación.

- ¿No van a pedir *ná*? —preguntó ella entonces.
- ¿Cómo?
- Creía que aquí se venía a tomar un refrigerio de esos.
- Ah sí, por supuesto —dijo Fernando, y solícito, hizo una seña al camarero. Tras hacer el pedido, y ya más tranquilo, tomó de nuevo la palabra—. Le contaré lo que necesitamos, señorita, aunque como le digo, entenderá que el asunto debe llevarse con total discreción, y por lo tanto, de momento no podremos darle todos los detalles. El caso es que necesitamos algo que está en poder de cierto caballero. Y nos está resultando del todo imposible conseguirlo.
- ¿Y dónde lo tiene, en su casa? — preguntó sin mucho interés Ángela, más atenta a la bandeja de picatostes que acababa de traer la camarera.
- Sí, creemos que está en su casa. Usted entonces...
- Entonces creo que no voy a poder ayudarles — interrumpió Ángela, mientras se metía en la boca el dulce y cogía otro. Estaban realmente deliciosos—. Yo no me dedico a limpiar casas —afirmó, hablando con dificultad, mientras masticaba.
- ¿Limpiar?
- Limpiar, desvalijar..., como le venga en gana decirlo. Vamos, que yo no hago eso. No es mi especialidad. Tendrán que buscar a otro.
- ¡No, no!, desde luego que no es eso lo que necesitamos. Y le ruego, baje usted la voz — contestó Fernando, incomodo ante el desparpajo con el que hablaba la chica, mirando al tiempo con el rabillo del ojo a las mesas cercanas—. No es eso lo que le pedimos. Sospechamos que lo que necesitamos está guardado en su casa, ciertamente, seguramente bajo llave. Es esa llave, que tenemos motivos para creer que siempre lleva consigo la que necesitamos que usted consiga.
- ¡*Cachis*, *pos* haberlo dicho antes hombre! Tan solo dígame quien es y se lo conseguiré—. Engulló el último de los picatostes que quedaba en el plato, bien mojado en chocolate, y mientras se lamía los últimos restos de azúcar de los dedos, miró a su alrededor—. ¿Está aquí?
- ¿Aquí?
- Claro. Ese caballero que dice.
- No, no, claro que no. No consiste solo en conseguir la llave, hay más. También...
- Pero les saldrá caro —advirtió ella, cortándole.
- ¿Cómo? —preguntó Fernando confuso.
- Yo soy la mejor, pregunta a quien quieras —dijo ella, alzando su barbilla—. Te dirán que no hay otra de dedos más rápidos que los míos. Así que...—.dijo haciendo un gesto de frotarse los dedos—, tendréis que untarme bien.
- Eh...Por supuesto, sin duda. Su estipendio será acorde con sus...expertas habilidades.
- ¿mi estipen.. qué? —preguntó confusa.

- Su...recompensa, su salario, me refiero ¿Y qué tenía usted pensado...?
- Fernando, no nos sirve —de repente se escuchó la voz del caballero moreno, que había permanecido silencioso hasta ahora—. No podrá hacerlo —repitió, dirigiéndose a su amigo.
- ¿Cómo que no nos sirve? Pero, si es perfecta, ¡Mírala! —respondió el rubio, sorprendido.
- Confieso que en un primer momento, a mí también me ha engañado. Pero pasado el primer momento, y si no dejas que te deslumbren esos ojos azules, hasta tú te darás cuenta. Por ejemplo, el vestido que lleva. Es cierto que es bonito y a la moda. Pero se nota a la legua que es de una calidad muy pobre, incluso de mala factura. Los zapatos, muy usados. Y no me digas que no te has fijado en cómo come. Ninguna señorita hubiese engullido de esa manera. Y esa manera de hablar, eso es lo peor de todo...en cuanto abre la boca..., el encantamiento se viene abajo. No nos sirve, te repito.
- Pero...
- Y seguro que no has pensado en algo importante, si ni siquiera sabe leer ¿cómo va a hacer para...?
- ¡Seño! —exclamó Ángela, picada— Que sepa usted, que se leer perfectamente — interrumpió Ángela, con voz gélida, clavando su mirada en aquel hombre, que se atrevía a insultarla. Sobre todo le había dolido los comentarios sobre su vestido, puede que lo demás fuese cierto, pero ella estaba orgullosa de que su lindo vestido diese el pego, y ahora ese presuntuoso se lo echaba abajo—. Pues si lo tiene tan claro, no sé porque me hacen perder el tiempo. Soy una mujer de negocios ¿sabe?, mi tiempo es oro —y arrojando la servilleta, muy enfadada, hizo amago de levantarse.
- Señorita, por favor, debe disculpar a mi amigo —dijo Fernando en seguida, con voz suplicante— Es un desconsiderado, desde luego le compensaremos por cualquier molestia que le hayamos podido ocasionar, pero, por favor, quédese un momento más.

Ángela dudó un momento, tanto por la promesa de sacar algo de dinero como porque le gustaba que aquel distinguido caballero le hablase tan respetuosamente. No como el otro. Pero ganas le dieron de haberse largado cuando el moreno retomo la palabra.

- Está bien, si sabe leer quizás podamos valorarlo. Pero, está claro que habría que darle una formación intensa de buenas maneras. Ahora mismo no es presentable en ningún lugar.
- Eso...—contestó Fernando, pensativo—Eso podría hacerse. Aún tenemos tiempo, suficiente como para darle..., en fin, un pequeño barniz. Lo del vestido es lo más fácil, no tenemos más que comprarle algo adecuado.
- Va a tener que ser más de una capa de barniz la que vas a tener que dar si quieres que funcione. Y tampoco sabemos si será capaz de hacer lo que promete.

Ángela se sintió más que furiosa con aquellos hombres, que se empeñaban en hablar como si ella no estuviese presente. Y encima aquel tipejo se atrevía a poner en duda sus habilidades. Acercó su cara a la de aquel tipo, hasta que este no tuvo más remedio que mirarla a los ojos, sin por supuesto, percatarse de que aquello era algo que una señorita nunca haría, y que provocó que algunas personas de las mesas cercanas, les miraran de reojo. Entonces, cuando se aseguró de tener toda su atención, le dijo, en voz baja y ligeramente amenazante:

- Elija a un tipo.

- ¿Perdón? —dijo el otro, sorprendido, pero sin apartar esta vez su mirada de ojos oscuros.
- Señale a alguien de este salón. A quien se le antoje.

Alonso, entendiendo el reto, examinó cuidadosamente a los presentes. Finalmente señaló a un hombre, un distinguido señor de cierta edad que parecía esperar cerca de la puerta.

- Tráigame su reloj — ordenó.

Ella, asintiendo con la cabeza, se levantó y se dirigió hacia allí en seguida. Mientras se acercaba, simuló buscar algo su bolso, de tal manera que al pasar al lado del hombre, tropezó con él ligeramente. Al notarlo el hombre, se deshizo en mil disculpas con ella, que Ángela agradeció con una gran sonrisa, que hizo que el hombre se irguiera, y se atusara los bigotes, muy ufano, mientras ella seguía su camino hacia el tocador de señoras. Pocos minutos después, estaba de vuelta a la mesa.

- ¿Y bien? —preguntó Fernando— ¿Está estudiando el terreno?

Ángela disimuladamente dejó un impresionante reloj de oro encima de la mesa.

- ¡Pero! —exclamó Fernando, sin poder creerlo— ¡Si no la he visto hacerlo! ¿Cómo ha...? Claro que... —añadió dubitativo—, bueno señorita, realmente ¿Cómo sabemos que el reloj pertenece realmente a ese caballero?

Alonso en ese momento, dio la vuelta al reloj, y leyó la inscripción que había en el dorso.

- Es el suyo. Suelo jugar a las cartas en el casino todos los jueves con aquel caballero. Y en cierta ocasión, me enseñó la inscripción. Se lo regaló su hija el año pasado — Alonso observó nuevamente a la muchacha, esta vez, con otros ojos—. Está bien, puede que sea usted lo que estamos buscando
- Fetén. Pero mucha palabrería y siguen sin decirme lo que me van a pagar—dijo.
- Pues todo depende de si consigue su objetivo o no, obviamente. ¿Qué le parece diez reales cada día que nos dedique? Como hemos dicho, deberá primero pasar por un pequeño proceso, digamos...de acondicionamiento. Tras el cual, se llevará a cabo la misión propiamente dicha. Entonces...,¿qué le parecería cien reales más en caso de que lo consiga? —ofreció Fernando— Creo que sería un trato más que justo.

A Angela la boca se le quedo seca al oír aquellas cifras, más, consiguió que no se le moviera un músculo de la cara al responder:

- Veinte reales al día, y doscientas si lo consigo—regateó.
- Diez reales —respondió Alonso—. Pero le daremos trescientos si lo consigue—Alonso dudaba que la muchacha hubiese ganado jamás semejante cantidad, y supo apreciar que aun así consiguiese mantener el tipo.
- Está bien. Pero tengo que pensarlo. No se preocupen, les daré mi respuesta pronto —y sin más, se levantó de la mesa para irse, no sin antes echar mano para llevarse el reloj que aún continuaba encima de la mesa, pero, para su pasmo, Alonso fue más rápido y lo cogió antes que ella.
- Si no le importa, se lo devolveré a su legítimo dueño —dijo, guardandoselo en el bolsillo.

Ángela, quedó estupefacta. Encima, aquel presuntuoso se atrevía a quedarse con lo que ella se había ganado con el sudor de su frente. Se planteó si lanzarse sobre él para arrebatárselo, pero supuso no sería una buena idea llamar la atención. Así que, muy envarada, optó por darse la vuelta, y muy digna, se marchó de allí sin despedirse. Aunque luego maldijo su orgullo, por no haberse acordado de exigirle al rubio la compensación que le había prometido.

- Podrías haber sido más amable. Ahora quizás no acepte —reprochó Fernando molesto, viendo a través de los ventanales, como la chica desaparecía entre el gentío.
- Aceptará ¿Piensas que una muchacha como esa rechazará tal cantidad? Y sino por ella misma, su proxeneta se encargara de que lo haga —dijo el otro, mientras extrayendo un cigarro de su pitillera, se lo encendía con tranquilidad.
- ¿Proxeneta...? ¿Tú crees que ella...?
- No lo parecía, desde luego. De hecho, con esa cara de ángel parecía la misma imagen de la inocencia. Pero, no esperarás algo diferente, viniendo de dónde viene ¿no?

Capítulo IV

Aquella tarde, Ángela se dirigió a la taberna dándole vueltas aún al problema, pero contenta de haber tomado la decisión que creía correcta. Aquella misma mañana, después de haber estado toda la noche sin dormir pensando en la oferta de aquellos caballeretes, había enviado un mensaje a Tomás por medio de uno de los zagales que siempre andaban por su calle, anunciándole que no quería saber nada de aquel trabajo. Es cierto que le había costado renunciar a la promesa de tal cantidad de dinero, pero, aquella faena le daba mala espina. Le gustaba en todo momento saber que suelo pisaba, y su instinto le decía, que aquello podía ser un bocado más grande de lo que ella podía tragar. Además, ahora las cosas le iban realmente bien, ¿para qué jugársela?

Al entrar en la taberna, le asaltó el tufo de siempre, mezcla de sudor y vino agrio. Resuelta, se dirigió directa a la puerta trasera, no sin antes saludar al camarero y apartar con un par de manotazos a un par de borrachos, que intentaron sujetarla de las faldas al pasar. Esperaba encontrar en su “oficina” al viejo, porque llevaba todo su botín encima, y le quemaba en los bolsillos. No quería tener que volver otro día con todo aquello. Por fortuna, tras golpear un par de veces en la puerta, oyó su voz, invitándola a entrar:

— Buenas tardes Ramón —dijo asomando la cabeza por la puerta—, ¿se puede?

El viejo Ramón, más conocido por Ramón “*el Sastre*”, porque al parecer en su juventud había ejercido de tal, hasta que por unas palabras más altas que otras con un fulano, dicen que por culpa de una mujer, le había clavado las tijeras en el arrebato. O eso era lo que contaban al menos por el barrio. Este era el hombre que le había enseñado todo lo que sabía. Se encontraba, como de costumbre a esa hora, leyendo el periódico, sentado a la mesa camilla de la trastienda de la taberna de La Paloma, uno de tantos establecimientos que poseía, mientras disfrutaba de una taza de café cargado. No muchas personas imaginarían aquella estampa tan hogareña en el mayor y más respetado ladrón de todo Madrid, pero Ángela formaba parte del reducido grupo de privilegiados que él aceptaba en su círculo más íntimo.

—Pasa chiquilla —dijo sin levantar siquiera la cabeza del periódico—. Hacía ya tiempo que no venías a verme.

—*Pos*, es que he *estao ocupá* —y con una sonrisa, y extrajo de su bolsito un paquete envuelto en tela, y deshaciéndolo con una sonrisa, lo puso encima del escritorio, frente al anciano—. *Mu ocupá*, diría yo.

El hombre, apartó un momento la mirada de su lectura, para observar lo que ella había dejado. En el paquete había no menos de cinco relojes, varias pitilleras de oro, y otros objetos de valor.

—Vaya, pues si qué *paese* que lo has *estao* —dijo, enarcando una ceja.

—También he conseguido levantar unas cuantas carteras bien cargaditas—añadió la chica orgullosa—, pero comprenderás que eso me lo *queé pa* mí. ¿Qué me ofreces por el resto? ¿Lo dejamos en el mitad y mitad, cómo siempre?

—Cuarenta-sesenta. Lo de antes era cuando las cosas no te iban tan bien, pero ahora que

funcionas, comprenderás que no puedo seguir haciéndote favores, que los otros ya andan con la mosca tras la oreja—. Ella asintió, contenta de que él la considerara ya como una más. El hombre volvió a cerrar el paquete y lo guardó en el cajón de una cómoda—. Ya te avisaré cuando lo haya *colocao*. Aunque me ha *soplao* un pajarito que por una temporada no te va a hacer falta trabajar demasiado ¿no? Me han dicho que te han hecho un encargo que te va a cubrir las costillas durante un tiempo.

Ella no se sorprendió de que él lo supiera, había muy pocas cosas que ocurriesen en el barrio que se le escaparan al viejo.

—*Pos* no voy a aceptarlo —dijo ella, haciendo un mohín, y mirando para otro lado.

Él hombre, se reclinó en la butaca, y observó a la muchacha. Tenía cierta debilidad por ella, aunque no lo reconocería ante nadie y menos ante ella. Al fin y al cabo, prácticamente la había criado él. Aún recordaba cuando, sin levantar apenas tres pies del suelo, y siendo un pequeño montón de huesos de inmensos ojos, se había plantado en frente suyo un día, exactamente en el mismo lugar donde se encontraba ahora, para pedirle trabajo. Ya entonces había desplegado la misma resolución que veía ahora en su actitud.

—*¿Y eso?* —preguntó, con voz dura.

—*Pos* que siempre me has dicho que debía mantenerme bien lejos del Tomás, y de todos los de su cañada.

—Natural, cuando el trabajo que te ofrecía era *pa* abrirte de piernas. Pero esto, esto de ahora es diferente.

—Es que no me fio de él.

—Y bien que haces. No lo hagas. Pero...Ángela —, dijo, esta vez dulcificando un tanto el tono —, yo ya no soy lo que era. Ya me suenan *tos* los huesos del cuerpo y cualquier día de estos, uno de estos gallitos que andan por aquí..., intentando hacerse un nombre, me pillaré desprevenido en una calleja y me dejará allí tirado como un perro, *pa* luego ir contando que se fue él quien se cargó al *Sastre*...

— ¡Eso no pasará! Aquí *tol* mundo te *tie* mucho respeto y...

—No te equivoques muchacha. Me respetan porque saben que aún me quedan espolones. Pero..., cualquiera podría hacerlo, si piensa que puede sacar algo. Y, si no es así como acabo, será de cualquier otra. Incluso preferiría eso a acabar muriendo enfermo y *olvidao* en algún camastro.

—Ya me ocupare yo de que eso no pase, y lo sabe bien.

—*¿Lo harías, eh?* —preguntó él. Ella se cruzó de brazos—. Está bien, que te creo —,dijo con una media sonrisa, ante la ofendida cara de la joven —. Bueno, la cuestión es, *¿Qué harías tú después?*

—*¿Qué quiés* decir? —dijo molesta, apartando la vista.

—Ángela, no te hagas la *atontá*, que se bien que no lo eres. *¿Crees* que pasaría mucho tiempo antes que cualquier desalmado se echara encima de ti en cuanto se sepa que ya no te protejo?

—¡Se cuidar de mi misma! —exclamó ella, indignada.

—Lo sé, mi niña, lo sé. Pero..., ni siquiera podrías seguir trabajando. Sabes que si te dejan campar a tus anchas por las mejores calles de Madrid, es porque saben que trabajas para mí. Lo sabes.

—Ya lo sé, Ramón, claro que lo sé. Aunque sigas creyendo que soy una chiquillas, se perfectamente cómo funcionan las cosas. Pero para cuando eso pase, yo ya me habré ganado un nombre. Y a aquel que ocupe tu lugar, le interesará tenerme a su servicio.

—No digo yo que no. Sabes que siempre te he dicho que tienes un don para esto. Pero, aun así, no te vendría mal contar con algún apoyo más. Solo por si acaso. Y el Tomás, aunque sea un mal bicho, es uno de los listos. Si cree que puede sacar algo de ti, se ocupará de que *ná* te pase. En cambio, si te le enfrentas..., no es buen enemigo. Es de los rencorosos.

Ángela frunció el ceño. Se paseó nerviosa por el despacho, mientras el viejo la observaba de reojo, simulando volver su atención al periódico. No le gustaba lo que Ramón le decía, pero tenía que reconocer, que puede que tuviese razón. De hecho, todo lo que le estaba diciendo, era algo que ya había pensado ella, y que a menudo, le quitaba el sueño.

—Está bien—dijo, parándose al fin—. Lo haré si tú crees que debo. Pero, ¿sabes cuál es el trabajo que tengo que hacer?

—Me han dicho que es simplemente levantarle la cartera a un ricacho que te indiquen, y que por ello, te darán una buena recompensa.

—No es tan fácil. Quieren que me haga pasar por toda una señoritinga. Dicen que sino no voy a poder ni acercarme al tipo ese. Pero, no me han querido contar todo, ni siquiera sé que es lo que tengo que robar aún.

Después de acabar de contarle lo poco que sabía, Ramón tuvo que darle algo de razón:

—Sí que parece un trabajo raro. En fin, tú ve a verlos. Y cada vez que vayas, exige que te den los duros que te correspondan al final del día.

—Va a ser la primera vez que me gano un salario —dijo Ángela esbozando una sonrisa irónica.

— Y en quantito veas algo que no te cuadre, solo tienes que dejarlos *plantaos* y no volver más. Dinero fácil.

—Veremos —dijo ella, volviendo a ponerse seria— Me fio aún menos de esos caballeres que del canalla del Tomás. A él al menos le ves venir —suspiró con resignación— Está bien, iré a verle a su tugurio y le diré que acepto el trabajo. De todas formas, quizás decidan que no soy la que buscan, al parecer buscan algo *asín* como una princesa robacarteras.

Capítulo V

A la mañana siguiente Ángela se encontraba en el umbral de la casa, dudando si llamar o no a la puerta, mientras escudriñaba por enésima vez el papel donde el Tomás le había escrito, con su esforzada letra de preescolar, la dirección. Si aquel mequetrefe no se había equivocado al escribirla, era allí. Pero no podía imaginar porque alguien que viviese en aquel palacio pudiese necesitar robar nada a nadie. Miro de arriba debajo de la elegante calle, observando las imponentes fachadas y los espaciosos jardines, sintiéndose completamente fuera de lugar y pensando ya en largarse. Sin embargo, antes de que pudiese llegar a intentarlo, la puerta se abrió de repente y en el umbral apareció un hombre vestido de uniforme, que muy serio, le espetó:

- Los pedidos se reciben por la puerta de servicio. Está a la vuelta – y acto seguido, se disponía a cerrarle la puerta en las narices, cuando Ángela metiendo el pie en el quicio para impedirsele, le pregunto:
- ¿Vive aquí el señor Fernando Muñana? – el hombre, con los ojos casi saliéndosele de las órbitas por su atrevimiento, contestó:
- Aquí es. ¿Se puede saber que se propone señorita?
- Tengo una cita con el señor – dijo ella, alzando la barbilla.
- ¿Con el señor? – dijo, con la incredulidad asomándose a su voz.
- Pues sí. Ahora. Justo al medio día. Así que ya puede ir avisándolo —dijo.
- Espere aquí — contestó, pero no la invitó a entrar y espero q que ella retirara el pie para cerrar finalmente la puerta de un portazo, haciéndola esperar fuera.

Ángela revisó sus ropas, intentando alisar las arrugas de su vestido. Por supuesto, no tenía otro que ponerse, y estos días de uso habían acabado arrugándolo un poco. Apretó los labios recordando los comentarios de aquel insoportable caballero. Al parecer, no era el único que pensaba que su vestido parecía vulgar, ya que sino aquel estirado mayordomo no la hubiese tratado de esa forma. Al cabo de unos minutos, la puerta se volvió a abrir y el mismo hombre de antes apareció, pero esta vez se apartó a un lado para dejarla pasar, antes de decirle:

— Disculpe señorita, no había sido informado de su visita. El señor le pide que le espere en la biblioteca. Si hace el favor de seguirme.

Ángela entró, pasando ante el hombre con gesto altanero, con las manos en la cintura y meneando sus caderas burlonamente, ya que a pesar de las respetuosas palabras que usó, el tono en que fueron pronunciadas dejaba bien claro lo que aquel esnob pensaba sobre que su señor fuese a recibirla. Pero su confianza se resintió un tanto al entrar y fijarse en aquel zaguán, donde una lámpara de araña que parecía poder iluminar la ciudad entera colgaba encima de un recibidor del tamaño de una pequeña plaza de toros. Y aquello era solo la entrada. Después, no pudo ver mucho más porque el hombre la condujo a toda prisa por un pasillo cubierto por una mullida alfombra, donde colgaban retratos de hombres y mujeres ricamente vestidos, que parecían observarla al pasar con la misma desaprobación que el mayordomo. Después de dejar atrás varias puertas cerradas, el hombre se detuvo finalmente ante una, la abrió e invitándola a pasar, cerró después a su espalda.

Ángela se adentró despacio en la habitación, intentando no dejarse intimidar ante la vista de

las ricas maderas de las estanterías repletas de libros que cubrían de arriba abajo las paredes, sin dejar siquiera un hueco. Cortinas de bellos tejidos en las ventanas, mullidas alfombras de colores y un fuego encendido hacían que fuese sin embargo una acogedora habitación. Se quedó extasiada mirando las múltiples cabezas de animales que colgaban encima de la enorme chimenea, algunas pertenecientes a animales que nunca antes había visto, y que parecían preguntarse con sus ojillos brillantes, si ella iba a ser la siguiente en colgar de la pared junto a ellos. Escuchó abrirse la puerta a su espalda, y en seguida, la cálida voz del señor Muñana se dejó oír:

- Señorita García, no puedo expresar con palabras la alegría que me produce que finalmente haya decidido aceptar nuestra propuesta —ella se dio la vuelta, para ver cómo Fernando se acercaba con una gran sonrisa y no pudo por menos que devolvérsela.
- Señor Muñana —intentó hacer una pequeña reverencia, aunque hasta ella se dio cuenta que resultó torpe. Detrás de él, apareció como no, el caballero de ojos oscuros, y por supuesto vio como una irónica sonrisa se formaba en sus labios al percatarse de sus infructuosos esfuerzos. Su mirada se endureció, y añadió—: y usted, señor...ah bueno, creo que nunca *ma*’dicho su nombre.
- ¡Oh! No ha sido así ¿cierto? Que falta de urbanidad por nuestra parte —contestó en seguida Fernando, y solícito, continuó —: Señorita García, permítame presentarle al señor Alonso de Quintanar.

Alonso se vio obligado a tomar la mano que la muchacha le ofrecía, muy ufana, por haber conseguido ponerle en evidencia. Se inclinó sobre ella, y una inusual idea apareció en su mente, así que en vez de limitarse a rozarla con sus labios, plantó sus labios a conciencia en ella. No supo porque lo hizo, quizás para borrar aquella sonrisilla de suficiencia de sus labios, pero fue su reacción lo que le desconcertó a él. Esperaba que se mostrase molesta, o al contrario, que se sintiese halagada y se regodease de ello. Pero en cambio, se sonrojo intensamente. Un más que evidente rubor había cubierto las mejillas de la muchacha, y sus ojos se abrieron con sorpresa. Hasta Fernando se percató de que su apuro, y carraspeando, dijo:

—Pues ya están hechas las presentaciones, señorita. Bien, ¿Querría usted sentarse? ¿Puedo ofrecerle algo? ¿Café quizás?

Ángela, apresurándose a recuperar su mano de entre las de aquel insufrible hombre, contestó:

—Sí, gracias. Pero yo nunca tomo ese bebedizo ¿*tié uste* chocolate? —se sentó en la butaca que le ofrecía, ante el alegre fuego, intentando recuperarse rápidamente del asalto de sensaciones que acaba de sufrir cuando aquel hombre se había apropiado de su mano, así que, quiso entrar en materia cuento antes—. En fin, ya ve que he decidido hacer el trabajo. *Asinque*, ¿pueden ahora contarme de una santa vez que es lo que hay que hacer?

Fernando, después de tirar de la cuerda que llamaba al servicio, fue a sentarse frente a ella, mientras que Alonso, se quedó de pie donde estaba.

—Por supuesto, ese el motivo de nuestra reunión de hoy. Como ya le comentamos, es un tema delicado, y necesitamos contar con su discreción. No vamos a contarle los motivos exactos, ya que no necesita conocerlos, pero resumiendo lo que necesitamos es lo siguiente. Hay un cierto caballero, una persona de cierta relevancia, que guarda unos documentos importantes en su casa.

Tenemos motivos para creer, que los guarda bajo llave en su despacho. La llave, estamos casi seguros de que la debe llevar siempre consigo. Su tarea por lo tanto, consistirá en, primero hacerse con la llave, para después acceder al despacho y poder abrir el cajón donde guarda los documentos que buscamos.

Fernando miraba a Ángela con intensidad, como esperando su respuesta:

—Ya les dije que yo no asalto casas.

—No tendría que hacerlo —Fernando intercambio una mirada con Alonso—. Tenemos un plan.

—Un plan —repitió ella.

—Exacto. Un plan. Este caballero del que le hablo...

—Pero antes —interrumpió Alonso—, debemos despejar una incógnita.

El hombre se dirigió hacia una de las muchas estanterías repletas de libros, bajo la atenta mirada de los otros. Cogió un libro al azar y acercándose hasta donde Ángela estaba sentada, lo abrió por una de sus páginas y posándolo en su regazo, ordenó:

—Lea.

Ángela, le miró con el ceño fruncido.

—Ya les dije que...—comenzó a decir la joven.

—¡Lea! —repitió él, alzando más la voz.

—No es que dudemos de su palabra —intercedió Fernando—, por supuesto. Pero comprenderá usted, que, bueno...debemos asegurarnos antes de que podría usted ...

—No nos vale con que sepa juntar unas cuantas letras, o garrapatear su nombre —interrumpió Alonso—. Tiene que leer correctamente, y lo suficientemente rápido como para poder revisar documentos en los pocos minutos que tenga, para reconocer el que buscamos cuanto antes ¿comprende?

Ángela apretó los puños, muy cansada de aquel tipo, que insistía en hablarle como si ella fuese un niño estúpido. Tenía ganas de tirarle el libro a la cabeza, pero en cambio lo tomó en sus manos, y comenzó a leer. Su voz clara se escuchó en la sala:

— *“Tú, mi amada Gertrudis, deberás también retirarte, porque hemos dispuesto que Hamlet al venir aquí, como si fuera casualidad, encuentre a Ofelia. Su padre y yo, testigos los más aptos para el fin, nos colocaremos donde veamos sin ser vistos. Así podremos juzgar de lo que entre ambos pase, y en las acciones y palabras del Príncipe conoceremos si es pasión de amor el mal de que adolece...”*

Alonso se inclinó sobre ella, y arrebatando el libro de sus manos, solo dijo:

— Suficiente.

Ángela se quedó estupefacta de sus malas maneras. Aquel señorito pretendía ir dando lecciones y luego se comportaban peor que los borrachos de la taberna de Ramón. Aparte, odio

que le quitase el libro, le hubiese gustado seguir leyendo aquella historia. Se había quedado intrigada, normalmente solo tenía para leer el periódico. Ramón, cuya vista ya no era la de antes, le hacía leérselo en alto muchas veces, por lo que no le había costado nada hacer aquello. Había sido también el viejo el que le enseñara a leer. Pero la prensa diaria y la biblia, eran casi las únicas lecturas que estaban a su alcance. Nada parecido a lo que acaba de leer, ¿quiénes serían aquellas personas, Ofelia, Hamlet, Gertrudis...?, se preguntó. Observo a Alonso, mientras este dejaba de nuevo el libro en su sitio, aún con el ceño fruncido, muy ofendida. Fernando también le miraba, asombrado por su brusquedad. Habitualmente, no se distinguía por su amabilidad, pero siempre era bastante correcto. No sabía porque se comportaba de aquella forma con la muchacha. Tendría que hablar con él después. De momento, dirigiéndose a ella de nuevo, le dijo amablemente, intentando contrarrestar las formas de su compañero:

— ¡Muy bien señorita García! Eso ha sido más que suficiente. Lee usted con mucha corrección—y echando una mirada de advertencia a Alonso, para que no volviese a interrumpir, continuó—. Ahora los detalles que me pedía...

En ese momento, una doncella entró en la habitación portando el servicio, que dejó en una mesita al lado de Fernando.

— ¿El señor quiere que lo sirva? —preguntó.

— No, muchas gracias. Puede retirarse —Ángela no pudo dejar de observar que él esperó a que la doncella saliera antes de continuar hablando.

— Bien, como decía el motivo de que buscáramos una persona de...sus características, es el siguiente. Es muy difícil acceder a la casa de esta persona que le hablo, solo lo hacen las personas de su confianza, y aún si consiguiésemos entrar, está el problema de conseguir la llave. Pero lo más importante, lo que tiene usted que recordar, es que no queremos que el caballero se percate de nada. Es lo más importante. Incluso después de que extraiga la información que le pedimos, deberá dejarlo todo como lo encontró para que él nunca llegue a sospechar nada ¿Comprende?

— Sí —contestó ella. Aquello le estaba oliendo a chamusquina cada vez más. ¿Unos papeles? Aquello no se trataba de dinero, allí se cocía algo y ella no quería saber el que. Sin embargo, decidió seguir un poco más adelante, solo para poder contarle todo luego a Ramón—. Pero ¿porque buscaban a alguien como yo? Lo que dicen, lo podría hacer cualquier raterillo que sepa juntar dos letras, ¿porque tanta insistencia para buscarme a mí?

— Porque, como le digo, no cualquiera tiene acceso a su casa, y sería muy peligroso introducir a alguien sin que lo noten, es una casa bien vigilada. Pero..., sabemos que el caballero tiene cierta debilidad por las mujeres hermosas.

— Más concretamente, por las jovencitas. Mujeres hermosas y jóvenes — añadió Alonso.

Ángela les miro alternativamente a ambos, rígida.

—¡Mecachis, si ya lo sabía yo! —soltó la chica. Fernando parpadeo, sobresaltó ante el impropio—. ¡Es que yo ya me lo maliciaba! Está bien, no voy a enfadarme con ustedes porque yo ya debería haberlo sabido. Claro, ya sabía yo que *ná* bueno se podía esperar del Tomás — se levantó de la butaca, y continuó—. Me van a perdonar, yo no sé lo que ese granuja les ha *prometio*, pero esta de aquí no hace el tipo de “trabajo” que ustedes están

buscando. Pero ustedes no echen cuenta, que seguro que les encuentra a alguna, él las tiene de *toas* las clases y *tos* los colores. Ahora, que lo que es yo... Bueno, ya se *ande* está la salida, no les hago perder más tiempo. Buenos días.

Y sin perder un momento, Ángela se dirigió hacia la salida, muy molesta, pero fue interceptada por Alonso, que se colocó entre ella y la puerta.

—Quítese de en medio, o le quito yo —dijo ella, encarándosele, nerviosa.

—Ángela, se está equivocando. No es eso lo que le estamos pidiendo, se lo aseguro — por primera vez, él se dirigió a ella sin su aire de superioridad, hablándole con voz tranquilizadora y eso la hizo dudar un momento. Fernando, que también se había levantado, aprovechó para añadir:

—Disculpe, no nos hemos explicado bien. Ya le dije que era un tema delicado, pero le aseguro que no le pediremos que haga nada indecoroso. Bueno, aparte del robo, claro. Solo estamos intentando ser francos con usted, tal y como nos ha pedido. ¿Por qué no se sienta y escucha todo antes de tomar una decisión? Le prometo que si al final no desea seguir adelante, respetaremos su decisión, e incluso le pagaremos por este día. ¿De acuerdo?

La muchacha, después de dudar un poco más, dijo:

—¿Están seguros de eso? Mire que a la mínima cojo las de villadiego y no me vuelven a ver ¿eh? —dirigiéndose a Fernando, le preguntó: —¿Me jura por sus muertos que no va por ahí?

Fernando asintió repetidamente. Aún sin estar convencida del todo, se volvió a sentar con un suspiro. Esta vez, con los nervios olvidó sujetarse el polisón, con lo que este se levantó, tal como María le había advertido, y Alonso, que estaba justo detrás suyo en ese momento, tuvo por un momento una perfecta visión de su ropa interior. La miró alzando las cejas, con una expresión entre sorprendida y divertida. Perfecto, justo la excusa que le faltaba para mortificarla, pensó ella, sonrojándose de nuevo hasta la raíz del cabello. Sin embargo, él se abstuvo de decir nada, y ella por supuesto, tampoco. Fernando, sin percatarse de lo ocurrido, aprovecho para servirle una taza de espeso chocolate. Cuando le pareció que ella estaba más tranquila, siguió donde lo había dejado:

—Como le iba diciendo, ciertamente al caballero parece agradarle la compañía del bello sexo, sobre todo jóvenes. Pero no como usted ha pensado. Es un hombre de sociedad, y habitualmente suele organizar festejos, reuniones en las que invita a lo más granado y en los que nunca suelen faltar también unas cuantas damas jóvenes y atractivas. Incluso he oído que ha llegado al lamentable punto, que al parecer se considera un honor la invitación, ser una de las afortunadas supone una especie de confirmación pública de belleza. Por ello, Alonso y yo pensamos que, si encontrábamos una muchacha lo suficientemente bonita, serviría de pretexto para ser invitado a una de estas fiestas. Una vez conseguido esto y ya en la casa, como ya le he dicho, tendría que, primero, conseguir la llave, que él siempre lleva encima. Después colarse en el despacho, encontrar el cajón que abre esa llave, y buscar entre los documentos los que queremos. Es muy, muy importante, que el caballero no se percate de nada, ni siquiera después. Por lo que, sí le fuese posible, lo óptimo sería que, una vez leído, lo deje donde esté, para luego contarnos lo que contenía. Más adelante la instruiremos exactamente en lo que

buscamos. Finalmente, y tras dejarlo todo como estaba, deberá devolver la llave. ¿Lo ha comprendido?

— Comprendo...y lo que comprendo es que esto me huele a chamusquina... ¿Qué papeles son esos tan importantes? No me querrán liar en jaleos de politiqueos ¿verdad? Yo de eso no sé nada, ni quiero saber. Eso lo mismo es peor de que me quieran encamar.

Ambos hombres intercambiaron una seria mirada, y fue Alonso quien contestó:

— En el precio viene incluido el que no haga preguntas que no debe, y esto debe quedar muy claro. Usted no sabe, y no le importan nuestros motivos. Es imprescindible que sea discreta en esto. Su...jefe nos aseguró que usted sabría tener...creo que sus palabras exactas fueron, “*tener el pico cerrado*” —dijo imitando el acento del proxeneta.

Ángela pareció meditar, después preguntó, aunque sin estar del todo convencida aún: — Es decir, ¿Solo tengo que colarme en una fiesta y buscar un papel?¿Y ni siquiera tengo que robarlo?

—Eso es —afirmó Fernando—. Pero no será tan fácil. Primero, para conseguir que la inviten a la fiesta tendrá que dejarse ver. Tendrá que aprender a comportarse y...

—Yo ya se comportarme, ni que fuese una mocosa. Si lo que quieren es que parezca una señorona, lo único que tengo que hacer es darme aires, como hacen ellas...—refunfuño ella, interrumpiendo.

—Cuando aprenda a comportarse —insistió él—, deberá acompañarnos a varios eventos, hasta hacer que sea presentada al caballero en cuestión Y rogar que usted sea de su agrado.

—Eso será lo más difícil de todo —dijo Alonso.

—¿Qué dice? —Saltó ella, picada—Pues *pa* que lo sepa, esta de aquí es del agrado de muchos. Bien que me lo dicen cuando voy por la calle.

—No lo dudo, seguro que de muchos—contestó él. No le gustó como él lo dijo—. Pero no es solo que le guste su cara bonita. No puede presentarse ante él, soltando improperios y enseñando las enaguas.

Ángela soltó un bufido indignado, aquello había sido un golpe bajo. Fernando continuó diciendo:

—Ya le advertimos, que antes de presentarla, deberemos prepararla. Comprenda que deberá moverse por ambientes a los que no está acostumbrada. Eso significa que tendrá que modificar sus maneras, su forma de moverse, y sobre todo, su forma de hablar. Lo suficiente como para hacerse pasar por una señorita de sociedad, al menos durante unas pocas horas.

—No *tié* de que preocuparse, señor Muñana. Yo bien *apañá*, con un vestido de esos bien elegantes, puedo hacerme pasar por la mismísima reina.

— Sí..., por la reina de Saba...—susurró Alonso.

— ¿Perdón? ¿Qué dice usted? —preguntó, enfurruñada.

— Nada señorita, no ha dicho nada importante —dijo Fernando, rápidamente—. ¿Qué le

parece entonces si vuelve mañana, a primera hora de la mañana para comenzar a trabajar sobre ello?

— Sí señor, *asín* quedamos. Estaré aquí en menos de lo que canta un gallo.

Ambos hombres la acompañaron hasta la puerta, cuando se estaban despidiendo en el umbral, Ángela extendió la mano hacia Alonso, y este, aunque sorprendido por el gesto, fue a tomarla para despedirse, a lo que ella, apartando la mano rápidamente, exclamó:

—¡*Quia!* ¡Quité *uste* de ahí, otra vez con los besuqueos esos! ¡Qué me dé lo que me debe por haber *veníó* hoy, ¿o no quedamos que eran diez reales al día?

Alonso, negando con la cabeza, se echó mano al bolsillo, y sacando un billete, se lo entregó. Ella lo hizo desaparecer rápidamente, introduciéndolo por su escote. Satisfecha, asintió con la cabeza, y dirigiéndose a Fernando se despidió:

—Buenos días tenga *usté*, señor Muñana. Abur —y dedicando a Alonso una última mirada despectiva, bajó las escaleras, y caminó con paso firme por la acera, bajo la atenta mirada de ambos. Antes de que desapareciera por la esquina, un hombre se cruzó con ella y la saludó educadamente rozándose el sombrero con un ademán, para después girarse disimuladamente para observarla. Fernando, emitió una risilla, y le dijo a su amigo:

—¿Y aún dudas? Esa chica embelesará al tipo, aun echando sapos por la boca.

El otro, metiendo las manos en los bolsillos, resopló hastiado, y dijo:

—Tú solo procura que haga lo que queremos. No me gusta. No es dócil.

—¿Y no será porque insistes en instigarla? ¿se puede saber que te ocurre?

—No lo sé, es que ella consigue...bueno, no importa. Lo dejó en tus manos, parece que confía más en ti. Aunque no logro imaginar porque.

Capítulo VI

Ángela seguía dándole vueltas a todo lo ocurrido, mientras caminaba por las calles apresuradamente. Era más tarde de lo que acostumbraba a llegar, pero el camino hasta casa del señor Muñana era largo, y tenía que andar bastante tras bajarse del tranvía, que terminaba su recorrido en una avenida principal y no se internaba en las intrincadas calles de su barrio. No le gustaba andar tan tarde por las calles, aunque por su trabajo algunas veces tenía que hacerlo a menudo. Afortunadamente, ya estaba muy cerca, pero fue al pasar al lado de una oscura bocacalle, al observar por el rabillo del ojo varias figuras, cuando una alarma saltó en su cerebro. Su instinto no se equivocaba, por que al momento sintió unas pisadas tras ella, y pronto una ronca voz masculina, que arrastraba las eses, se escuchó a su espalda:

—Preciossssa, ¿Dónde vasss tan ssssssolita, mi *arma*?

Ángela sintió como se le erizaban el vello de la nuca al reconocer el marcado acento andaluz. No podía ser otro que el Sevillano. Aquel tipo llevaba rondando por el barrio desde hace meses, y ya había tenido algún que otro encontronazo con él. Era un tipo de malas trazas, se oía incluso decir que le buscaban en su tierra por haber matado a navajazos a un hombre. Hacía ya unos días, había tenido un mal encontronazo con él. Estaba almorzando algo en la tasquilla cercana a su casa a la que solía ir, cuando entro este hombre. En seguida, viéndola en la barra, se le había acercado y le dirigido varios piropos, cosa nada rara a la que estaba más que acostumbrada, pero tal había sido su grado de grosería que ella no había podido por menos de contestarle, no recordaba ya ni con que chanza, que le dejó en ridículo en frente de toda la parroquia allí reunida, y todo el encuentro se celebró con grandes risas, del que ella había salido claramente vencedora. El Sevillano, irguiéndose como un gallo, no dudo en darle un soplamocos al más cercano que se había atrevido a cachondearse de él, y después le lanzó una mirada aviesa por la que ya entonces supo que sería mejor no volver a cruzarse con él. Pero se veía que aquel no era su día de suerte.

Apretó el paso, ignorando el comentario, pero pronto, el tipo se materializo a su lado, y acoplando su paso al de ella, le dijo:

Hombre, si es esa chiquilla tan graciosa del otro día...¿de *ande* vienes tan *peripuessssta*? —dijo mirándola de arriba abajo, con avidez. Ella continuó su camino, sin cambiar el gesto y sin aparentar reparar siquiera en él, lo que pareció molestarle. Con rapidez, que desmentía la aparente borrachera que llevaba, la agarró del codo para detenerla, y aproximando su rostro al suyo, hasta que ella fue capaz de oler su pestilente hedor, le dijo con voz amenazante —: Me *paese* que te das tú muchos humos, a lo mejor el menda debería enseñarte como se las gasta... ¿Qué te *paese*, mi *arma*?

Pero el tipo no andaba solo, otros hombre había llegado con él, y adelantándose, se oyó su voz, tomada también por la bebida:

—Sevillano, deja a la chiquilla, que la estas asustando y es buena gente. ¿No querías ir a echar otro trago donde el Mariano? *Pos* anda, que *pa* luego es tarde.

Ángela entonces pudo distinguir sus rasgos bajo la pobre luz que arrojaba el único farol que

iluminaba la calle y vio el cielo abierto de repente. Aquel era Severino, un borrachín como pocos en el barrio, que ya era decir, y que siempre andaba metido en cuanta trifulca había. Se decía que en su juventud había sido uno de los más temidos bandidos de la ciudad, que traía de cabeza a la policía, pero eso fue hace muchos años, Ángela lo conocía de toda la vida, y lo consideraba un buen hombre, a pesar de estar ya viejo y echado a perder por la bebida. Recordó aquella ocasión, que lo encontró tirado en su portal, tan borracho que no podía ni andar, y le abrió la puerta para permitirle pasar la noche en el zaguán, para que no muriese congelado, ya que aquella noche estaba helando.

El Sevillano, lanzó una mirada heladora a Severino, y soltándola para encararse con él, le dijo:

—Y a ti quien te ha *dao* vela en este entierro —y su voz baja sonó a amenaza.

El Severino, sin inmutarse, se inclinó la gorra y colocándose las manos a los lados del chaleco, y separando los pies, irguió su enjuto cuerpo, y por un momento pareció convertirse de nuevo en aquel hombre que era capaz de hacer temblar al más pintado, sacando pecho sin apartar los ojos de la cara del Sevillano, respondió:

—*Pos* me la ha *dao* que aquí no nos gusta que venga *naide* a molestar a las mozas, que aquí *semos* pobres, pero *honraos*. Ángela, rica, tira ya *pa* casa. Que este y yo vamos a tener unas palabritas.

Ángela, sin perder el tiempo y sin volver la vista atrás, siguió su consejo y recorrió las últimas calles hasta su casa con el corazón en un puño. Desde luego, era más tarde de lo que pensaba porque no sé cruzo con un alma, y cuando por fin alcanzó su portal y consiguió abrir con manos temblorosas la puerta, sintió un alivio inmenso. Estaba acostumbrada a tratar con todo tipo de gente, pero aquel tipo, tenía algo en la mirada que le había helado el alma. Entro en el zaguán y dejo caer la puerta. Y ese fue su error, si hubiese cerrado de un golpe, el Sevillano no habría llegado a tiempo de meter el pie para impedir que se cerrase. Con una sonrisa que le heló la sangre en las venas, acabó de abrirla y su cara apareció en el umbral

—¿Creíste que te librarías de mi tan fácilmente, cielito? Ese viejo borracho no me ha *durao* ni un responso.

Ambos se miraron por un instante, ella, paralizada por el miedo y él, observando triunfal a su presa, paladeando ya la victoria, tras la carrera que se había tenido que dar para alcanzarla. Hasta que Ángela, bajando la visa, alcanzo a ver unas húmedas manchas en sus ropas, y al comprender que eran salpicaduras de sangre, reaccionó por fin. Volviéndose repentinamente de un salto, se internó en el oscuro patio, y con la rapidez que sus pocos años le daban a sus piernas, subió por las escaleras volando. Los segundos que ganó al conocer la casa, le sirvieron para sacar bastante ventaja al hombre, que tardó unos segundos en encontrar el pie de la escalera en la oscuridad, pero pronto oyó los sonidos de sus pasos subiendo los escalones tras ella.

Por fin, cuando ya iba por el segundó piso, logró encontrar su voz para gritar pidiendo socorro, porque hasta ahora ni aliento había tenido. No podía ser que ninguno de sus muchos vecinos la oyese. Alcanzó la azotea, y con la llaves aún en la mano, se arrojó sobre la cerradura, que siempre se atrancaba. Para cuando consiguió abrirla, escuchó al hombre muy cerca. Entró, y cerró con la velocidad del rayo e incluso pudo echar el cerrojo, antes de sentir el primer golpe. La

endeble puerta aguantó, pero comprendió que no lo haría por mucho tiempo. Desesperada, solo conseguía lanzar gritos incoherentes, pero, por dios ¿es que nadie iba a acudir a ayudarla? El siguiente golpe fue tan fuerte, que consiguió sacar la puerta de su marco y saltó el cerrojo por los aires, y fue solo debido a que Ángela apoyaba todo su cuerpo sobre ella, que no acabó por abrirse del todo. Ángela lanzó un grito con todas sus fuerzas, consciente que ya estaba perdida. Pero cuando ya encogida, esperaba llegar último golpe, escuchó gritos al otro lado. Sin apartarse de la puerta, se estiró lo que pudo para apartar la cortinilla que cubría el ventanuco que tenía al lado, y a la escasa luz de la luna, pudo ver dos figuras que luchaban. Tragando saliva, se incorporó y buscó con la vista a su alrededor. Se armó de valor y salió, ya que pudo adivinar quién era su salvador. Parecía no otro que Miguel, el gallego, su vecino y padre del pequeño Juan. Ángela se dio cuenta con alivio que el Sevillano no era rival ante la corpulencia del hombre, y que aquel tipejo llevaba las de perder. Sin embargo, en uno de los quites, vio brillar algo en las manos del asaltante. Acababa de sacar una navaja, seguramente la misma de la que se había servido para acabar con el pobre Severino. Ángela, temiendo por la vida de su amigo, se armó de valor y adelantándose, uso la plancha de hierro que tenía en la mano, primer objeto contundente había encontrado en la casa, para propinarle un golpe en la cabeza. Por desgracia, no consiguió darle de lleno, pero fue suficiente para que el hombre gritase de dolor, dejando la lucha y apartándose a un lado. Se volvió hacia ella con sorpresa, y observando también al carretero, que se acercaba amenazador, pareció evaluar la situación. Tambaleándose, se dirigió a las escaleras, con la sangre resbalando por la herida abierta en su sien, pero antes de desaparecer, gritó:

—¡Perra! No creas que te vas a librar —y juró, llevándose dos dedos a la boca—. ¡Por estas!

Y Ángela le creyó, viendo el odio brillar en sus ojos.

Capítulo VII

Ángela dormitaba en una silla, sentada con la cabeza apoyada en la mesa de la pequeña cocina de la casa de Miguel. Con el susto aún en el cuerpo, había permanecido despierta toda la noche, sin querer volver a su casa, que además tenía la puerta destrozada. Era ahora, casi rayando el amanecer cuando el cansancio la había podido, y había caído en una inquieta duermevela. Pero se despertó con un respingo cuando el padre de familia entró en la estancia, con idea de echarse algo en el estómago antes de irse a trabajar.

—Tranquila niña, que soy yo —dijo Miguel al ver su sobresalto, intentando no alzar la voz para no despertar a los niños y a la mujer que aún dormían amontonados en el único dormitorio de la vivienda—. ¿Por qué no vas a tu casa a echarte un rato? Ya es de día y no se atreverá a volver por aquí.

—No te preocupes, no podría pegar ojo, además tengo que irme dentro de un rato. Pero no sé qué decirte Miguel. Ese es mal pájaro, a saber de lo que es capaz —respondió ella, en un susurro cansado.

Miguel no la contradijo, había oído lo que se decía de aquel hombre. Observó con preocupación las profundas ojeras violetas que se habían formado bajo sus ojos. Realmente apreciaba a la muchacha, había sido de las primeras personas en mostrarle la cara amable de aquella dura ciudad, cuando había llegado con su familia a rastras desde su hermosa y pobre tierra, con la esperanza de ganarse allí mejor la vida y conseguir alimentar a su numerosa prole. Era una buena chica, independientemente de cómo se ganara el pan. Él le solía decir que aquella no era vida para ella, que cualquier día iba a dar un mal paso, e iban a tener una desgracia. Lo de anoche no había hecho más que darle la razón. Aun así, intentó animar a la muchacha

—A la tarde, cuando regrese del tajo, le echaré un vistazo a tu puerta. Creo que con unos cuantos clavos aún podremos enderezarla. Y no eches cuenta, que ahora todos los vecinos estamos *avisaos*. Ese no volverá a poner un pie aquí dentro, eso como que yo me llamo Miguel

—No sabes lo que te agradezco, pero no puedo permanecer siempre aquí encerrada —dijo, pero al ver la preocupada cara del hombre, añadió con voz más animada—. Ay Miguel, no sé qué habría sido de mí si no hubieses aparecido—se incorporó, e intentando estirar su maltrecha espalda, terminó por decir —En fin, lo mejor será que suba a cambiarme —Y haciendo de tripas corazón, salió al rellano para volver a su casa.

Al poco rato, tras intentar borrar las señales de agotamiento y angustia de su rostro a fuerza de sumergirlo en agua helada, se encontró algo más despejada. Pero se llevó un disgusto al observar su vestido nuevo, que con el ajeteo de la noche, una manga se había descosido, y estaba sucio y polvoriento. Tuvo que quitárselo, y reemplazarlo por una de sus viejas faldas y blusa, y cubriéndose con un chal, salió a la calle. En cuanto puso un pie en los adoquines, el estómago se le encogió de miedo, y durante todo el camino hasta la parada del tranvía, no paró de mirar a su espalda, aunque sabía que aquel malnacido no se atrevería a atacarla a plena luz del día. Los comerciantes más madrugadores, ya empezaban a abrir los cierres de sus negocios, y empezaban a sacar sus mercancías, disponiéndolas con cuidado en las puertas, después de haber barrido y

limpiado su trozo de acera. Muchos la saludaban al pasar, reconociéndola, y eso iba ayudando a tranquilizarla, aunque no del todo. Había tenido no pocos encontronazos a lo largo de su agitada vida, pero aquel había sido el primero que en verdad le había hecho temer por su vida. El rato que estuvo esperando en la parada, fue un desafío para sus nervios, y con ganas se quedó de darle un beso al conductor cuando se subió finalmente al vagón. Sus pulsaciones se fueron tranquilizando conforme se iba alejando de allí, y cuando se bajó en las elegantes calles del centro, ya estaba más tranquila. Para cuando golpeó la puerta de la gran casa, casi volvía a ser la misma. Casi.

El mayordomo abrió la puerta, pero esta vez se apartó a un lado con un buenos días sin necesidad de que ella dijese nada.

—El señor la espera en el salón verde. Acompañeme.

Esta vez la llevó hacia una parte diferente de la casa. En una bonita habitación decorada en tonos verdes, con unos amplios ventanales con vistas a unos preciosos jardines, el señor Muñana leía el periódico tranquilamente, aparentemente tras desayunarse. El estómago de Angela se rebeló ante la vista del plato de huevos que él había apartado a un lado, aún casi lleno. Con la prisas por salir y la preocupación ni siquiera se había acordado de echarse algo al cuerpo, aunque fuera un mendrugo de pan del día anterior. No pudo por menos de dejar de ver el fuerte contraste entre el lugar del que acaba de salir, con la comodidad, paz y sosiego que se respiraba en esa habitación.

—La señorita García ha venido a verle, señor —anunció el mayordomo— De nuevo —añadió, remarcándolo, antes de retirarse.

Fernando levantó la vista del periódico sorprendido, pero en seguida le dedicó una cálida sonrisa, antes de decir:

—¡Ah!, buenos días señorita. Ha llegado usted temprano.

—Buenos días señor Muñana. *Pue* aquí me tiene.

—Perfecto. Bien, ya que está usted aquí...—cogió la servilleta para darse unos golpecitos en las comisuras, y la dejó junto al periódico sobre la mesa antes de levantarse— Vamos a comenzar. Supongo que Alonso se nos unirá en breve. Y he citado a la modista un poco más tarde.

—¿Modista?

—Sí, es primordial encargar algo que pueda ponerse. Y según me han dicho, tardan en hacerse así que... Como comprenderá no puedo acompañarla de compras, menos así vestida...— Fernando lanzó una mirada a su atuendo. Incomoda, se envolvió en su chal, mientras el joven continuaba—. He avisado para que venga alguien de confianza para tomarla medidas y encargarlos. Mientras tanto... ¿qué le parece si comenzamos?

Ella se encogió de hombros —*Pue usté* dirá.

Mesándose el bigote, la observó de arriba abajo, paseándose a su alrededor. Ella le dejó hacer, más pendiente del desayuno que en ese momento el mayordomo, seguido de una doncella, recogían de la mesa. Ángela vio irse los huevos con pesar, pero no se atrevió a decir nada. Observó por el rabillo del ojo los impecables puños blancos del vestido de la doncella, que iba incluso mejor vestida que ella.

—¿Puede levantar la barbilla? ¿Y me parece que...bueno, estirarse un tanto?

Ella intentó hacer lo que le decía, sin entender bien que se proponía.

—Vamos a ver ¿Le importaría ir hacia esa silla y sentarse? —pidió.

Ella, agradecida de poder reposar un momento, ya que estaba cansada tras la agitada noche y el largo camino hasta allí, se acercó a la silla y se dejó caer en ella, suspirando aliviada.

—¿Ve usted? Eso es a lo que me refiero —dijo el hombre— Eso es lo que debe usted cambiar. Una señorita bien educada, nunca se sentaría de esa forma.

—¡De qué forma! ¡Y como hay que sentarse sino, aparte de asentando las posaderas! —dijo ella, sorprendida.

—Pues...ellas lo hacen más delicadamente, despacio y sin perder la postura. Tampoco resoplan al hacerlo. Y por encima de todo..., nunca jamás nombrarían, esto... sus posaderas.

—Pues no lo entiendo —dijo ella, cruzándose de brazos, molesta.

El joven no sabía cómo hacerse entender, ya que para él era evidente, que dejarse caer en la silla como un saco de patatas no eran formas. Intentó darle un ejemplo:

—Mire. Ellas hacen algo así — de repente él, alzándose en puntillas, ando hasta una de las sillas, dando cortos pasitos y se sentó muy despacio, con la espalda muy recta— ¿Ve? Algo parecido, se sientan de esta forma, sin parecer que simplemente se dejan caer sobre el asiento.

Ella le miraba hacer aquel teatro, empezando a preguntarse si el joven quería reírse de ella. De repente, una fuerte carcajada se escuchó en la sala.

—Pero hombre, Fernando. ¿Qué haces?

Alonso, que había aparecido sin que se diesen cuenta, contemplaba divertido la escena desde el umbral. El otro, levantándose como un resorte, dijo ofendido:

—¿Pues qué quieres que haga? Intento enseñarla como puedo.

—Si tiene que valerse de ti como modelo para aprender a comportarse como una dama, vamos listos.

—¿Crees que tú lo harás mejor?

—Pues..., ciertamente, no sé si podré mostrarle como se sienta o como se mueve una señorita. Pero creo que podré corregir su nefasta manera de hablar. Es verdaderamente horrible escucharla.

— ¡Ya estamos! —saltó la chica, molesta—. ¡Pos y como quiere que hable! Si me hubiesen *dao* una buena *ginstruccion* como a ustedes, y me hubiese criado en una casa bonita como esta, con mis buenos criados, *envede* tener que estar por las calles buscándome el pan, *pos* seguro hablaría igualito que ustedes, y seguro andaría como si me hubiesen metido un palo por el...

Pero ante la mirada de advertencia de Fernando no terminó la frase, y se calló, frustrada. Alonso, ignorando su interrupción, continuó diciendo:

—Lo mejor será comenzar cuanto antes —. Tomó dos sillas y se sentó en una —Siéntese

aquí —, ordenó a Ángela, señalando la silla de en frente.

Ángela se sentó de nuevo, esta vez, intentando hacerlo más despacio, aunque no supo si lo habría hecho bien. Miró a Alonso, que sentado enfrente suya le clavaba su mirada en silencio, pensativo. Como siempre, sus severos y oscuros ojos parecían ver en su interior. Espero pacientemente a que él dijera algo, pero sintiéndose cada vez más nerviosa, no pudo más y espetó:

—¿Tengo monos en la cara o qué?

—¿Ves lo que te digo? —dijo Alonso, dirigiéndose a Fernando— Cuando está calladita es perfecta. Hasta que habla. Vamos a ver, mantendremos una conversación y debe usted intentar ser lo más correcta posible. Hablé despacio y pronunciando con cuidado, tal y como yo lo hago. Bien, imagine que acabaran de presentarnos. Buenos días señorita, mi nombre es Alonso de Quintanar, encantado de conocerla. ¿Qué diría usted?

—Buenos días— contestó ella. Pero él la miraba como si esperase algo más, así que añadió — Yo me llamo Ángela. *Pa servirle a usté.*

Alonso, resopló, y dijo:

—¿No podríamos decir que es extranjera, o algo parecido? Va a ser muy complicado lograr enseñarla en tan poco tiempo.

—¿Pero, *entoavía* le parece mal al *seño*? ¡*Pue* si he sido la mar de *educá!*

—No sería mala idea, con su pelo rubio podría pasar por inglesa —respondió Fernando, obviando el comentario de Ángela —. Pero, ¿y si alguien le pide que diga algo en su idioma?... No, creo que sería complicarlo más de lo que ya es.

—Sí, será lo mejor. La enseñaremos a saludar correctamente, y después que se mantenga en silencio, dentro de lo posible. Si es que es capaz de ello, que tengo mis dudas. Tiene cierto descaro que también habría que corregir. ¿Y cómo la presentamos? ¿Diremos entonces que es un familiar tuyo?

—La gente sabe que mi familia proviene de un pequeño pueblo de Salamanca. Podemos decir que es una prima mía procedente de allí.

—Sí...una chica de provincias, de visita en la capital. Eso explicaría también su falta de refinamiento.

—Pero hasta una chica de provincias de buena familia, sabría cómo comportarse en la mesa.

—Ciertamente. Eso es fundamental.

Una vez más, ambos hombres discutían sobre ella como si no estuviese presente y empezaban a acabar una vez más con su paciencia, y encima aquel insufrible hombre se atrevía a criticar su carácter. Pues aún no había visto nada, se estaba conteniendo, porque más le valía si quería ganarse los reales, pero no le faltaban ganas de cantarle las cuarenta. Pero cuando llamaron al mayordomo y le pidieron que dispusiese de nuevo la mesa, se calmó un tanto. Parecía que la cosa empezaba a mejorar. Al menos, por fin iban a tener el gesto de convidarla a algo. Mucho dárselas de buenos modales, y no le habían ofrecido ni un café. En cualquier casa decente que

conociera, lo primero era ofrecerle lo que se tuviese al invitado, aunque la familia tuviese que quitárselo de la boca para hacerlo. Como de hecho, solía ocurrir. Con alegría, vio como pronto sobre la mesa apareció una gran fuente de huevos, junto a bollos calientes y una gran jarra con chocolate que olía deliciosamente. El rico olor hizo que sus pobres tripas rugieran.

—Siéntate a la mesa, Ángela —pidió Fernando.

Ella lo hizo rápidamente, ansiosa. Observó que solo habían puesto el servicio para una persona.

—¿Ustedes no comen? —preguntó.

—No Ángela. Esto es solo para que hagas un ejercicio práctico—contestó Fernando.

—¿Un *práctico*? ¿Qué *quie* decir?

—No importa. Por favor, ahora, come. Pero...intenta hacerlo con corrección. Es decir, siéntate recta, procura no dar bocados grandes, mastica bien, no hables con la boca llena, no sorbas, y sobre todo...nunca, nunca, uses el pan para rebañar el plato.

—¿Cómo? ¿No rebañar un plato de huevos fritos? ¿Y cómo *quie usted* que me los coma entonces...?

—Por favor —le cortó él.

—*Mú* bien. Lo que *usted* diga —procuró poner la espalda lo más recta que pudo, y fue a coger el tenedor.

—Primero la servilleta.

—¿La servilleta? ¿Si aún no me he *manchao*!

—Me refiero, que, antes de nada, hay que coger la servilleta, y colocarla sobre el regazo —dijo él, demostrándoselo, desplegó la servilleta y la puso sobre su falda. Una vez acabó, ella cogió de nuevo el tenedor, y fue a pinchar un huevo de la fuente.

—¡No! —la detuvo de nuevo —. Usa esto para servirte —dijo, indicándole una especie de pinzas dispuestas sobre la fuente. Ella las cogió e intentó usarlas para coger uno de los resbaladizos huevos. Necesitó varios intentos antes de poder por fin agarrar uno, que cayó irremediadamente sobre el mantel. El mayordomo, que se había quedado en la habitación por si los señores necesitaban algo más, contemplaba ansioso la escena.

—Si el señor me permite...—se atrevió finalmente a decir.

—No Gerardo. Debe hacerlo ella —así que el hombre continuó sufriendo mientras los huevos acababan en el mantel uno tras otro. Por fin consiguió que uno de ellos llegara hasta su plato. Hambrienta y con la boca haciéndosele agua, cogió el tenedor y partió un generoso trozo, para por fin, pincharlo para tomar un bocado, pero antes de que llegara a su boca, Alonso detuvo su brazo.

—Debes usar el cuchillo para partir un pedazo. Y este debe ser bastante más pequeño que eso.

Ella, frustrada y molesta soltó el tenedor, lanzándolo sobre la mesa.

—Pero... ¡*Mare* del amor hermoso! ¿Me dejará comer de una vez?

Aquella mañana Fernando había notado cambiada a la muchacha. Profundas ojeras rodeaban sus ojos y su vistoso traje había desaparecido, sustituido por un pardo y anodino vestido de criada. Le pareció cansada y desmejorada. Tal vez por ello, no respondía bien a las lecciones, así que dijo:

—Alonso, déjala que coma. Seguramente cuando se sacie, será más sencillo que se concentre.

—Está bien. De todas formas, la modista debe estar al caer.

—Bien, tomaremos un café mientras esperamos.

Ángela se sintió intimidada mientras ambos hombres, el mayordomo e incluso la doncella de pulcros puños la observaban mientras comía. Le dio la impresión que todos la miraban reprobadores. Llevaba sin probar bocado desde el almuerzo del día anterior y se sentía famélica, pero estaban consiguiendo amargarle la comida. Aquellos dos hablaban de ella como si fuera una especie de salvaje, cuando ella tenía fama de ser una chica de lo más educada, le gustaría que vieran como se comportaba algunos de los que conocía. Para su alivio, pareció que al rato los amigos dejaron de prestarle atención, y continuaron hablando:

—Y entonces, ¿dices que tu antigua niñera accederá a venir a darle lecciones? —preguntó Fernando.

—Sí, ella educó a mis hermanas, y mis padres estaban siempre diciendo que no había mejor modelo de conducta que ella. Creo que es la persona idónea. Nosotros en realidad no tendríamos ni idea de cómo se debe educar a una dama. Sabemos reconocerlas, pero no crearlas.

—Pues tiene un arduo trabajo por delante —afirmó Fernando.

Ambos hombres seguían observando, mientras ella, arrancando un gran trozo de pan, se disponía a rebañar el plato con fruición. Aunque lo soltó disimuladamente al sentirse observada.

—Sí, desde luego. No podría estar más de acuerdo.

—¿Y será discreta? No nos conviene que nadie más lo sepa.

—Sí, si yo se lo pido. Me adora. Aunque no sé por qué. De pequeño era un pequeño demonio.

Ángela, que había estado escuchando a medias, más centrada en la comida que en otra cosa, escuchó interesada esto último.

—¿Sí? ¿qué es lo que hacías? —preguntó curiosa, antes de darse cuenta.

—No es de buena educación inmiscuirse en conversaciones ajenas —le advirtió, sin embargo, contestó —Eran, bueno... cosas de crío. Una vez introduje un sapo en la sopera. —Él sonrió divertido al recordarlo— Mis hermanas saltaban gritando por todo el salón. En cambio ella, cogió al pobre bicho sin inmutarse y lo mato de un solo golpe contra la mesa. Me cayó una buena por eso. Es muy rígida y severa, eso sí. Tendrá que adaptarse y aprender rápido.

La sonrisa desapareció del rostro de la muchacha, que hasta ahora disfrutaba de la anécdota,

y contestó:

—Ya les he dicho que yo no soy una niña para que me tengan que poner una *titutriz* de esas —no pudo evitar decir.

La rigidez habitual volvió a cubrir las facciones de Alonso, que le contestó con voz seria.

—Institutriz. Pero si lo prefiere, puede salir por esa puerta y dejar de cobrar los diez reales.

Ella se imaginó el camino de vuelta al barrio, y bajó la mirada al plato ya vacío. Apuro la taza de chocolate sin añadir palabra, aunque siguió rezongando por lo bajo.

En seguida, tras el desayuno la modista anunciada hizo acto de presencia. Sin apenas decir nada, se llevó a Ángela a una alcoba y le pidió que se quitara el vestido. En silencio, y sin apenas fruncir el ceño al ver su desastrosa ropa interior, sacó una cinta de medir y procedió a medirla de arriba abajo. Tras apuntarlo todo en una pequeña libretita le dijo que ya podía vestirse. Cuando Ángela volvió al salón, se encontró a la mujer hablando con los hombres.

—Entonces serán dos vestidos de tarde. También uno de noche. Este tardará más tiempo.

Fernando, atisbándola en la puerta, dijo:

—Vaya enviándolos en cuanto estén Y...añada también uno sencillo de mañana. Tendrá que usar algo mejor cuando esté aquí.

Ángela miró al suelo, humillada, aunque no dijo nada.

—Muy bien señor. ¿Quiere ver el muestrario? —dijo sacando un pesado libro de una bolsa.

—No será necesario, lo dejo a su discreción.

—Yo si quiero verlo —dijo entonces Ángela, retadora, adelantándose.

La modista dudó y miró a Fernando en busca de aprobación. Fernando dijo:

—No sé si es buena idea...

—Si tengo que llevar esos trajes, mejor será que me gusten ¿no?

—Está bien, como desees, yo de estas cosas...—dijo desentendiéndose y cogiendo el periódico.

En cambio, Alonso continuó atento mientras Ángela abría el libro, y pasaba las páginas rápidamente. La modista también sacó un muestrario de telas, que ella examinó detenidamente, alzándolas al trasluz y palpándolas, haciendo de vez en cuando alguna pregunta a la mujer. Observó que iba apartando algunas a un lado mientras se quedaba con otras, sin dudar.

—Me gustaría este para uno de los vestidos de tarde —dijo tras un largo rato, indicando uno de los figurines—. Con esta tela para la falda— dijo, poniendo sobre el libro un tafetán verde—. Pero le voy a cambiar algunas cosas. Cinturón, cuello, puños y hombreras de terciopelo mirto. El lazo de la corbata de gasa verde caña. Mangas ahuecadas, un poco drapeadas ¿sabe lo que le digo?

—Sí, señorita —respondió la modista sin rechistar, apuntando en su libreta.

Alonso no pudo por menos que sorprenderse de la elección. Se había decidido por un modelo discreto, pero elegante, y había hecho las indicaciones con seguridad. Había vivido muchos años con una madre y dos hijas obsesionadas con esas cosas, así que algo sabía sobre el tema. Al poco rato siguió hablando:

—Esta para el otro —dijo señalando una bonita tela de colores pardos con pequeños dibujos de pájaros.

—¿Le gustaría usar esta otra para el corpiño? —sugirió la modista, señalando una en un par de tonos más claros.

—Sí, está bien.

—Perfecto. Solo queda el de noche.

Ahí se mostró más dubitativa, observando la montaña de tejidos, y pasando una y otra vez las páginas del muestrario.

—¿Puedo sugerir algo? —dijo Alonso repentinamente. Ambas mujeres se volvieron sorprendidas hacia el hombre, del que se habían olvidado completamente. Levantándose, se acercó a la mesa, y rescató un retal de debajo de la pila —. Creo que esta —dijo mostrando una lujosa tela azul acero, con bordados en negro—, resultará adecuada y resaltaría los ojos de la señorita.

Ángela tomó la tela de sus manos, observándole como un ser de otro mundo. Este hombre era una caja de sorpresas.

—Sí...—dijo, sintiendo repentinamente un nudo en la garganta—, creo que... esta estará bien.

—Respecto al modelo, cualquiera de estos estará bien. Solo acuérdesse de bajar unos centímetros el escote.

Ángela levantó una ceja ante este último comentario, aunque no dijo nada.

—Perfecto. Entonces, mandaré el primero en cuanto esté listo —dijo la mujer.

—Mande también ropa interior, sombreros, guantes de cabritilla y sombrillas a juego —añadió Alonso.

La modista lo apuntó todo en su libretita, encantada con el gran encargo. Desde luego, con tan buenos clientes de su boca no saldría una palabra, por muy raro que le pareciera todo aquello. En un santiamén recogió todo y se fue.

—Bien —dijo Fernando, dejando por fin el periódico a un lado cuando la modista salió—. Creo que para ser el primer día ha sido bastante provechoso. No la robaremos más tiempo señorita García. Mañana a la misma hora, ¿le parece bien?

—Claro señor Muñana, a la misma hora. Pues si me dice dónde está mi habitación me iré a descansar un poco.

Ambos hombres la miraron sorprendidos.

—¿Habitación? ¿A qué se refiere señorita?

Una idea había comenzado a formarse en la mente de Ángela en cuanto entró en aquella agradable habitación esa mañana, y sin darse cuenta se había ido forjando a lo largo de toda la jornada. Y en aquel momento se había concretado en la frase que había soltado, sin apenas planearlo. Pero ahora que lo había hecho, se dio cuenta ansiosa, que sería la solución a todos sus problemas. Valía la pena intentarlo.

—Pues, eso ¿*pos* no quedamos en que querían que les dedicase el día entero? ¿a diez reales la *jorná*?

—Sí, pero eso no quiere decir que...

—¡Ah! ¿Qué ya se han *arrepentío*? Y ahora me dirán que quieren darme menos jornal porque no me han *ocupao* *tol* día, ya...si ya lo sabía yo. Ustedes se piensan que yo solo soy una *probe* chica *inorante* de la que reírse. Pues por ahí no paso ¿eh? Un trato es un trato.

—Sí señorita, no se preocupe que no...

—¡Pues yo soy de ley, que lo sepan! —Exclamó, alzando la voz—, ¡Si digo que les dedico *to la jorná*, es porque lo voy a hacer. ¡El día entero, *tol* día y *tó* la noche! *Asín que*, ya está dicho y ¡Sanseacabó!

—¿Cómo? —exclamó Fernando— No señorita, eso es del todo innecesario, yo le aseguro que...

Alonso observaba el intercambio, interesado y divertido a la vez. Dejando a un lado el evidente apuro de su amigo, observando el comportamiento de Ángela le parecían ver claras sus intenciones, por las que estaba montando aquel teatro. Estaba claro que pasar una temporada alojada en una confortable casa como aquella, sin nada que le faltase, y rodeada de lujos no era moco de pavo para alguien salido del submundo donde debía malvivir la muchacha. El mal aspecto que presentaba hoy era un claro ejemplo de que no debía pasarlo muy bien allí. Quizás el desalmado de Tomás la hacía trabajar a destajo durante las noches. Ese pensamiento hizo que se frunció su ceño, e interrumpió la conversación para decir:

—Creo que es una magnífica idea.

Fernando le miró estupefacto, y en la cara de Ángela apareció una sonrisa incrédula:

—¿Buena idea? —Exclamó indignado su amigo— ¿Qué se quede aquí, en mi casa, conmigo? Te has vuelto completamente loco.

—Sí, piénsalo bien. Estar inmersa en esta atmosfera las veinticuatro horas le haría avanzar mucho más rápido. En cambio, volver a diario a...digamos, a un ambiente poco edificante, haría que perdiese enseguida las buenas formas recién adquiridas...sería totalmente contraproducente.

Fernando le miraba indignado:

—¡Perfecto! ¿Pues porque no te la llevas tu a vivir contigo?

—¿Conmigo? ¿Y con mi madre y hermanas? No digas tonterías Fernando. Tú eres el soltero y el que vive solo, no tendrías que dar explicaciones a nadie.

—¡Pues por eso mismo! ¿Qué dirá la gente si trajese a una mujer a mi casa?

—Pero no es una mujer cualquiera, es tu prima ¿recuerdas? De hecho, esto es perfecto. Seguramente el servicio acabaría murmurando si una mujer viniera a verte todos los días y se quedara varias horas en tu casa. Pero, si se trata de un familiar que ha venido a pasar una temporada, es muy diferente.

—No estoy de acuerdo, ninguna mujer respetable se quedaría a dormir en casa de un hombre soltero, por muy primo suyo que sea.

—No ella sola, desde luego, pero si traemos también a una mujer de reputación sin tacha que le haga de carabina, sería totalmente diferente ¿verdad?

A Alonso le costó un poco más convencer al reticente Fernando, que veía peligrar su independencia de hombre soltero, pero, finalmente, se rindió. Discutir con Alonso era agotador, y él tenía aquella noche una cita a la que no quería faltar. Así que llamó al mayordomo y le pidió que asignara a Angela una de las habitaciones de invitados. Por la cara del hombre, normalmente impasible, quedó claro lo que pensaba al respecto. Una vez la chica salió, siguiendo al sirviente, Alonso dijo:

—Tendrás que hablar con él —advirtió, refiriéndose al mayordomo—. No nos conviene que se esparzan rumores.

—No te preocupes, Gabriel lleva en la familia desde antes de que pueda recordar, si se lo pido, no dirá palabra, y se ocupará de que el resto del personal haga lo mismo. Bien. —dijo levantándose de su asiento, y frotándose las manos, muy animado de repente — Y ahora, si ya has sacado de mi todo lo que necesitabas, debo irme. No quiero llegar tarde a la cita con cierta señorita, cuyo nombre me permitirás no tener que nombrar.

—¿Piensas salir hoy? —dijo el otro, sorprendido — No pensarás dejarla sola en tu casa, sin vigilancia.

—Están los criados. Y si tanto te preocupa...Esto es idea tuya, así que, te quedarás tú y harás de niñera.

—¿Yo? —pero antes de que pudiese protestar, su amigo ya había desaparecido escaleras arriba. Pronto bajo de nuevo, elegantemente ataviado y salió por la puerta sin despedirse, dejando a Alonso plantado en el salón.

Mucho después, cuando ya la casa dormía hacía rato, y los últimos sirvientes se habían retirado tras servirle una frugal cena, Alonso se encontraba en la biblioteca, con la única compañía de un vaso de coñac. Llevaba toda la noche exprimiéndose el cerebro tratando de buscar otra manera de conseguir lo que necesitaban. Cada vez le gustaba menos todo aquel asunto, desde el principio había pensado que robar los papeles era una locura. Y desde luego no había sido suya la idea de buscar una mujer para hacerlo, pero elegir a Ángela para hacer el trabajo...él nunca lo hubiese hecho. Era un hombre impaciente, y sobre todo, alguien al que no le gustaba que las cosas escaparan a su control. Y había algo en aquella chica que le hacía temer que justo aquello es lo que ocurriría. Era alguien imprevisible. Él normalmente le tenía cogida la medida a cualquier persona al poco tiempo de conocerla, pero con ella no sabía a qué atenerse. Además, le inquietaba tenerla cerca. Estaba deseando que todo aquello acabase.

Apuro el último trago del vaso, y estaba pensando si ir a acostarse a la habitación que le habían

preparado, o llenarse un último vaso a pesar de que la cabeza empezaba a pesarle, cuando escucho el chasquido de la puerta. Una sigilosa y oscura figura entro deslizándose en la habitación.

Ángela se dirigió hasta las estanterías que recordaba cerca de la ventana. La habitación estaba a oscuras, pero la luz de la luna que entraba por la ventana era suficiente para poder moverse, y no quería llamar la atención de los sirvientes, ni hacer ruido intentando encontrar una bujía con que alumbrarse. Al llegar hasta ellas, intento vislumbrar los títulos de los libros, pero no pudo, así que tomo uno al azar. Iba a darse la vuelta para salir, cuando una garra la aferro fuertemente del brazo. El grito que profirió fue ahogado por otra mano que le cubrió la boca con fuerza. Por su mente aterrada cruzo al instante la imagen del *Sevillano*, y con el canto del pesado libro, golpeo con todas sus fuerzas con la mano que le quedaba libre la cabeza del hombre. Este profirió una exclamación de protesta, pero no lo soltó, sino que dijo, con voz airada:

—¡Maldita seas! ¡Estaos quieta u os llevo ahora mismo al cuartelillo!

Ángela reconoció la voz del hombre, y preguntó:

—¿Señor Quintanar? —desconcertada, dejo caer el libro al suelo.

—¿Qué es lo que buscáis aquí? ¡Pretendías robar lo que pudierais e iros con viento fresco no es así? ¿Es por lo que queráis quedaros aquí esta noche? —dijo, obligándola a girar en redondo y acercando su rostro furioso al suyo.

—¿Pero...? ¡Que *ice uste*! Solo he bajado a por un libro, llevo toda la noche sin poder pegar ojo y pensé...

—¿Un libro, os pensáis que soy idiota? Pretendéis que crea que...

—¡Ahí en el suelo lo tenéis! —dijo indignada la chica, señalándolo.

Él miro el libro, y después de nuevo a ella. ¿Y si estuviese diciendo la verdad?, ya no sabía que pensar. Reparó en como su respiración agitada, ahora por el enfado, agitaba su pecho, apenas cubierto por una camisa desabrochada. La tenía sujeta por ambos brazos, y sus cuerpos se rozaban. Eso hizo que otra idea muy diferente, cruzase por su mente:

—Quizás...Ah, puede que me haya confundido y...¿tal vez sabias que yo estaba a aquí? ¿por eso has bajado?—preguntó, con voz ronca.

—¿Yo? ¿Cómo iba yo a...?

Pero él, con los sentidos embotados por el alcohol y el deseo, ya apenas la escuchaba. Miró su boca, a escasos centímetros de la suya y acercándola aún más a él, apretó su boca contra la suya. Ángela quedó estupefacta. Hace un momento la acusaba de robar, y ahora la besaba. Su primer impulso fue apartarlo, como había hecho con otros muchos antes. Pero no lo hizo, y él, al comprobar que ella no lo rechazaba, se envalentonó, y abrazándola más fuerte, profundizo el beso, mordiendo sus labios. Ella sentía su corazón latiendo como loco, y aspiró su aroma, mezcla de loción de afeitado y coñac, que sin embargo, no le resultó desagradable. No era la primera vez que la besaban, pero por algún motivo, su beso le hizo sentir de forma diferente, y la curiosidad ante ello le hizo dejar que este continuase. Él aparto la boca de sus labios y comenzó besarla el cuello, y sus manos bajaron por su cuerpo. Ella sentía escalofríos haya donde sus manos y su boca

la rozaban. Pero cuando él comenzó a abrir su camisa, con clara intención de quitársela, recobró el sentido y decidió que aquello estaba llegando demasiado lejos. Se apartó bruscamente. Se miraron entonces a los ojos, brillantes bajo la escasa luz de la luna, ambos con la respiración entrecortada.

Él volvió en sí, maldiciéndose por haber perdido el control de aquella manera, por delicioso que hubiese sido. Hubiese tenido o no la muchacha la intención de seducirle, aquella había sido la peor idea que había tenido en mucho tiempo. Agachándose, recogió el libro que había quedado en el suelo olvidado y se lo tendió. Con un brusco susurro, dijo:

—Lo siento. No volverá a ocurrir.

Y con una pequeña inclinación de cabeza, se dio la vuelta y salió de la habitación. Ella no supo si se disculpaba por haberla acusado falsamente, o que sentía haberla besado como lo había hecho. Deseo que fuera lo primero, pero no lo creía.

Capítulo VIII

La doncella llamó a su puerta para avisarla de que la esperaban abajo. Consiguió sobresaltarla, ya que aún no se había acostumbrado a estar en aquel lugar, a pesar de los días transcurridos. Se sentía una intrusa en aquel hermoso dormitorio, decorado con suaves tonos rosados. Cuando el mayordomo la había guiado hasta allí la primera noche, no podía creerse su buena suerte. El alivio la recorrió al comprender que no podía haber encontrado un sitio mejor para refugiarse. Si había un lugar completamente fuera del alcance del *Sevillano*, era aquel. Recorrió el cuarto maravillada, acariciando los suaves tejidos y pasando la mano por los preciosos muebles. La gran cama con dosel le había parecido grandiosa, la más bonita que había visto jamás. Fue lo que más le llamó la atención, y le pareció que aquel magnífico lecho, lleno de mullidos almohadones, sería el lugar más cómodo del mundo. ¡Qué equivocada estaba! Era tan blanda que no había conseguido pegar ojo en toda la noche, echando de menos su humilde colchón hecho de trapos. Aparte, ella solía acostarse bien entrada la noche, ya que, tras la cena, los vecinos de la corrala solían sacar unas sillas para sentarse al fresco, a la puerta de sus casas, y ella solía quedarse hasta bien tarde pegando la hebra con unos y con otros. No estaba acostumbrada acostarse temprano, por eso también lo de la excursión al piso de abajo del primer día, y todo lo ocurrido después.

Había tenido tiempo de meditar en aquello, demasiado tiempo quizás. Y aun así, no sabía aún como sentirse al respecto. No podía decir que se arrepintiese exactamente, al fin y al cabo, fue él quien la había besado, ¿cierto? Pero ella..., la verdad es que ella se lo había permitido, aunque aún no sabía bien porque. Su amiga María siempre le había dicho que era afortunada, porque, aunque eran muchos los hombres que le iban detrás, ella nunca sufría de amores por ninguno. Ella se reía y decía que era mucho mejor así, pero una parte de ella siempre quiso conocer también aquella emoción por las que sus amigas se estremecían y de la cual hablaban sin parar. Y ahora, porque de entre todos los hombres, ¿justamente tenía que sentir aquello por alguien que parecía despreciarla?

Aunque había algo que ni siquiera María sabía. Sí que hubo una vez alguien. Pero había sido tan mala experiencia, que ella había intentado borrarlo de su vida, como si nunca hubiese ocurrido. Se llamaba Ramón. Era dueño de una tienda de ultramarinos que se encontraba en el camino que debía hacer a diario para coger el tranvía. Ella apenas tenía quince años, y él era mucho mayor. Todos los días, la esperaba a la puerta para verla pasar y decirle alguna cosa. Al principio ella no le hacía caso, pero poco a poco, se fue ganando su confianza. Le regalaba fruslerías. Le daba pequeños regalos, y cosas deliciosas para comer. En aquellos tiempos, aún no era muy buena en su trabajo y aún pasaba hambre, y no podía resistirse a esas golosinas. Le contaba historias graciosas para conseguir entretenerla y que se quedara un rato charlando con él. No es que se enamorara de él, era demasiado mayor y poco atractivo para que ella albergara esos sentimientos, pero consiguió que esperara con ilusión el momento de verle todos los días. Hasta que un día le pidió que pasara a la trastienda. Al principio solo fueron besos, pero luego fue mucho más. A ella no le gustó, pero aguantó. Él le decía que se casarían. Ella le creyó. Pensó que sería una salida a la incierta vida que llevaba. Pensó que él le tenía cariño y que sería un buen marido. Hasta que un día su mujer llegó mientras ellos estaban en la trastienda, y todo acabó. Ella

lo superó, pero tuvo dos consecuencias. Una que a partir de aquello no se fiara de los hombres, y la segunda que tuviera que dar un rodeo cada vez que quería coger el tranvía.

Por lo tanto, entre que el pensar en lo ocurrido con Alonso, y en la extraña situación en la que se había envuelto, sumado a aquella maldita cama, apenas dormía por las noches. Y encima, estaba lo de la doncella que la torturaba. La primera mañana, justo cuando parecía que acababa por fin de conciliar el sueño, la doncella entró como una tromba, haciendo que casi resbalara al suelo del susto, cuando abrió bruscamente las ventanas de par en par. Aunque ella porfió y peleó por quedarse un rato más entre las sabanas, no hubo manera de que aquella mujer se fuese y la dejase tranquila, así que finalmente tuvo que levantarse. Y así había sido cada mañana desde entonces. Y, como decía ella, ¿a qué venía eso de levantarla tan temprano? Si tras desayunarse con una bandeja, que la llevaban hasta su dormitorio, no tenía nada más que hacer. Llevaba encerrada en la casa varios días ya. El señor Muñana, suponía, debía seguir molesto con ella, y no la había invitado a bajar al salón para compartir las comidas. Aunque al menos, así había podido disfrutar de la rica comida sin que nadie la importunara. Tampoco la habían llamado para empezar sus “prácticas”. Ella, que en su vida había estado con una mano sobre otra, estaba tan aburrida que se subía por las paredes.

La única novedad había sido aquel día en la que la doncella apareció con un vestido enviado por la modista. No era ninguno de los que le habían encargado, sino que se trataba de uno muy sencillo, que debía tener por la tienda, y que habrían arreglado apresuradamente para que tuviese algo decente que ponerse, hasta que los nuevos vestidos fueran confeccionados. Seguramente consideraría que era apenas un trapo, pero a Ángela le pareció maravilloso poder ponerse un vestido nuevo, y dejar de usar aquel ajado que había traído. La doncella se empeñó en ayudarla a vestirse, y aunque ella le dijo que era muy capaz de hacerlo sola, casi le sacó la ropa a tirones. Pero valió la pena, porque tras vestirla y peinarla, para lo que la maldita se dio mucha maña, la dejó la mar de guapa. Después de aquello, le cayó un poquillo mejor. Hasta trato de que se quedara un rato más dándole pali que, pero la mujer no quiso. Decía que tenía muchas tareas por terminar. Ella hasta se ofreció a ayudarla, pero la otra se había escandalizado y se había largado con viento fresco, dejándola otra vez allí, sola y aburrida.

Hasta que por fin, hoy había vuelto para decirle que la esperaban abajo, en el salón verde. Contenta, le pidió que le arreglara un poco el pelo, porque algunos mechones se habían escapado del recogido, y quería estar perfecta.

Mientras en el salón, Alonso servía en ese momento a Doña Inés de Arteaga, su antigua niñera, un chocolate bien caliente, tal como sabía que a ella le gustaba, mientras ambos esperaban al dueño de la casa. Al entregarle la taza, ella preguntó, muy intrigada y algo escandalizada:

—¿Y dices que la muchacha carece de toda educación?

—Un auténtico desastre. Y viniendo de la familia de la que procede, una auténtica vergüenza. Al parecer, la pobre chica se ha criado sin madre que vele por educarla como merece, y su padre, más ocupado en sus negocios, apenas la ha visto en todos estos años, dejando su educación en manos de sirvientes, que la han educado como han podido, honradamente, pero con muy poca distinción. Mi amigo Fernando es de tan buen corazón que, al conocer la situación, no dudo en invitar a su prima a venir a la capital, con la esperanza de que, con su influencia, y presentándola en los círculos adecuados, pudiese hacer un buen matrimonio, imposible en

aquellos pagos donde se ha criado. Pero cuando se presentó aquí ayer de improviso, se dio cuenta que sería del todo imposible hacer su presentación en sociedad. Si la presentáramos ahora, ningún caballero de buena familia querría saber nada de ella.

—Ya veo, una vergüenza que un progenitor se desentienda de esa manera de la que es su obligación. Pero querido, tú sabes que hace ya tiempo que estoy retirada.

—Lo sé, lo sé, pero cuando mi querido amigo me habló de su problema, en seguida pensé en usted. Si hay alguien capaz de dar forma a este diamante en bruto, esa es usted.

La mujer sonrió, encantada ante sus palabras.

—¡Siempre has sido un zalamero! Desde pequeño sabias exactamente que decir para salirte con la tuya. ¿Y dices que al menos la chica tiene buena actitud?

—¡La mejor! Está deseosa de aprender. Y eso sí, al menos tiene una muy buena presencia.

—Bueno, no te prometo nada, pero al menos, y ya que estoy aquí, vamos a conocer a esa joya.

—He pedido que la avisen, debe estar por bajar, déjame que vaya a ver.

Ángela bajaba pensando que sería Fernando quien la llamaba, listo por fin para volver con sus lecciones de modales. En cambio, a los pies de la escalera al que vio fue a Alonso. Quedó paralizada por un segundo. Estos días por supuesto había pensado que hacer cuando le volviese a ver. Pensó que todo dependería de la actitud de él. Si como suponía, él hacía como si nada hubiese ocurrido, estaría preparada. Le observó atentamente. Estaba aún más guapo de lo que recordaba, maldito fuese, vestido con un traje oscuro y con el rostro recién afeitado, no como aquella noche, en la que recordaba aún su barba incipiente arañándola la piel, electrizándola. Procuró apartar esos pensamientos, enterrándolos bien profundo. Él la miraba muy serio, incluso diría que con su mirada severa de costumbre. Estaban a solas, es decir, que no tenía que disimular ante nadie. Ella captó el mensaje. La respuesta que buscaba estaba bien clara. Lo de la otra noche no había significado nada para él. Era como todos, solo buscando un rato de diversión. Aun así, y pese a esperarlo, se sorprendió sintiendo una profunda decepción. Se consoló pensando que al menos, lo había detenido a tiempo. No quería ni pensar que hubiese sentido si todo hubiese llegado a algo más que un beso. Pero, como él le dijo, no se volvería a repetir. Reconviniéndose, acabó de bajar las escaleras, y se detuvo ante él, mirándole altiva.

—Voy a presentarte a alguien —le dijo él, sin ni siquiera un saludo—. Es muy importante que te comportes conforme la historia que vamos a contar. Eres la prima de Fernando, y has venido aquí de visita, ¿de acuerdo?

Ella asintió, seria, sin dignarse a hablar. Ambos se dirigieron por el pasillo hacia el salón, y él la permitió adelantarse, observando la rigidez en su postura. Obviamente, ella estaba enfadada con él por lo del otro día. No era de extrañar. Estos días había tenido tiempo para pensar, y no se explicaba lo ocurrido. Él no solía actuar con esa impulsividad, sino de hecho, todo lo contrario. Todo en su vida, incluyendo su relación con las mujeres, era medido y estudiado hasta tomar la decisión más idónea. No podía negarse a sí mismo que se sentía muy atraído por ella, y el alcohol no había ayudado. Se preguntó porque despertaba en él ese deseo y no supo responder. No era solo por su evidente belleza, seguramente a lo largo de su vida había conocido a otras igual de

atractivas. Pero había algo en ella, algo diferente, su arrojo, independencia, incluso su insoportable insolencia, la hacía diferente al resto. Sin embargo, tener una aventura con ella sería la peor de las ideas, y podría llevar al traste toda la operación. Era evidente que debía evitarlo a toda costa. Esto es lo que había decidido en la tranquilidad de su casa, pero, al verla de nuevo, bajando las escaleras, con un bonito vestido y un peinado nuevo que dejaba su precioso cuello al aire, volvió a sentir el mismo deseo de la última noche. Y esta vez, ni siquiera podía culpar al alcohol. Intentó alejar esos pensamientos cuando llegaron al salón. Nada más entrar, Ángela se detuvo en seco al ver a la elegante señora mayor sentada en una de las butacas. Insegura, se detuvo en el umbral.

—Bueno, aquí la tenemos —dijo Alonso, adelantándose—. Es algo tímida. Pasa muchacha.

Y acercándose a ella, le puso la mano en la espalda, y le dio un ligero empujón hacia el interior de la habitación, lo que la hizo tastabillar y dar un par de pasos hacia delante. Molesta, ella le obsequió con una mirada ceñuda, y el ocultó una sonrisa divertida. Había algo que le impulsaba a irritarla. Siguió diciendo:

— Señorita Muñana, le presento a Doña Inés, ya le hablé de ella. Es mi antigua niñera, y la única mujer que trató de sacar algo decente de mí, aunque no sé si pudo enderezarme del todo. Doña Inés, esta es Ángela Muñana.

Ángela se quedó paralizada, sin saber qué hacer, intimidada ante la inquisitiva mirada de la elegante señora, que sentada en su sillón la observaba como una reina en su trono. Hasta que, ante su evidente apuro, la señora dijo:

—Vamos chiquilla, acércate, que aún no me he comido a nadie —. La voz fue amable, y Ángela se armó de valor para dar un par de pasos en su dirección, y balbucear un buenos días.

—El señor de Quintanar, aquí presente, me ha comentado que has venido a visitar a tu primo, y pasar aquí una temporada ¿qué te está pareciendo la capital?

—Pues...—tuvo la suficiente presencia de ánimo, ante la inesperada situación, como para recordar la conversación del día anterior entre los caballeros, y pudo seguir así con la mascarada —, llegué ayer desde el pueblo, así que aún no he podido ver *na*. Pero mi primo me ha *prometio* llevarme a dar un *voltio* pronto.

La señora dirigió una mirada significativa hacia Alonso al escuchar la forma de expresarse de la muchacha.

—Claro, tiene que hacerlo. Y una muchacha tan joven y bonita como tú, tiene que pasarse y lucirse, no va a tenerte aquí encerrada todo el tiempo. Debes pedirle que te lleve al Retiro, está precioso en esta época.

Ángela sonrió, la señora parecía muy simpática, nada que ver con la imagen que se había hecho de ella tras la descripción de Alonso.

—*Pos* eso digo yo, llevo aquí encerrada *to* la mañana.

—Claro...y querida, ¿de dónde decís que sois?

—*Pos*...—Ángela miro a Alonso, confundida— ...del pueblo, del mismo que Fernando.

—Sí, lo sé, pero ¿Cuál es el nombre? Quizás lo conozca.

—¡Uy, qué va señora! Seguro que no, es *mu* pequeño...—Ángela miraba a Alonso en busca de ayuda, pero este no parecía saber que decir tampoco.

—Argamasilla del Conde—. Fernando entró por la puerta providencialmente, y mientras se quitaba los guantes, siguió diciendo—. Así se llama el pueblo, y efectivamente es tan pequeño, que ni escuela tiene. Buenos días a todos.

—Buenas días Fernando, te presento a Doña Inés, mi querida niñera, de la que te he hablado, y con quien, te recuerdo, habíamos quedado esta mañana —Alonso le dirigió una molesta mirada a su amigo, que evidentemente, acababa de llegar después de otra noche de jarana.

—Encantado, señora, lamento la tardanza —dijo Fernando inclinándose ligeramente hacia ella.

—Buenos días señor Muñana. Perdone la curiosidad, estábamos intentando conocer la procedencia de su prima.

—Está cerca de Salamanca —dijo Ángela, recordando en ese momento. Aliviada, sonrió a la mujer, con cara inocente.

La mujer se quedó un momento callada, como extrañada. Finalmente dijo:

—Ah, sí. Bueno, efectivamente, el nombre no me es conocido.

—Pues sí, un sitio pequeño pero encantador, en las faldas de la peña de Francia—dijo acercándose a la chica y cogiéndola del brazo, en un gesto cariñoso—. En primavera, los campos y bosques cercanos son hermosísimos, eso sí, los inviernos son crudos y duros, ¿verdad primita?

—Uy, sí, ¡Se te pela el panderero de frío!

La buena mujer se sobresaltó con el exabrupto, y los hombres se miraron incómodos. Ángela, que hasta el momento había empezado a sentirse más a gusto, se dio cuenta de que había vuelto a meter la pata, y clavó la mirada al suelo, avergonzada. Ante el silencio que se formó, Fernando intervino para desviar el tema:

—Señora, estoy seguro que Alonso no ha tenido aún el detalle de ofrecerle algo.

—Pues te equivocas, ya hemos dado cuenta de un buen chocolate.

—Ah, pues entonces ¿Quizás una copita de jerez antes de almorzar? Porque se quedará usted ¿verdad?

—Uy, no, no quisiera ser una molestia. Pero sí que le aceptaré esa copita.

Durante un rato, mientras se servían las bebidas y empezaran entre ellos una amigable charla, todos parecieron olvidarse de Ángela, que aliviada de dejar de ser el centro de atención, se refugió en una butaca junto a la chimenea. Estaba muy tranquila, disfrutando del agradable calorcito cuando para su desgracia la conversación volvió a centrarse en ella.

—Por supuesto, mi prima está deseando conocer la ciudad, y pronto yo estaré encantado de acompañarla y de presentarle a mis conocidos, para que se entretenga y tenga un poco de vida social—decía Fernando, en respuesta al reproche que la anciana dama le había hecho por no

haber llevado aún de paseo— Pero..., antes me gustaría que ella se habituara un poco a esto, y... bueno, modificara un poco sus costumbres...Verá, como usted puede comprobar, mi prima es una muchacha muy agradable y linda, pero...bueno, vivir en un sitio tan apartado, le ha hecho adoptar unas maneras un tanto...toscas.

—Ya veo. Pobre criatura —contesto la señora, lanzando una mirada cargada de lastima a la chica, que sentada en su sillón, miraba al suelo con gesto compungido, en la más pura imagen de la inocencia, aunque por dentro ardía de rabia por verse tratada de bruta una vez más, cuando ella se había esforzado por ser educada.

—De hecho...—continuo él—La hemos hecho venir hoy con la esperanza de que usted pudiese ayudarnos.

Durante el almuerzo posterior, que Doña Inés no pudo rechazar dada la insistencia de ambos hombres, siguieron convenciendo a la buena señora para que aceptara el puesto de institutriz, o más bien, de dama de compañía, dada la edad de la supuesta alumna. Al principio la mujer no estaba por la labor, pero era de corazón blando, y aunque hace años que estaba retirada, tenía la firme convicción de que todo el mundo tenía derecho a una buena educación, más aquella dulce muchachita, cuyos progenitores habían descuidado de aquella manera.

También ayudo la promesa de una buena remuneración por parte del señor Muñana. Sus ahorros, juntados peseta a peseta a lo largo de muchos años de trabajo, le permitían apenas vivir con cierta decencia en una pensión, y a base de ajustar mucho su presupuesto. El ofrecimiento además incluía alojamiento y comida, ya que insistió en que se trasladara a vivir a la casa mientras durara la estancia de la joven, que le pareció de lo más lógico, no era decente que viviera sola allí, bajo el techo de un hombre soltero, por muy primos que fuesen.

Pero sobre todo, cuando comprobó horrorizada como se comportaba aquella criatura en la mesa, no le quedó ninguna duda. No se podía permitir que alguien de tan buena familia se comportara como una vulgar fregona. Su orgullo como educadora, le impedían mirar hacia otro lado después de ver aquel desastre.

Aquella noche, después de tirar al suelo todos los almohadones, y deshacerse de un par de colchas hasta conseguir hacer la cama medianamente cómoda, Ángela se acostó para intentar dormir, aunque por supuesto sin conseguirlo. Se puso a pensar en todo lo ocurrido aquel día. Había tenido que contenerse más de una vez, mientras aquellos tres se hartaban de parlotear sobre ella, criticando todo lo que hacía, como si ella fuese alguna clase de monstruo de feria. Maldita sea, había pasado todo el día tragando hiel, por no gritarles que la dejaran tranquila, que ella estaba muy bien siendo como era. Pero cuando estaba a punto de explotar, se obligaba a recordar aquella escalofriante última mirada que le había echado el *Sevillano* y se le bajaban los humos al momento. Eso no quería decir que estuviese contenta con que un par de lechuguinos y una vieja solterona, le dijese continuamente cómo comportarse, y se creyesen con derecho a criticar todo lo que hacía o decía. Se preguntaba cuánto tiempo sería capaz de aguantarlo.

Pasó mala noche, por lo que de nuevo, cuando a la mañana siguiente la doncella entró sin asomo de piedad, como un soldado de caballería abriendo ventanas, maldijo hasta en arameo, pero no le sirvió de nada. Pero esta vez, tras ayudarla a vestirse y arreglarse, la mandó escaleras abajo, donde le dijo que la esperaban para el desayuno. Bueno, al menos esta vez no la iban a

dejar encerrada. Entró en el salón verde, pero allí no había nadie. No era de extrañar, apenas amanecía y el señor de la casa no se había levantado aún. Afortunado él.

—Buenos días, señorita Muñana —escuchó a sus espaldas y al volverse se encontró a Doña Inés, impecable en su oscuro vestido. —¿Qué está haciendo aquí?

—Buenos días tenga *usté seña* Inés..., *pue*, me dijeron que bajara a desayunar. Pero claro, se ve que no les ha *dao* tiempo a apañarlo *entodavía*. Natural, si es que ni ha *salio* aún el sol.

—No señorita, todo está dispuesto. Pero no aquí, usted aún no está preparada para el salón principal. Mientras no aprenda a comportarse, me temo que deberá comer en la cocina.

Y dicho y hecho, Doña Inés la guio al piso inferior, donde se encontraban las dependencias del servicio, las cocheras y la cocina. En una pequeña habitación, al lado de los fogones, y entre el trajín de los criados que entraban y salían, se encontraba dispuesta una pequeña mesa con dos servicios de desayuno. La anciana institutriz le indicó que se sentara. A ella le dio igual que la relegaran al cuarto de los criados, casi mejor, así tal vez la dejaran comer tranquila. Pero no tuvo esa suerte. El desayuno se convirtió una vez más en un suplicio, en el que lo que menos pudo hacer fue comer.

Ángela soportó todo lo mejor que pudo, pero frunció el ceño cuando la anciana le impidió seguir tomándose el chocolate, porque según ella, no podía sorberlo de la taza. Pero, si se lo ponían tan caliente, ¿que esperaba? Si no lo sorbía ¡se quemaría los labios! Estaba a punto de mandar al diablo a la buena señora, cuando, por el rabillo del ojo vio claramente como la doncella, al pasar a su lado, disimulaba una sonrisa socarrona. Ósea, que aquella pretenciosa se pensaba que era mejor que ella. Le iba enseñar a esa que era muy capaz de comportarse como una señoritinga si se lo proponía. Lo único que tenía que hacer era sentarse como si le hubiesen metido un palo por salvase la parte, y comer como lo haría un jilguero. Vaya que era capaz, iban a ver esos lo que vale un peine.

Aquella tarde, Fernando y Alonso tomaban un café en el jardín junto a Doña Inés. Por supuesto, el tema de conversación era de nuevo Ángela, que en ese momento, se encontraba en su habitación, donde la habían mandado a descansar.

—Entonces, ¿creé usted que conseguirá enderezarla, como hizo conmigo? —preguntó Alonso, con una sonrisa.

—Uy, seguro que me lo pondrá mucho más sencillo que tú, que eras un pequeño diablo. No, hoy hemos hecho muchos progresos. Se ve que la pobre chiquilla estaba deseando aprender, y todo lo absorbe fácilmente. Hoy se ha esforzado mucho.

Alonso alzó las cejas, sorprendido.

—Me alegra mucho oírlo —dijo Fernando, frotándose las manos— ¿ves Alonso, como se está esforzando? Verá señora, él piensa que ella no tiene una buena actitud.

—¡Para nada! Si la hubiesen visto hoy en el desayuno, no se lo creerían.

—Estaré muy feliz de retractarme si realmente me he equivocado con ella, pero creo que aún queda mucho para ello. Estaré fuera unas semanas, por motivo de negocios. Sería muy bueno que a mi vuelta se vieran ya resultados.

—Es digno de admiración el interés que te tomas por la muchacha, Alonso —comentó la señora, algo extrañada.

—Sí, bueno —respondió incomodo—, es la prima de mi amigo y...veo lo preocupado que está él. Además, como usted dice, me parece de justicia que una joven de buena familia sepa cómo comportarse.

—Por supuesto—dijo la señora, aunque por su cabeza cruzó si no tendría algún otro interés en la chica. Al fin y al cabo, con malos modales o no, Ángela era una joven muy agradecida y había visto como él la miraba.

Capítulo IX

Ángela caminaba feliz, apoyada en el brazo de Fernando por la misma calle que no hace tanto, se ocupaba de recorrer al acecho de alguna cartera. Con cuidado de mantener sus bonitos botines nuevos a salvo de los charcos de la calzada, se soltó un momento para detenerse a revisar su reflejo de un escaparate. Estrenaba aquel día uno de los nuevos vestidos que habían encargado a la modista. Se colocó los rubios bucles que escapaban del coqueto sombrerito y también se cuidó de estirar bien la falda y ajustar el lazo. Llevaban toda la tarde de compras, y aunque los nuevos zapatos la apretaban, no se cansaba de recorrer todas las tiendas. Le encantaba la forma en la que las dependientas la trataban ahora, y estaba disfrutando como nunca. Mientras ella se acicalaba, no era consciente de las miradas de aprobación que intercambiaba Fernando con Doña Inés, mientras la observaban.

—Está claro que ha hecho usted un magnífico trabajo, Doña Inés. Más bien diría, que ha hecho usted un milagro.

—Oh, no exagere señor Muñana. Solo ha hecho falta sacarle un poco de brillo. He tenido una muy buena materia prima con la que trabajar, la niña es canela en rama. No hay más que verla —dijo la señora, con evidente satisfacción.

La señora se olvidaba ya de los primeros días, en los que estuvo a punto de renunciar, ante la tozudez de la muchacha que había demostrado tener un fuerte carácter. Hasta que descubrió que con ella funcionaba mucho mejor el halago y la amabilidad, que la rigidez o las amenazas. No en vano llevaba educando más de cuarenta años, y sabía que lo que funcionaba con unos, podía no servir para otros. Ángela se revolvía como un gato panza arriba si se intentaba forzar su voluntad, en cambio, con un par de sonrisas se derretía y era como mantequilla en sus manos. Y así, había conseguido meter en su cabezota algunas normas esenciales de urbanidad, y con mucho más trabajo, refinar un tanto su lenguaje, aunque esto aún tenía que trabajarse. Aunque al verla ahora, cualquiera la tomaría por una señorita refinada, nacida y criada desde la cuna en la mejor de las casas.

—La verdad que ha hecho magníficos progresos—continuó diciendo—, pero debe seguir esforzándose. Pero la chiquilla vale mucho, cualquier caballero que se interese en ella, deberá valorar eso y entenderá que solo es necesario algo más de tiempo para hacer de ella toda una señora. Y dígame, ¿por casualidad tiene algún caballero ya en mente?

—¿Cómo? —respondió Fernando, desconcertado por un momento—Ah, se refiere usted a algún pretendiente. Sí, la verdad es que tengo a alguien en mente que me gustaría presentarle.

—Perfecto. Pero antes de eso, creo que ya podría intentar presentarla a algunas amistades. Que vayan acostumbrándose.

—¿Usted cree? —dijo, acariciándose el bigote, pensativo.

—Sí, yo creo que ya sería capaz de mantener una conversación sin caer en evidencia. Aunque...sin forzar demasiado, quizás en alguna reunión informal, donde no sea necesario hablar demasiado.

—Sí, creo que tiene usted razón.

En ese momento, Ángela se volvió hacia ellos, diciendo:

—¿Podemos ir a una tienda más? A aquella de allí —dijo señalando una galería comercial recién inaugurada, a la manera de los pasajes franceses, y que causaba furor.

—Se está haciendo algo tarde, ¿no crees que ya has comprado suficientes fruslerías? —dijo señalando los múltiples paquetes que cargaba la doncella que les acompañaba.

—Solo una más... ¡Por favor! —dijo, haciendo un pucherito encantador.

Fernando, resignado contestó: —Está bien...pero la última.

—¡Muchas gracias! La última, lo prometo—dijo aplaudiendo encantada—. Eres el mejor, primito.

Y poniéndose de puntillas, le plantó un beso en la mejilla, y los tres rieron antes de dirigirse al interior de la tienda. Sin percatarse de que fuera, quedaba una figura que les observaba atentamente. No era otro que Alonso, que había visto a su amigo desde el final de la calle, y se había dirigido hacia ellos sin dudar, con idea de saludarlos. Pero al ver la efusividad de Ángela había desplegado hace un momento, algo le había detenido y se quedó observándoles desaparecer, sin hacer amago de llamar su atención, con cara de pocos amigos.

Pero a la mañana siguiente se presentó en casa de su amigo. El mayordomo le hizo pasar a la biblioteca, donde Fernando le recibió algo extrañado de su repentina aparición, sobre todo cuando este empezó a interrogarle de inmediato sobre la muchacha.

—Dices que la chica está avanzando con su aprendizaje, pero sigo preguntándome si no será esta una empresa demasiado incierta y peligrosa. Nunca he estado del todo convencido de este plan, lo sabes. Creo que tal vez deberíamos olvidarnos de todo y buscar otras vías con las que conseguir nuestros propósitos.

—No estoy de acuerdo contigo, ¡en absoluto! De hecho, todo está yendo mejor y más rápido de lo que pensábamos. Ángela está demostrando ser una alumna avezada, está haciendo progresos a pasos agigantados. Incluso nos estamos planteando sacarla hoy a dar un paseo, y presentarla a algunos conocidos, para comenzar a darla a conocer.

—Creo que es un poco prematuro, ¿estás seguro de lo que dices? —preguntó Alonso, alarmado.

—Doña Inés da su beneplácito. Dice que está preparada, y además, un paseo en coche no la expondrá demasiado, pero es perfecto para dejarse ver. El problema es que no has visto cómo ha cambiado. Lo mejor es que nos acompañes, para que compruebes por ti mismo lo mucho que ha avanzado.

—¿Qué no se expondrá dices? El paseo del prado en estos días que ha empezado el buen tiempo se pone a reventar de carruajes, y ante la imposibilidad de avanzar, lo que hace la gente es hablar de un coche a otro. En definitiva, es a lo que van.

—Nosotros nos ocuparemos de hablar. Ella de sonreír y de parecer encantadora, no te preocupes tanto. Voy a pedir a doña Inés que suba a por Ángela, ya debe estar preparada. Así

podrás juzgar por ti mismo.

Al cabo de un rato, Doña Inés entró en la biblioteca, anunciando que la muchacha lo haría en breve.

—Está algo inquieta por su primera salida, creo que ha probado más de cinco peinados diferentes. Pero pronto estará. Ya lo veréis, esta preciosa —La verdad es que hacía un rato la chica estaba completamente tranquila, hasta que Inés le había dicho que Alonso se uniría al paseo. Entonces repentinamente, le habían entrado las dudas, y había decidido cambiarse, hecha un manojo de nervios.

—Ah, aquí la tenéis ya — dijo la matrona, al ver abrirse la puerta. En el umbral apareció Ángela, vestida por completo de blanco, con un traje de muselina, con pequeños dibujos de hojas verdes, que se ajustaba perfectamente a su figura, luciendo una tímida sonrisa. Entro despacio, hasta colocarse delante de todos, e inclinando un tanto la cabeza, saludó uno a uno, hablando suavemente. Alonso quedó anonadado con el evidente cambio operado en ella, parecía una persona distinta. Una totalmente deslumbrante.

—Preciosa, estas simplemente perfecta —dijo Fernando, contento. Se acercó a ella, y tomando su mano, la hizo ejecutar unos pasos de baile, para terminar girando en una graciosa figura, cosa que hizo que ella soltara una risa cristalina —También hemos estado practicado el baile, como puedes apreciar. Bueno, ¿qué opinas? —preguntó a Alonso, que les observaba serio, sin pronunciar palabra.

Ángela esperó su respuesta reteniendo la respiración. Por algún motivo, lo que él contestara ahora le era vital. Sintió de nuevo su mirada oscura sobre ella, y la intensidad de la misma volvió a atraparla, provocando que un extraño calor le recorriera. Pero repentinamente, él se giró hacia la mesa donde estaban las bebidas, y simplemente dijo:

—Sí, perfecta. Podemos irnos cuando deseéis.

Ella se sintió decepcionada a su pesar por su lacónica respuesta, pero regañándose a sí misma por darle importancia, decidió ignorarle y salió para dirigirse al zaguán y colocarse el sombrero, seguida de Fernando y de la anciana institutriz. En el salón solo quedó Alonso, que, tomando la botella de coñac, se sirvió otro vaso, que se bebió de un sorbo. Después cerró los ojos, intentando borrar la imagen de ella que había quedado grabada en su retina. Al verla entrar había sido como ver una aparición, que había provocado que un relámpago le atravesara de arriba abajo. Se recordó sus propósitos una vez más. Ella no podía y no tenía que significar nada para él. No era más que una herramienta para conseguir su objetivo. Era muy importante que no lo olvidara. Dejando el vaso con un golpe sobre la mesa, se dirigió a la salida, siguiendo al resto que le esperaba ya en la calle.

Él día fue todo un éxito. La tarde primaveral había arrojado, tal y como habían previsto, a medio Madrid al paseo del Prado, para disfrutar de la agradable temperatura mientras veían pasar a todo el que era alguien en sus carruajes abiertos, con las damas vestidas de alegres colores mientras sostenían sus sombrillas y sacudían con salero sus abanicos. Los vehículos no dudaban en detenerse en mitad del camino para saludar a los conocidos y entablar distendida charla, sin importar los que esperaban detrás, con lo cual se formaban largas colas. Pero a nadie importaba, ya que lo de menos era avanzar.

Y no pocos fueron los carruajes que se detuvieron a saludar aquella tarde al señor Muñana, curiosos ante la joven desconocida que le acompañaba. Pronto saciaban su curiosidad, ya que el siempre simpático señor se encargaba de explicar con pelos y señales la vida y milagros de su querida prima, encantadora criatura que se limitaba a sonrojarse y saludar tímidamente. En seguida, y aunque Muñana no lo dijese con esas palabras, entendieron que la muchacha se encontraba en la capital en búsqueda de un buen partido. Como consecuencia, y en solo unas horas, consiguieron ser invitados a varias de las mejores casas de la ciudad. No todos los días se conseguía incorporar una nueva adquisición a la buena sociedad, y muchas matronas recibirían con los brazos abiertos a una bonita y rica heredera en sus salones.

Alonso observaba taciturno todo aquel trasiego. Aunque le era de sobra conocido, no dejaba de sorprenderle aquel mecanismo de compra-venta de esposas, muy similar a lo que ocurría en cualquier mercado de ganado, cuando un animal se ponía a la venta y era paseado para que los compradores pudiesen observarlo bien antes de adquirirlo. Su humor no mejoro en toda la tarde, y al acompañarlos de vuelta a la casa, rechazó la invitación para quedarse a cenar y solo aceptó una copa antes de irse.

—Veo que tienes todo bajo control —le dijo a su amigo, mientras bebían una copa en la biblioteca, dejando que las mujeres subiera a cambiarse—. Creo que, y hasta que no necesites de mi presencia, voy a dejar que tu gestiones todo el asunto. Así yo podré concentrarme en los demás aspectos de la misión.

—Por mi parte perfecto. Acudir a fiestas y eventos en compañía de bonitas señoritas parece un trabajo hecho para mí —bromeo su amigo. Pero, ante la cara severa de Alonso, se puso serio a su vez y preguntó —Entonces, ¿has descubierto algo más?

—De momento, nada que podamos utilizar, pero todo parece llevarnos una y otra vez hasta la misma persona. Cada día se hace más evidente que necesitamos una prueba para dar por zanjado este asunto de una vez. Los de arriba se ponen cada vez más nerviosos.

—Saben que no podemos hacerlo sin tener algo real en lo que apoyarnos. Es alguien demasiado poderoso como para acusarlo sin una prueba tangible.

—Eso es lo que me he cansado de decirles. Pero ya están presionando para hacerlo público, al fin y al cabo, no es su pellejo lo que se pondría en juego. Si esto sale mal, solo tú y yo pagaríamos los platos rotos. Por ahora se han quedado conformes cuando les hablé de nuestro plan. Pareció gustarles la idea. Pero no nos darán mucho más tiempo. Intentaré encontrar algo, pero si no lo consigo, tendremos que hacerlo pronto.

—Así que todo depende de ella. De momento todo está saliendo a pedir de boca, ¿has visto la expectación que ha levantado hoy? —dijo Fernando entusiasmado.

—Lo he visto, pero no nos sirve de nada que atraiga a un montón de moscones, si no atrae al que realmente nos interesa —contestó el otro, molesto.

—Pero es un buen comienzo. Además, si conseguimos que él oiga hablar de ella, despertará su curiosidad. Y ya sabes que las señoras de buena sociedad propagan las noticias más rápido que las porteras. Si conseguimos cierta notoriedad, pronto llegará a sus oídos.

—Está bien. Haz lo que te parezca, como te digo, lo dejo totalmente en tus manos.

Despidiéndose apresuradamente, se marchó. Fernando le acompañó a la puerta. Lo conocía hace muchos años, y nunca había sido muy expresivo, pero últimamente, estaba especialmente irascible y taciturno. Se preguntaba que le ocurriría. Si fuera otro, pensaría que tenía mal de amores.

Desde el piso superior, Ángela le observó subir a su carruaje. Había procurado mostrarse animada y alegre toda la tarde, ignorándolo cuidadosamente, para demostrarle lo bien que le iba y que como a él, lo ocurrido entre ambos no la había afectado en absoluto. Pero al observar como el carruaje desaparecía tras la curva, no pudo evitar que un suspiro escapara de entre sus labios.

Los siguientes días, las salidas continuaron. Paseos, nuevas salidas de tiendas, e incluso un día doña Inés la llevó a tomar el té al salón de una antigua conocida suya, la Señora de Montearuña, madre de una antigua alumna con la que seguía teniendo amistad. Allí se encontraron reunidas a todas las ancianas matronas de la alta sociedad, que escudriñaron a Ángela sin piedad. Tal como le habían aleccionado, ella se limitó a sentarse muy recta en su silla y a sorber con delicadeza de su tacita, rechazando a su pesar todos los deliciosos pasteles que le ofrecieron. Contestaba a todo lo que le preguntaban con un “sí, señora” o “no, señora” manteniendo una sonrisa permanentemente en su cara, esperando que fuese suficiente, porque no se atrevía a decir una palabra más. Cuando la reunión terminó, la señora de la casa felicitó a doña Inés por lo educada y bonita que era su protegida. Quizás algo tímida, añadió, pero en los tiempos que corren, eso era incluso una buena cualidad.

Otra una noche acudieron al teatro. Ángela estaba impresionante, y notaron que muchos de los anteojos se dirigían frecuentemente al palco del señor Muñana. Ella disfrutó mucho con la representación, y al salir, mientras Fernando la ayudaba a ponerse el abrigo, no pudo por menos de recordar cuando ella y María venían a admirar los vestidos de las señoras. Mirando el suyo, que estrenaba aquella noche, recordó que la tela usada la había elegido Alonso, y deseo que él hubiese venido y la hubiese visto con el puesto. Quizás si le hubiese visto con aquel vestido...se regañó a si misma por seguir teniendo ese tipo de pensamientos, ¿Por qué no conseguía sacarse a ese hombre de la cabeza? Recordó como entonces, ellas envidiaban a aquellas señoras, pensando lo inmensamente felices que debían de ser, pero ahora mismo, subiendo al elegante carruaje, ella deseo volver a ser aquella chiquilla. Nunca pensó que echaría de menos su antigua vida. ¿Qué tal se las estaría arreglando María, estaría bien? Le preocupaba cómo se las estaría arreglando su amiga sin contar con su ayuda.

La tarde siguiente, se encontraba sola en la casa. Fernando había salido, como cada tarde solía hacer, y no volvería hasta entrada la noche, y esa era la tarde libre de Doña Inés, que según le había dicho, aprovecharía para visitar a una amiga enferma. Intranquila, se paseaba por su habitación. Finalmente, abrió el armario y rebuscó en el hasta dar con lo que buscaba. En sus manos estaba su antiguo vestido, aquel con el que había llegado el primer día. Había sido limpiado y planchado, pero aun así seguía pareciendo apenas un harapo al lado de los demás. Sin embargo, se quitó sus elegantes ropas sin dudar y se lo puso rápidamente. Si quería hacer lo que planeaba, más le valdría no llamar la atención. Se asomó al pasillo, entreviendo la puerta y aguzó el oído. La casa estaba en calma, los sirvientes, con el señor ausente, seguramente no saldrían de las habitaciones del servicio a no ser que les llamasen. Fernando le había pedido que no saliera de la casa nunca sola, pero que narices, ella no era ninguna prisionera allí, así que saldría si quería. Aún así, prefería no tener que dar ninguna explicación, por lo que se deslizó escaleras

abajo y salió a la calle, cerrando la puerta con cuidado de no hacer ruido. Esperaba estar de vuelta antes de que nadie notase su ausencia.

Caminó por la acera, observando a las gentes y los carruajes pasar, y el conocido ajetreo la animó, y pronto sus pasos cobraron confianza. Había echado de menos el caminar por la ciudad como solía, sin que nadie ni nada le detuviese. Pronto llegó a la parada del tranvía, y saltó ágilmente a la escalerilla del que estaba a punto de salir, con el corazón alegre. En menos tiempo del que recordaba, ya había llegado hasta su parada. Pero antes de bajar, se cubrió la cabeza con un chal que llevaba, procurando que le cubriese bien la cara. Sabía que estaba corriendo un riesgo al volver al barrio, ya que aunque no era probable que se encontrara con el “Sevillano”, quien sabe si alguien podría irle con el cuento, allí todo se sabía. Al llegar al callejón donde María vivía, esperó en la esquina, hasta que nadie pasase por la calle, y corriendo, llamó a su puerta. Tuvo que llamar de nuevo, porque nadie respondía, y miró a ambos lados de la calle, inquieta. De repente, la puerta se abrió, apenas una rendija, por donde su amiga se asomó, desconfiada, al tiempo que preguntaba:

—¿Sí? ¿Quién... ¡Ángela! —exclamó al reconocerla, abriendo la puerta de par en par.

Se coló de un salto dentro, empujando a la desconcertada muchacha al interior y cerrando la puerta.

—¡Chissssst! —la chistó— No grites, por tu madre.

—¡Ángela! —Repitió, echándose a sus brazos, con lágrimas en los ojos— ¿Dónde te habías metido? ¡Estaba tan preocupada por ti, creí que te había pasado algo muy malo!

Ambas muchachas, una rubia, y una morena, se abrazaron fuertemente durante unos instantes, contestas de verse de nuevo. Entre sollozos y sonrisas, Ángela le fue contando todo lo ocurrido aquella terrible noche, en la que el *Sevillano* la atacó.

—Algo me contó tu vecino. Por eso al principio, me quedé más tranquila, pensando que te esconderías unos días y luego volverías. Lo mismo me dijo el *Sastre*, cuando fui a preguntarle. Pero había pasado ya tanto tiempo... que ya empezaba a pensar que te había cogido —dijo, echándose a llorar de nuevo.

—No llores más mujer. Ya ves que estoy sana y salva. Es que he encontrado un buen sitio donde esconderme.

María, secándose los ojos con la mano, observo de arriba abajo a su amiga.

—Es verdad, te veo muy bien... Estas muy guapa.

—¿Con estos harapos? ¡Quía!

—No es por la ropa..., te veo, no sé, cambiada. Hasta me parece que hablas diferente.

—Anda no seas tonta, soy la de siempre. Bueno, ¿y que más ha pasado por aquí? Cuenta, cuenta.

A pesar de vivir casi recluida, María se enteraba por su madre y otras vecinas, de todos los cotilleos del barrio, y las chicas pasaron un buen rato repasando la vida y milagros de sus vecinos. Hasta, que tras las risas, la muchacha se puso muy seria, y le contó:

—Ay, pero lo que te tengo que contar...yo me llevé un disgusto cuando me enteré...Pobre mujer, pobre.

—¿Qué ha pasado?

—¿Te acuerdas de los jaleos esos que hubo con los estudiantes?

—¿Estudiantes? No, no sé nada.

—¿No? ¡Si esos días no se hablaba de otra cosa! ¿Dónde has estado metida?

Ángela se dio cuenta que metida en aquella casa, sin periódicos ni nadie apenas con quien hablar aparte de Doña Inés, vivía apartada del mundo. Y por supuesto, Fernando nada le contaba.

—Tú cuéntamelo.

—Bueno, tampoco se mucho, pero hubo unos días, no hace mucho, que los estudiantes montaron unas revueltas de esas que hacen, creo que esta vez protestaban porque habían obligado a renunciar al jefe de su universidad o algo parecido...bueno, no sé, por que fue. La cuestión es que se armó gorda, y como siempre, sacaron a la calle a los guardias a dar palos a diestro y siniestro. Y ya sabes, esos no distinguen, le pegan a todo lo que ven.

Ángela asintió, se las había tenido que ver más de una vez con la autoridad en sus correrías y sabía bien cómo se las gastaban, sobre todo con las gentes humildes como ella.

—Bueno, pues la cosa es...Recuerdas a la seña Brígida, ¿la florista? Era amiga tuya ¿verdad? Pues hija, la cuestión es que tuvo la mala suerte que se montó el lío cerca de su puesto, y claro, ella estaba allí, como todos los días, ¿dónde iba a estar? Pero, allí todos la conocen ¿y tú crees que esa mujer se metía en *na*? Pues la cuestión es que la pilló en medio, y se llevó un porrazo de uno de aquellos desalmaos. La trajeron entre unos cuantos hasta su casa, pero ya estaba más muerta que viva, solo aguantó dos días más. Ahora es su hija, Francisquilla, la que solo tiene once años, la que va al puesto, *pa* intentar sacar adelante a los tres hermanos chicos que han *quedao*. Y claro, nadie ha visto *na* ni sabe *na*..., pero la cuestión es que la mujer está muerta ¿y tú te crees que le ha *importao* a alguien? ¿es que hay derecho? Con cuatro hijos que *tinia* la pobre mujer, y *na* más que trabajando como una burra *toa* su *via*...

Ambas quedaron calladas unos minutos, rumiando la rabia y la pena. Después, Ángela le hizo la pregunta por la que había ido hasta allí:

—¿Y tú, que tal te las estas apañando? ¿Te ha salido algún trabajo?

—Pues, bueno, ya sabes, voy tirando...acabé lo último de la tienda de Francisca, y desde hace tiempo ya no me manda más *na*, no sé si se será que se habrá *buscao* a otra para los apaños...

Ángela sabía que no se lo diría a las claras, pero seguramente no se había atrevido a salir para preguntar a las tiendas del barrio si tenían encargos que hacerla. Antes era ella la que iba buscárselos, pero ahora... Observó a su amiga, y la vio aún más pálida y delgada que normalmente. Tenía que salir de aquellas cuatro paredes, sino quería consumirse poco a poco.

—¿Y tu madre? ¿No le has pedido que se acerque a ver?

—Se lo dije, pero no sé si llegó a ir...hace días que no la veo.

La muchacha rubia extrajo un pañuelo de su bolsillo y se lo puso a su amigo en la mano.

—Toma, te he traído esto. Hay suficiente como para que puedas mantenerte un tiempo, y aún te sobra para poder comprar algunas telas con las que poder hacer unos vestidos para vender.

María abrió el puño, y viendo todas aquellas monedas, se asustó:

—Pero, ¿en qué andas metida Ángela? ¡Esto son muchos duros!

—Ya te digo que es mejor que no te lo cuente, pero como ves, es un trabajo *fetén*. No te preocupes por mí, estaré bien ¿harás lo que te digo? Pero tienes que salir, para elegir las telas tú misma, y luego vender los vestidos. No dejes que lo haga tu madre, o se lo gastará en vino. De hecho, es mejor que no le hables del dinero.

—Pero, chiquilla, tú estás loca, ¡cómo te voy a coger todo esto, es muchísimo!

—Lo vas a hacer. ¿Cuántas veces me has ayudado tu a mí cuando me venían mal dadas? Además, yo de momento no lo necesito. Ya me lo devolverás.

Ángela miró por el ventanuco y vio que ya entraba menos luz, al final, se estaba entreteniéndolo demasiado, y aún tenía que recorrer el camino de vuelta.

—Ahora tengo que irme, si puedo, intentaré venir de vez en cuando a verte, pero no le digas a nadie que me has visto ¿vale? Es muy importante.

Aunque su amiga trató de retenerla un poco más, Ángela se despidió apresurada, e hizo el camino de vuelta temiendo que la descubriesen, ya que ya estaba cayendo la tarde cuando llegó a la casa. Dio la vuelta, y entró por la puerta de servicio trasera, que sabía solía estar abierta, y por suerte no se cruzó con nadie cuando paso corriendo como una exhalación hasta su cuarto. Justo a tiempo, ya que a los diez minutos de haberse cambiado de ropa, llegó Doña Inés, que en seguida subió a verla:

—Ay hija, siento haberte dejado sola toda la tarde, ¿te has aburrido mucho? Hacia siglos que no veía a mi amiga, y charlando, charlando, se me ha hecho tardísimo

—No se preocupe doña Inés, se bien lo que es eso —contestó ella, con una gran sonrisa.

Y por fin llegó el día de acudir a una reunión más formal. Hasta ahora, habían conseguido mantener a Ángela a la vista de todos, pero sin tener realmente que hablar o relacionarse con nadie. Pero para conseguir su objetivo, tendrían que arriesgarse un poco más. Fernando, más que conocedor de aquellos ambientes, supo elegir la ocasión. Las meriendas en casa de la marquesa de la Ensenada eran conocidas por ser reuniones relajadas y divertidas. Perfecto para presentar a Ángela a las personas adecuadas, en un ambiente no demasiado rígido ni formal, donde le sería más difícil mantener el tipo.

Llegaron cuando la reunión ya había comenzado. El elegante lacayo que les recibió, les indicó que aquel día, la fiesta se celebraba en el jardín, por lo cual, no llegaron a entrar en el impresionante y nuevo caserón, construido en el Paseo de la Fuente Castellana, lugar que recientemente se había puesto de moda y donde últimamente, jóvenes aristócratas como la marquesa preferían construir sus residencias, consiguiendo convertir aquel en unos de los más hermosos y elegantes paseos de Madrid. En cambio, fueron llevados hasta el hermoso jardín, de

tipo francés a la manera de Versalles, donde ya los invitados paseaban o se sentaban en pequeñas mesitas mientras disfrutaban de bebidas y pasteles.

Ángela se detuvo un momento, observando todo aquello, reticente a acercarse.. Todos aquellos días de tensión la estaban pasando factura. Día tras día, se levantaba temprano para tomar sus lecciones con doña Inés, y después, cada tarde, después de vestirse y peinarse cuidadosamente, tenían que salir a hacer su función. Mantener las formas constantemente, no relajarse ni un momento, estaba empezando a afectarla. Vivir en una casa confortable, y no tener que preocuparse por el dinero era agradable, pero se estaba ganando cada peseta que le daban. Estaba constantemente bajo la vigilancia de la anciana o de Fernando, o incluso de los criados. La verdad que ambos eran muy amables con ellas, pero para ella, acostumbrada a ser dueña de sí misma, aquello llegaba a ser una tortura. Y hoy tenía que pasar una nueva prueba, y conseguir relacionarse con toda aquella gente elegante sin meter la pata. *Recórcholis*, si no empezaba a estar harta de todo aquello.

Doña Inés, notando la reticencia de la chica, lo tomo como una muestra de timidez, y dándole unas palmaditas en la mano, intentó animarla:

—Vamos querida, tranquila, todo saldrá bien. Has mejorado mucho, y yo estaré contigo.

Llevándola del brazo, la hizo bajar las escaleras, siguiendo a Fernando, que ya se había unido al grupo más numeroso.

—Ah, aquí están —dijo Fernando al verlas llegar—Ven Ángela, quiero presentarte a alguien.

A su lado se encontraba una mujer joven, que, con un bonito traje del mismo color que sus ojos verdes, sonreía a Fernando, aparentemente encantada con su compañía. Ángela pensó que nunca había visto a alguien tan hermoso. Aún sin moverse ni hablar, solo estando allí de pie, era la imagen misma de la distinción.

—Te presento a Mariana de Alvarado, marquesa de la Ensenada, nuestra anfitriona. Esta es mi prima, de quien le he hablado, Ángela.

La marquesa le lanzó una rápida mirada de arriba abajo, y Ángela sintió, que a pesar de su nuevo y glamuroso vestido, y el resto de sus esfuerzos, aquella mujer la había calificado de un solo vistazo como lo que realmente era. Sin embargo, con una sonrisa formal, que no se reflejó en sus ojos, le dijo:

—¿Cómo está usted?

—Muy bien marquesa —contestó Ángela, con una ligera inclinación, y continuó, sin permitirse amedrentarse—, le agradezco mucho la invitación. Tiene usted una casa preciosa.

—Muchas gracias —respondió la marquesa. Y sin dedicarle una segunda mirada, se dirigió a Fernando para decirle, bajando la voz—: Fernando, si sigues por aquí luego, me gustaría comentarte algo. Por ahora, debo dejaros. Procurar divertirlos.

Y alejándose, se dirigió hacia otro grupo de invitados, aunque a Ángela no le pasó inadvertido el pequeño apretón que le dio en el brazo a Fernando, ni la disimulada mirada, y se preguntó qué es lo que la marquesa le querría contar luego a su apuesto “primo”.

Entonces se dirigieron hacia la mesa principal, donde entre jarrones con hermosas flores, se disponían las más variadas delicias, dispuestos en preciosas fuentes y platos. Fernando se ocupó de guiarlas hasta una de las mesitas, donde la anciana y ella se sentaron. Enseguida, uno de los lacayos, les sirvió un plato con una generosa selección de apetitosos pastelillos. Ángela enseguida tomó uno, y aunque procuró hacerlo con delicadeza y sin olvidar tomar una servilleta antes, solo se atrevió a darle un minúsculo mordisquito ante la mirada de advertencia de la antigua institutriz. Maldita sea.

Sin embargo, se alegró de no tener la boca llena cuando al momento, Fernando volvió a reclamarla. Durante un buen rato, la llevó de grupo en grupo, presentándole a los presentes. Pero pronto, la antigua ladronzuela se dio cuenta que aquello no sería tan difícil como había pensado. Realmente, solo tenía que repetir una y otra vez las mismas palabras, escuchar lo que le decían y sonreír, sobre todo sonreír. Parecía que todo el mundo quedaba conforme solo con eso, sobre todo los hombres.

Sin embargo, pasado un rato se sintió algo sofocada y cansada de todo aquello y aprovechando un momento en el que nadie le prestaba atención, se alejó del resto buscando un momento de tranquilidad. Caminando entre los cuidados setos, llegó hasta una pequeña plazuela donde una fuente cantarina arrojaba su agua borbotante, refrescando el ambiente. Con un suspiro de satisfacción, se sentó a su orilla. Desde donde se encontraba, tenía una magnífica panorámica de los bellos jardines, que se extendía a sus pies por lo que parecía varias hectáreas. Observó las cuidadas plantas y flores y las rectas avenidas de piedrecillas que lo cruzaban y se preguntó cuántas veces su dueña se dignaría a recorrerlas. ¿Qué sentido tenía poseer algo tan enorme, si no lo necesitabas?, se preguntó extrañada. Sin embargo se estaba bien allí, tranquila por una vez. Pero poco le duró la alegría, porque de repente, escuchó una profunda voz que decía:

—Perdone, si le molesto, me retiraré y le dejaré disfrutar de este rincón a su gusto. Parece que lo necesita aún más que yo.

Ángela se giró, sobresaltada, para encontrarse a un hombre sentado en un banco bajo uno de los árboles que rodeaban la fuente. Semioculto bajo su sombra, no le había visto al llegar. En un principio, le molestó mucho la intromisión, justo cuando por fin creía que podría relajarse. Pero el atractivo hombre la observaba con una simpática sonrisa que la llevó a responderle:

—No se preocupe, creo que es lo suficientemente grande como para compartirla.

—Puede ser agotador, ¿no cree? —dijo él, haciendo un gesto hacia donde se congregaba el resto de los invitados.

—Nunca pensé que sonreír y asentir cansase tanto —respondió ella.

Él lanzó una pequeña carcajada, y contestó:

—Creo que aún no hemos sido presentados, pues estoy seguro de que la recordaría. Mi nombre es Antonio Villalta.

Tras darle su nombre también y explicarle quien era ella, entablaron una pequeña conversación. No hablaron más que de cosas sin importancia, pero a ella le pareció muy simpático. Pero en seguida, inquieta por si le echaban de menos, se levantó para irse. Él se levantó a su vez, y ofreciéndole su brazo, la acompañó de vuelta a la fiesta.

—Ha sido todo un placer conocerla, señorita Muñana —dijo con una amplia sonrisa, que hizo que unas graciosas arrugillas aparecieran en las comisuras de sus chispeantes ojos, haciendo que ella pensase que aquel hombre solía sonreír a menudo— Muy refrescante —e inclinándose ante ella, se despidió besándole la mano y consiguiendo que su bigotillo le hiciese cosquillas en la mano.

Ángela localizó a Fernando y a Doña Inés entre los invitados y se acercó a ellos. Él al verla le preguntó:

—¿Dónde te habías metido? Bueno, no importa. Creo que ya es hora de que te retires — Mientras acompañaba a ambas mujeres hasta la salida, le dijo— Tengo que felicitarte Ángela, lo has hecho realmente bien.

—Desde luego que sí, has estado perfecta —añadió Doña Inés—. Creo que todos han quedado encantados contigo. Y, como me he encargado de averiguar discretamente, más de uno ya está medio encandilado. Yo creo Fernando, que deberías prepararte para recibir pronto más de una proposición —respondió la señora, con una amplia sonrisa.

—Ah, claro, por supuesto —contestó él —. Traigan mi coche, por favor —le pidió a uno de los sirvientes que pasaba —. Bien, yo voy a quedarme un rato más, pero es mejor que vosotras os vayáis ya. Todo ha ido muy bien, y afortunadamente no has tenido que hablar demasiado, pero es mejor no tentar demasiado a la suerte.

Ángela recordó la conversación que había mantenido con aquel simpático caballero, y pensó que se había defendido la mar de bien. Desde luego, que era capaz de hacerlo, que se creían. Pero no comentó nada de eso, en cambio, dijo:

—¿Te quedas? ¿algún asuntillo que tratar con la marquesa, quizás? —preguntó, con toda la intención.

Fernando la miró sorprendido, e incómodo, las despachó precipitadamente al interior del carruaje, que ya se encontraba esperando, murmurando: —Sí, tengo que...sí, ciertamente, algunos asuntos que resolver.

Ella disimuló una sonrisilla traviesa cuando él cerró rápidamente la portezuela del carruaje.

Capítulo X

Unos días después, Ángela se encontraba en su dormitorio tras las lecciones de la mañana. Ese era el único momento, acabado ya el almuerzo, en el que tenía un poco de tiempo libre y procuraba aprovecharlo. Tumbada en la cama, leía con interés. Afortunadamente, la bien surtida biblioteca de la casa, la ayudaba a soportar todas aquellas horas de encierro, a las que no estaba acostumbrada, y estaba devorando ávidamente todo lo que encontraba. Hasta ahora, sus lecturas habían sido de lo más limitadas, así que, aquello era como un banquete. Había desarrollado el hábito de la lectura cuando de pequeña, se encerraba en la trastienda de la taberna, ya que pasada cierta hora, no era recomendable para ella aventurarse fuera de allí. Y no encontraba nada mejor que hacer, aparte de leer el periódico del día, la biblia, y otros libros de santos, que por alguna razón, el viejo guardaba en un cajón. Le gustaban especialmente la de mártires en tiempos de los romanos, que eran bastante truculentas, y que le hacían soñar con tiempos pasados. Tampoco nunca se le ocurrió que existiera mucho más aparte de aquello, y ahora estaba descubriendo un mundo nuevo. Sobre todo le gustaban las novelas góticas. Había encontrado toda una estantería llena de ellas. En ese momento se encontraba inmersa en una historia donde acontecían múltiples fenómenos sobrenaturales, donde vagas figuras extrañas, fantasmas y sepulcrales voces misteriosas acosaban a Emily, la heroína, contra las que tenía que luchar. Pasaba rápidamente las páginas de la novela, ansiosa por conocer el final, cuando de repente se escuchó un grito, llamándola. De la impresión, se levantó de un salto, arrojando la novela al suelo.

Pasado el susto, pensó que había parecido la voz de Fernando. ¿Se puede saber que le ocurría a ese hombre? Era rarísimo que el educado caballero la llamase de esa manera, a gritos, desde el piso inferior. Algo debía haber ocurrido. Salió al pasillo y al pie de las escaleras se encontraba Fernando, mirando fijamente un papel que tenía entre las manos. Bajó rápidamente y le preguntó:

—¿Qué ocurre? —exclamó, sobresaltada aún.

—¡Mira! —dijo, mostrándole el papel. Ello lo miró, y dijo:

—Parece una invitación...

—¡Y es una invitación!, pero ¿has visto de QUIEN es la invitación? —dijo, señalando con el dedo.

—Señor Antonio Villalta—leyó— ¿Quién es?

—Pues, ¿quién es? ¡Es el hombre del que te hablamos! Nuestro objetivo, la persona que debías conocer y...—contestó Fernando, muy nervioso—. Pero, ¿cómo es posible? Si ni siquiera te lo he presentado aún...

La muchacha le miraba sin comprender, mientras el joven se mesaba los cabellos, y paseaba arriba y abajo del recibidor.

—Quizás ha sido casualidad, quizás te haya invitado por cortesía...—aventuró.

—¡Imposible! Ya te expliqué que estas invitaciones son muy exclusivas, no se entregan así

como así, y además, te invita a ti expresamente, ¿no lo ves? —dijo, poniéndole de nuevo el papel bajo los ojos.

—Yo no...—empezó a decir, pero al reparar de nuevo en el nombre, le vino a la mente aquél simpático hombre de la fiesta ¿No se había presentado con un nombre parecido? —Bueno, quizás...podría ser que sí que lo conozca.

Fernando la miró, con cara de pasmo, y mantuvo la misma expresión mientras Ángela le relataba el encuentro fortuito que había tenido con el desconocido en el jardín durante la fiesta.

Solo un par de horas después, Fernando se encontraba sentado frente a Alonso, en uno de los populosos cafés cercanos a la plaza mayor, donde gracias al jaleo reinante, no tendrían que preocuparse de que nadie escuchara su conversación:

—No puedo creer que hayamos tenido tanta suerte —decía Alonso, incrédulo.

—Desde luego. Aunque también es verdad que la muchacha está haciendo un magnífico trabajo, ¿has visto lo bien que habla ya?

—Sí, sí, ya. —zanjó él. Estirando las piernas, se reclinó en la silla tomando un sorbo de su taza, y echando un vistazo a su alrededor, añadió—Pero, ¿no es un poco sospechoso? Esto de que todo salga tan a pedir de boca, me tiene con la mosca tras la oreja.

—Alonso, tu siempre buscándole tres pies al gato. Simplemente se nos han puesto las cosas de cara. Ahora, lo importante es planearlo todo bien para esa noche.

—Lo que quieras, pero yo te digo que debemos ser cautelosos. ¿Has visto a esos dos de ahí? —Dijo el otro de repente, bajando la voz— Los tipos que están en la mesa junto a la salida.

Fernando simuló llamar al camarero para poder levantarse y observar la mesa que le decía. Dos hombres vestidos de oscuro y con rostro grave se encontraban sentados en una pequeña mesa, sin hablar ni tomar nada, en medio del bullicio general.

—Sí, ¿crees que nos siguen?

—No es que lo crea, estoy seguro. Por mis muertos si no son los mismos que vi la semana pasada en Sevilla.

—Entonces podemos dar por cierto que nos tienen vigilados.

—Debemos asumir que así es. Fue buena idea el que la chica se quedara en tu casa. Si no, podrían haberla seguido en sus idas y venidas y descubrirse el pastel.

—Pues sí, ahora lo tengo claro. Y al final, el que viva en casa no ha sido tan incómodo como pensé al principio. De hecho, no me molesta en absoluto.

El semblante de Alonso se demudó, y mirando fijamente a su amigo, le preguntó:

—No estarás haciendo nada que ponga en riesgo la misión.

—¿Cómo? A que te refieres.

—Ni se te ocurra llevártela a la cama —espetó, con la ira asomando a su voz.

—Pero, ¿a qué viene eso, estás loco? — exclamó su amigo, ofendido—. No se me ocurriría,

además, nuestra relación no va por ahí, solo somos buenos amigos. Aparte, creo que te equivocas con ella. No es como te imaginas.

—Bueno, me alegro. Perdona, no dudo de ti —contestó, más tranquilo—. Aunque sería mejor que no establecieras relación de ningún tipo con ella. Recuerda, ella solo es una herramienta necesaria para cumplir una misión.

—Vaya forma de hablar. Ella también es una persona, ¿Sabes? No te reconozco Alonso, ¿Dónde están esos grandes ideales de los que siempre hablabas? ¿No eras tú el que decías siempre que había que defender al pueblo oprimido?

—Justo por eso es por lo que estamos haciendo todo esto ¿Recuerdas? —, respondió el otro, picado—. Pero dejemos eso, y concentrémonos en lo importante. Como dices, debemos planearlo todo para no dejar nada al azar esa noche.

La tarde antes del gran día, Alonso acudió a casa de su amigo, quería ultimar los detalles con él y dar las instrucciones pertinentes a la ladrona. Al entrar en la casa, fue conducido hasta el salón donde las mujeres se encontraban. Nada más entrar, precedido del mayordomo, la vio sentada junto a la anciana. Al verle, ella se levantó enseguida, y se dirigió a él, diciendo:

—Buenas tardes señor Quintanar. Pase, por favor. Fernando aún no ha llegado, pero estábamos a punto de tomar un refrigerio ¿Querría acompañarnos mientras espera?

Por un momento, quedó desconcertado por el gran cambio que se había operado en ella. No era solo físico, aunque desde luego también lo era, y grande. Lucía un vestido que sin ser nada llamativo, se ajustaba a su figura de una forma de lo más favorecedor, realzando su fino talle. Llevaba recogido el cabello en un sencillo y elegante peinado, que dejaba escapar unos mechones que acariciaban su delicada piel, allí donde el discreto escote la dejaba al descubierto, y que incitaban a querer saber que más escondía. Pero fue más su forma de moverse, la seguridad y soltura con que se dirigió a él, lo que le hacían parecer alguien diferente:

—Está bien...—respondió, pasados unos instantes —Solo un café. Gracias —contestó seco, sentándose en la silla que le ofrecía.

—¿Qué tal estas Alonso? —preguntó la anciana. Al fin, él consiguió apartar los ojos de la muchacha, y volviéndose hacia la señora, respondió.

—Eh...estoy muy bien, Doña Inés. Disculpe mi torpeza, no la he saludado, ¿Qué tal está usted?

—No hay nada que disculpar, querido — contesto la anciana con una sonrisa —¿Cómo encuentras a nuestra querida muchacha? ¿No es verdad que está hecha un primor?

—Está...está muy cambiada, desde luego.

—¡Y no has visto nada! Si la hubieses visto estos días, en todas esas reuniones. La gente quedaba entusiasmada con ella. Estoy muy orgullosa—dijo tomándola de la mano, y Ángela, dirigiendo a la vieja mujer una cálida mirada, se la apretó con cariño—. Se ha esforzado mucho.

—La que se ha esforzado ha sido usted, doña Inés. Siento haberle dado tanto trabajo —dijo la muchacha con una sonrisa.

—¡Uy, que va niña! He revivido en estos días. Al fin y al cabo, enseñar, es y ha sido siempre mi pasión. Además, con alumnas como tú, da gusto. Pero Alonso, ¡Ay, si tú aún no sabes las últimas noticias! —le dijo la señora, entusiasmada.

—¿Cuáles son esas grandes noticias?

—¡Que ya ha recibido nada menos que tres!

—Doña Inés —intentó interrumpirla Ángela — No creo que al señor Quintanar le interese que...

—Pues claro que sí niña, él también se ha preocupado por tu porvenir. Tres proposiciones de matrimonio ya, nada más y nada menos. Ayer vino el último pretendiente a presentar sus respetos a Fernando y a pedir permiso para cortejarla, ¿verdad niña? Y este sí que es de los buenos. Los otros dos..., es verdad que no eran gran cosa, aunque todos de buena posición y con las mejores intenciones, que conste. Pero este muchacho..., este sí que es un buen partido, niña, hazme caso. Conozco muy bien a su familia, y son de lo mejorcito de Madrid. Y además joven y guapo, ¿qué más puedes pedir? Díselo tú, Alonso ¿conoces a los Martínez Díaz, los dueños de mantequerías Díaz?

Ángela suspiró ante el entusiasmo de la pobre mujer. Le daba mucha pena que la buena mujer se ilusionara tanto por algo que no era más que una mentira, pero no podía hacer nada al respecto. Mientras Alonso asistía a la conversación con cara de estupefacción.

—Eh...sí, claro que los conozco. Uno de sus hijos acudió conmigo a la facultad de derecho.

—¿No sería un tal Ramón Martínez, verdad? —preguntó la señora, muy interesada.

—No, se llamaba Pablo...Pero creo recordar a un hermano más pequeño que se llamaba así.

—Y dí, ¿no pertenecen a una familia de lo más decente?

—Sí, claro, por lo que yo sé —el semblante de Alonso se iba ensombreciendo por momentos.

—Ahí lo tienes hija. No te dejes llevar por los prejuicios. Aunque sea una familia de comerciantes, son de lo más decente y educados. Y es bien sabido, que pudientes. Incluso se dé buena tinta que veranean todos los años en una gran villa en Santander.

—Por supuesto que no me dejó llevar por eso, Doña Inés...

—Pues, niña, no entiendo entonces que no estés un poco más entusiasmada, la verdad.

—Pues, en fin...es que ni siquiera lo conozco. Solo lo he visto un par de veces.

—Ay, ay...a ver si ya sé que te pasa. Te pasas el día leyendo esas novelitas, y se te llenado la cabeza de ideas románticas ¿no es eso? Pues ¿me permites que te de un consejo? Un buen matrimonio debe estar basado en otras muchas cosas. Desconfía de las mariposas en el estómago, de los amores a primera vista, y todas esas tonterías que solo llevan al desastre.

—Seguramente tiene usted mucha razón, Doña Inés —dijo ella, lanzando una rápida mirada a Alonso.

Tras un rato más de charla en la que la anciana llevó la voz cantante, mientras ambos

jóvenes se limitaban a contestar casi siempre con monosílabos, Ángela se fue sintiendo cada vez más incómoda ante la atenta pero inescrutable mirada de Alonso. Aquel día, había esperado poder darle en las narices, demostrarle como lo había conseguido. Llevaba toda la tarde acicalándose con cuidado para que él la viese radiante, y procurado desplegar todo lo aprendido ante él. Pero como siempre, le resultaba imposible saber que pensaba. Es cierto que no apartaba sus negros ojos de ella, pero aunque a veces le parecía ver brillar la admiración en ellos, otras le parecía que estuviera enojado con ella. Como siempre, no sabía a qué atenerse con él. Y encima, doña Inés seguía empeñada en hablarle de sus “conquistas”.

Pero por fin llegó Fernando, para gran alivio suyo, ya que aliviaría el estado de tensión en el que estaba. Al poco de llegar, y tras los saludos, le dijo a la anciana:

—Doña Inés, la cocinera me ha dicho que va a preparar para esta noche el *soufflé*, pero, no sé si va a ser capaz de hacerlo. ¿Le importaría bajar a supervisar si está siguiendo correctamente su receta? No me gustaría tener que perdermelo, seguro debe ser delicioso.

La anciana se levantó al momento, y dijo, alterada: — ¿Ha comenzado a hacerlo sin mí? Le pedí expresamente que me avisara. Ahora mismo bajo. Fernando, permíteme decirle que aunque la mujer pone todo de su parte, tiene bastantes carencias en lo que respecta a la cocina más refinada.

En un momento, la mujer desapareció escaleras abajo, rumbo a las cocinas.

—Bien, camino despejado —dijo Fernando, con una sonrisa satisfecha. Al momento, saco un papel del maletín que llevaba y dijo mostrándolo —. Me ha costado mucho conseguirlo, pero aquí lo tenemos.

Sobre la mesa del café, puso la cuartilla de papel, donde se encontraba dibujado una especie de esquema con anotaciones.

—¿Qué es esto? —dijo Ángela.

—Es un dibujo de la casa de Heredia, donde se celebrará la fiesta mañana. De este modo, sabremos exactamente donde se encuentra todo con antelación, y te será mucho más sencillo moverte por la casa.

—¿Estás seguro de que es correcto? —preguntó Alonso, estudiando el dibujo.

—El hombre que lo ha dibujado es de confianza. Es de los nuestros.

—¿De los nuestros? —preguntó de nuevo la muchacha.

—No hagas preguntas sobre cosas que no te incumben —advirtió con dureza Álvaro—. Céntrate en lo que tienes que hacer, nada más debes saber —. Y ante el ceño fruncido de Fernando, por su ruda respuesta, añadió: —Es por su bien. No sé si le estaréis llenando de demasiados pájaros en la cabeza y se le está olvidando el verdadero motivo por el que está aquí.

—¡A mí no se me está llenando la cabeza de nada! —dijo ella, iracunda.

—¡Pues mejor! —Zanjó él, mientras sus miradas chocaban, saltando chispas—. Hazme caso. Cuanto menos sepa, mucho mejor para ella —dijo, dirigiéndose a su amigo.

Fernando no dijo nada, pero le lanzó una mirada de advertencia. No entendía porque se empeñaba en tratar así a la joven, que había demostrado ser una buena aliada para ellos. No era

aquella su natural forma de ser. Sin embargo, continuó diciendo:

—Esta estancia es el salón de baile, donde se centrará la fiesta y donde estarán concentrados los invitados, junto con estos otros dos salones laterales y el vestíbulo —dijo, mientras señalaba en el plano—. El despacho se encuentra en la parte trasera del edificio. Justo aquí. En la parte menos pública de la casa. Una vez consigas la llave —continuó Alonso, dirigiéndose a la chica—, deberás salir del salón disimuladamente y dirigirte al despacho rápidamente.

—¿Qué pasa si alguien me ve?

—Tendrás que procurar que eso no ocurra —intervino Alonso—. Nadie debe verte. Si ocurriera, invéntate algo, que buscas el tocador de señoras o alguna otra excusa. Nadie sospechara nada de ti.

—Una vez consigas entrar en el despacho, deberás buscar aquello que abre la llave, seguramente un cajón del escritorio —continuó diciendo Fernando—. Deberás revisar los papeles que allí encuentres. Busca aquellos que parezcan cartas. Y... —dudando si seguir.

—Deberás fijarte en las firmas —continuo Alonso—. Y buscar una exactamente igual a esta. Es muy reconocible —y sacado un papel del bolsillo, se lo mostró. Efectivamente, allí se encontraba una firma, en la que, con letra elegante se podía leer: Yo, la Reina, Isabel.

Ángela, con los ojos abiertos de par en par, miraba a uno y a otro, espantada.

—¿La reina? —Ella se levantó, muy inquieta. — Pero, la reina ¿reina? ¿La de verdad?! — repitió, esta vez en voz más alta.

—Chssssss, por favor, baja la voz es muy importante que nadie... —empezó a decir Fernando.

Pero sin hacer caso, la mujer exclamó: —¿En serio pensáis que me voy a meter en algo así, y sin saber *ná* de *ná*! ¡A ciegas! Me habéis *toma*o por tonta de remate. ¡Y encima este me dice que no pregunte!

—Por favor, no levantes la voz —dijo Alonso, con voz autoritaria.

Ángela se fue contra él, y a pocos centímetros de su cara le dijo:

— Así que me habéis *toma*o por imbecil —espetó, volviéndole con los nervios su acento—. Siempre me hicisteis creer que todo esto no era más que un robo, un *papelajo* que queríais *birlarle* a un ricachón, pero esto...esto huele muy mal. ¿Os creéis que me chupo el dedo? Por robo, me podrían entalegar unos cuantos años, eso lo sé, es el riesgo de mi profesión. Pero, ¿os creéis que no sé a lo que está sonando esto? ¿Creéis que no sé con lo que se castiga a los acusados de traición a la corona? Pena de muerte —sentenció.

Ambos hombres se miraron, con el rostro circunspecto. Ángela se plantó en medio del salón, enfrentando a ambos hombres con los puños apretados.

—No pienso hacerlo ¿me oís? Me habéis *engaño*a. No sé en que andáis metidos, pero yo no quiero meterme en líos. Ahora mismo recojo mis cosas y me largo de aquí.

Fernando se acercó a ella, y le dijo, con voz suplicante:

—Espera Ángela, déjanos explicarte, era necesario que...

—No digas una palabra más Fernando. Déjala. Si quiere irse, que se vaya. Sabía que no era buena idea confiar ella. Estaba claro que nos dejaría en la estacada, este tipo de gente no tiene palabra.

Ante sus despectivas palabras, ella explotó, encarándole.

—¿Quién te crees que eres? ¿*quién* te crees que eres, *pa* hablar de los demás de esa forma? ¿*Pá* que jugármela por vosotros? ¿Acaso vosotros, los señoritingos, harías algo por mí? ¿Acaso alguna vez los que son como vosotros hacen algo por nadie?

Fernando, alterado, veía como todos sus esfuerzos corrían el peligro de esfumarse de repente y asistía impotente a la escena. No podía de dejar que aquello acabase así, después del éxito que estaban teniendo. Viendo como su amigo estaba a punto de responder a la muchacha y temiendo lo que le diría, se adelantó diciendo:

—¡Alonso! Por favor, compórtate. Es normal que Ángela sienta desconfianza. Es mucho lo que le estamos pidiendo, tiene razón en eso. Debería ser consciente de a lo que se expone, y decidir libremente.

Ambos se miraron, enfurecidos, aunque Alonso pareció intentar controlarse.

—Creí que habíamos acordado que sería más seguro para ella y para todos, que supiese lo menos posible —siseo.

—Es cierto. Y lo hemos cumplido hasta ahora. Pero tiene derecho a saber, aunque sea solo lo imprescindible. Ángela — acercándose a la chica y tomando sus manos, le dijo con voz serena y tranquila —, yo te aseguro que todo lo que hacemos, es por una muy buena causa. Si te pedimos esto, es empujados por unas circunstancias, la verdad, desesperadas. Pero, estos días he llegado a conocerte mejor y creo que si te lo cuento, tú podrás entenderlo.

Sin soltarle de la mano, y ante el ceño fruncido de Alonso, que sin embargo no intervino, la llevó hacia la mesa y juntos se sentaron.

—Supongo que sabes del sufrimiento de nuestro pueblo. La escasez y la carestía que se está sufriendo, hace que la situación se esté volviendo insostenible, día a día la gente muere porque ni siquiera puede permitirse comprar el pan con que alimentarse. Y sabemos porque está ocurriendo, las oligarquías de este país, aferradas al poder, están ahogando al pueblo. Nosotros pensamos que hay que hacer algo Ángela. Y ahora, en tus manos está luchar porque esto cambie...

Tras una hora larga de escuchar todo lo que Fernando tenía que decirle, Ángela pidió permiso para subir a su habitación. Dijo que tenía que pensar en todo lo que le había contado, y solo después les comunicaría su decisión. Ambos hombres, contemplaron como la muchacha, con el rostro pálido subía las escaleras, y ambos quedaron en el salón, preocupados y viendo como su plan se venía abajo.

—No aceptará Fernando —sentenció Alonso—. No tiene ningún motivo para hacerlo. Debiste ofrecerle más dinero, aunque creo que ni con esas. Ya ha ganado una buena cantidad, y con eso le bastará. No se arriesgará por nosotros. Has hecho mal en contárselo, ahora nos has puesto en peligro

—Y sin embargo, yo pienso que lo hará —respondió el otro — Y me siento aliviado, no me gustaba la idea de meterla en todo esto sin su conocimiento. Ahora es decisión suya el tomar parte. Igual que hiciste tú o yo, ella también tiene derecho a elegir.

Pasadas largas horas, cuando la noche ya hacía rato que había caído, la doncella entró en la habitación.

—Señor, la señorita le pide que vaya a hablar con ella a la biblioteca —Fernando se puso en pie al instante —Perdone señor, pero la señorita quiere hablar con el señor Quintanar. A solas —añadió remarcándolo, con cara de palo, para que quedara bien claro lo que pensaba ella de que una señorita hablara a solas con un hombre.

Alonso se sorprendió de que le reclamara a él, pero se levantó y rápidamente se dirigió a la biblioteca. Iba a abrir la puerta, pero se detuvo antes para llamar. Desde dentro, escuchó su voz, indicándole que pasara. Al abrir, la contempló sentada en una butaca, con rostro grave. Preguntó, sin saber que pensar:

—¿Querías hablar conmigo?

—Sí. ¿Podría pasar y sentarse? —le pidió, con voz controlada y fría, indicándole la butaca en frente suya. En cuando él se acomodó, ella siguió diciendo—Le he llamado porque quería contarle algo. Verá, yo no nací aquí, en Madrid, ¿lo sabíais? Como muchos otros, mi familia se mudó aquí desde otro lugar. En realidad, yo nací y me crie hasta los ocho años en Mieres, un pequeño pueblecito de Asturias. A lo mejor lo conocéis, habréis oído hablar de sus minas. Mi padre era minero allí. Un duro trabajo el de minero, pero al menos sabíamos que nos daría para comer. Y a mi padre no le asustaba el trabajo. No le importaba levantarse de noche, y meterse en el negro agujero del túnel, para arrancar la piedra de las entrañas de la tierra y solo volver a salir cuando era de noche de nuevo, sin ver apenas la luz del sol, día tras día, con tal de poder poner un plato delante a sus hijos. Aquello no le importaba, pero...no toleraba las injusticias. Y ver como el patrón se quedaba con el fruto de su trabajo, dándoles a cambio un sueldo mísero, y ver como sus compañeros, enfermos después de dejarse la piel en los túneles, eran despachados sin más miramientos, cuando no podían levantar el pico por más tiempo...era demasiado para él. Sentía que los trataban como a animales. Por aquello le llevaban los demonios. Por eso, muchas noches, en vez de descansar, se reunía en la cocina de mi pequeña casa con sus compañeros, para entre susurros, planear de qué manera podían hacer que el patrón incluyese alguna mejora de seguridad para que en los túneles no murieran tantos, o cómo conseguir un sueldo digno o jornadas menos extenuantes. Y la gente le seguía, porque no había ninguno como él, ni más valiente, ni que hablase mejor, ni más bueno y fuerte...por eso, seguramente, le mandaron a trabajar a la parte más peligrosa de la mina, a pesar de las quejas y a pesar de denunciar a diario que el túnel no aguantaría. Hasta que no aguantó. Y en él se quedaron mi padre y otros cinco más aquel día. Y por eso, seguramente por eso, solo unos pocos días después le dijeron a mi madre que no volviese más a su trabajo en la limpiadora. Para dar un escarmiento, y que a ninguno más le entrasen ganas de protestar. Mi madre entonces, podría haberse quedado por allí, sabiendo que la gente la ayudaría con lo que pudiera, para poder mantenerse ella y sus dos hijos pequeños, porque no hay nadie más solidario con los suyos que un minero. Pero..., era demasiado orgullosa para eso. Y nos trajo aquí, a la capital, buscando un futuro mejor para sus hijos...aunque tampoco le salió bien aquello, pero eso ya es otra historia...

La muchacha hablaba seguido y sin dar entonación a sus palabras, aunque justo por eso, resultaban aún más dramáticas. Alonso le escuchaba fascinado, aunque sin saber porque le estaba contando todo aquello, no quería interrumpirla, no fuera que callase. Pero de repente, dejó de hablar, y él, desconcertado, no se atrevió a decir nada. Tras un momento de silencio, terminó diciendo:

—Le cuento esto para que sepa. Para que sepa porque voy a hacerlo. Lo voy a hacer por mi padre. Y lo voy a hacer también por una buena señora a la que conocía, y a la que mataron a palos hace poco, sin que a nadie le importase, solo por ser pobre y estar en el sitio equivocado. Y lo voy a hacer por toda la gente que conozco, gente buena, que ve como sus hijos mueren de miseria. Ósea que no es necesario que, precisamente ustedes, me hablen a mí del “sufrimiento de nuestro pueblo”. Que si lo voy a hacer, no es ni por usted, ni por Fernando, ni por el dinero...ni por nadie más. Es porque mi padre lo hubiese querido así, y porque se lo debo —él la seguía mirando, estupefacto. Ella añadió: —¿Me entiende o no me entiende?

—Yo...Sí. La he entendido —contestó él, con gravedad.

—Bien. Porque no quiero volver a oírle decir una palabra sobre porque o porque no hago las cosas. No es asunto suyo. Como vuelva a oír salir un reproche más de su boca, saldré por esa puerta y no me vuelven a ver el pelo. ¿Está claro?

—Muy claro.

Ella se levantó, y salió de la habitación sin decir una palabra más, y él se lamentó de no poder encontrar las palabras con que detenerla.

Capítulo XI

Habían llegado temprano a la fiesta, pero según lo planeado, debía esperar a que la celebración estuviese en su punto álgido para actuar. Hacía mucho tiempo que no se ponía ya nerviosa mientras trabajaba, pero aquel parecía el encargo más difícil que hubiera hecho hasta entonces, y angustiada intuía, mucho más peligroso que cualquier otro. Notaba las manos sudorosas por el miedo, pero aun así, procuró parecer una más entre las despreocupadas jóvenes que la rodeaban, consiguiéndolo sobre todo, hablando poco y bailando mucho. Por suerte, no eran parejas lo que le faltaban. Nada más finalizar cada una de las piezas que la flamante orquesta interpretaba, otro caballero se acercaba rápidamente para pedirle la siguiente.

Desde el otro lado del salón, Alonso aparentaba atender a la conversación mantenida en uno de los corrillos de caballeros, algo sobre política, aunque en realidad no le quitaba ojo a las evoluciones de Ángela por el salón. Desde luego, la muchacha no perdía el tiempo. Puede que ya hubiese bailado con la mitad de los jóvenes del baile, y la otra mitad hacía cola para hacerlo. Observo como dedicaba una luminosa sonrisa a su enésima pareja, antes de que este, encantado, posara una mano en su estrecha cintura. Observó como el vestido ceñía su figura, y enmarcaba magníficamente el comienzo de su generoso escote. Pensó que quizás no deberían haberse esmerado tanto en hacerla parecer atractiva. Con la mitad hubiese bastado.

El tiempo estaba pasando rápidamente, y ya pronto sería la hora, pensó Ángela aliviada, ya que la espera la estaba poniendo cada vez más nerviosa. Entonces, vio con aprensión como, abriéndose paso entre la gente, el dueño de la casa se acercaba. Con una gran sonrisa en su apuesto rostro, Antonio Villalta hizo una pequeña reverencia ante ella, antes de decir:

—Señorita Muñana. Cuanto me alegra verla de nuevo y sobre todo, que aceptase mi invitación. Llevo toda la noche intentando acercarme a usted, pero por lo visto, es la más solicitada de la reunión. Ahora que por fin lo he conseguido, ¿me concedería la próxima pieza?

Ángela, dedicándole una sonrisa que esperaba ocultara su turbación, intentó olvidar lo que ahora sabía de él, y recordar el día que lo conoció, cuando solo era un simpático caballero que se encontró en un jardín. Tomó la mano que le ofrecía, y respondió:

—Por supuesto señor Villalta. Esta vez no nos esconderemos tras los setos.

Él rio divertido y la guio hasta el mismo centro del salón, donde pronto demostró ser un gran bailarín, supliendo sin problemas la falta de pericia de la muchacha, que había regalado algún que otro pisotón a sus parejas previas. La guiaba con seguridad y delicadeza, haciéndola girar por todo el salón, y al mismo tiempo se las arregló para mantener una distendida charla, divirtiéndola con sus ocurrencias. En verdad que era un hombre encantador, ¿serían ciertas todas las cosas que Fernando le había contado sobre él? Casi deseo no encontrar aquello que habían venido a buscar, y demostrar así su inocencia. Una vez el baile terminó, no se olvidó de acompañarla amablemente hasta donde se encontraba doña Inés, antes de despedirse.

—Qué hombre tan amable y educado ¿verdad?... —dijo la Doña Inés en cuanto se alejó—. Todo un señor, ¿será casado? Aunque quizás sea algo mayor...

—Sí que es casado, doña Inés. Lamento decepcionarla, no podrá añadir otro nombre más a su lista de posibles pretendientes—respondió Ángela. La señora no cesaba en su empeño de casarla, desde luego, si realmente ese fuera su objetivo, podía estar segura de que pasaría por la vicaría antes de que el año terminase. Pero ahora debía centrarse en lo importante. Busco con la mirada y pronto encontró a Fernando, que, desde el otro lado del salón, le hizo la seña acordada. Era la hora.

—Con tanto baile, estoy un poco acalorada. Creo que es mejor que vaya a refrescarme —anunció.

—Claro querida, no me extraña, ¿has visto que éxito tienes? ¿Quieres que te acompañe?

—No, no se preocupe. Mejor busque un sitio donde sentarnos cuando vuelva. Me gustaría descansar un poco.

—Sí, hija, ve. Seguro que encontraré un buen sitio para las dos. Tenemos el carnet de baile lleno para toda la noche, pero tienes toda la razón, se acabó por hoy. Es mejor hacerse un poco de rogar ¿cierto? —dijo con una risita.

La fiesta estaba muy animada, y Ángela debió esquivar a varias personas para conseguir salir del salón. También había gente en el pasillo, así que, preguntó a una sirvienta que pasaba:

—¿Dónde puedo refrescarme un poco?

—El tocador de señoras es esa puerta señorita —dijo señalándola.

Asintiendo, se dirigió a ella y entró. Dos mujeres más se encontraban en ese momento allí. Se sentó en una de las sillas dispuestas, y remojando un pañuelo en una jofaina, se dedicó a darse golpecitos en las sienes, hasta que ambas mujeres salieron. Entonces, se dirigió a la puerta y la entreabrió, atisbando fuera. Tuvo que esperar un poco, hasta que por fin el pasillo se despejó y pudo salir apresuradamente sin ser vista, dirigiéndose en sentido contrario a la fiesta. Al girar la esquina, se detuvo, recordando en su mente el plano que habían estudiado. Según este, el despacho debía ser la tercera puerta que veía a la derecha. Corriendo, llegó hasta ella, pero la encontró cerrada. Maldiciendo, se agachó para examinar la cerradura. Sacó una afilada horquilla de su peinado y la introdujo con cuidado. Procuró concentrarse, porque si alguien la veía en ese momento, no valdría excusa ninguna. Debía ser rápida. Sonrió cuando a los pocos segundos se oyó un chasquido. Abrió la puerta, y se introdujo con celeridad en la habitación.

Exhalo el aire que había estado reteniendo al ver que había acertado, aquel era sin duda el despacho. De momento, parecía que todo estaba saliendo a pedir de boca. Observó la habitación. No era muy grande, pero estaba repleta, varias estanterías, llenas de libros y carpetas cubrían las paredes, y por todos lados había cajas y papeles en desorden. Parecía que ninguna sirvienta hubiese limpiado allí hacía tiempo. Si tuviera que examinar cada papel que hubiese en esa habitación, no acabaría nunca. Por suerte, no tendría que hacerlo. Introduciendo su mano por el escote del vestido, extrajo la llave que había escondido allí. Había sido muy fácil robársela al señor Villalta durante el baile. Ahora solo tenía que encontrar aquello que la llave abriera. Acercándose al escritorio, que ocupaba la parte central de la habitación, probó a abrir cada cajón. Todos estaban abiertos. Examinó las cerraduras, pero ninguna parecía pertenecer a la pesada y antigua llave. Miró a su alrededor. En un rincón, había un secreter, un mueble antiguo y grande,

semioculto por unas cajas. Se acercó hasta el, y apartó con cuidado las cajas que lo cubrían, procurando recordar cómo estaban, para volver a dejarlas después del mismo modo. El mueble tenía una cerradura en su parte central. Introdujo la llave, que entró sin problemas y la giro. La cerradura se abrió sin un crujido, lo cual indicaba que se usaba con regularidad.

Abrió el mueble, y se encontró con un sinfín de pequeños cajoncitos. Maldita sea, esperaba que no estuviesen cerrados o tardaría una eternidad en forzarlos todos. Pero no, cuando probó el primero se abrió sin más, pero no había nada en el interior de la pequeña caja. Paso al siguiente, y allí si encontró algo. Lo sacó con cuidado, y empezó a examinarlo, ansiosa. No parecía ser lo que buscaba, parecían ser listados, o anotaciones de cifras, no cartas. Paso al siguiente. Cuando acabó la primera fila, se dio cuenta nerviosa, que estaba tardando demasiado. Pronto la señora Inés empezaría a echarla de menos. Siguió abriendo cajones, esta vez sin tanto cuidado al revolver los papeles que encontraba. Por fin, en un cajón de la tercera fila, encontró un paquete de papeles atados con un cordón de seda morada. Lo desató rápidamente y abriendo uno de los sobres sacó el papel que contenía. ¡Por fin! El corazón empezó a latirle fuertemente cuando, al pie de la hoja manuscrita con una elegante escritura, encontró la inconfundible firma. Había empezado a leer el encabezamiento de la carta, cuando escuchó el sonido inconfundible de pasos en el pasillo. No debía haber nadie en esa parte de la casa, todos debían estar en la fiesta. Asustada, ocultó el papel en su vestido y cerró el mueble. Estaba buscando un lugar donde ocultarse, cuando la puerta se abrió de par en par.

El señor Villalta se quedó petrificado en el umbral al verla, anonadado, exclamo:

—¡Señorita Muñana! ¿Qué es lo que hace usted aquí? Esta puerta debería estar cerrada.

—Yo...solo...buscaba...No estaba cerrada y yo... —por la mente de Ángela pasaron mil posibles respuestas, desde que se había perdido hasta que buscaba un sitio donde descansar, pero ninguna le parecía verosímil, hasta que decidió apostar por una. No había nada mejor que apelar al ego de un hombre —yo...le buscaba a usted. Quería...hablarle. A solas.

El rostro del hombre fue cambiando lentamente, desde la sorpresa y suspicacia, a una sonrisa lobuna y ciertamente, desagradable.

—Señorita Muñana, es usted muy traviesa... —dijo, con un tono de voz bajo y susurrante, muy diferente al que le había oído hasta ahora.

—Yo...—continuó ella, pensando febrilmente como continuar—. Pensé que..., podría encontrarle aquí.

Él se acercó a ella, casi hasta rozarla, antes de preguntar:

—Y...dígame, señorita, ¿Qué es lo que quería decirme, que requiriera de esta...intimidad?

—Yo... —dijo ella, titubeando, y retrocediendo un pequeño paso, preguntándose ahora si había hecho bien yendo por ese camino — yo...

—Venga señorita Muñana, ánimo..., siga. Lo está haciendo muy bien, hasta ahora —dijo él, al ver su confusión—. Pero, quizás le ayude si nos ponemos más cómodos, ¿no es cierto?

Cogiéndole de la mano repentinamente, la llevó hasta un pequeño diván que se encontraba a un lado de la habitación, y apartando unos papeles, la sentó sobre él, sentándose a su lado.

—Confieso que me ha sorprendido usted. Había percibido que era usted distinta, pero nunca hubiese imaginado tamaña...osadía por su parte... —dijo él, acercándose mientras hablaba, tan cerca, que sus muslos se rozaban, y sin soltarla aún de la mano. A Ángela le gustaba cada vez menos el giro que estaba tomando la situación, así que intentó atemperar al hombre.

—Verá, quería hablarle...veo que usted es hombre de mundo y yo...sabría, porque todos lo saben a estas alturas, que estoy en busca de marido...Y pensé..., pensé que...podría darme usted algún consejo.

Él se echó a reír, y dijo, aparentemente muy divertido:

—¡Qué manera de expresarlo, me encanta! ¡Es usted magnífica! Además de preciosa, tan divertida y original. Creo que vamos a disfrutar muchísimo juntos...

Y diciendo esto, se inclinó sobre ella, tratando de besarla:

—¡No! —exclamó ella, tratando de interponer sus manos entre ellos — Se está equivocando, señor, yo no...

Pero él, apartándolas de un manotazo, dijo:

—Vamos, vamos, deja ya el teatro. Es divertido, pero déjalo para los de ahí fuera. Yo sé exactamente a lo que has venido aquí.

Y sin más, se arrojó sobre ella, aplastándola con su peso contra el diván y besándola con fuerza. Cuando ella apartó la cara, él continuó besándola en el cuello y el escote, a pesar de sus protestas. En ese momento, la puerta se abrió de golpe, y un indignado Alonso, se plantó en medio de la habitación:

—¡Suéltela ahora mismo! —gritó.

El señor Villalta se levantó de un salto, soltando a Ángela al instante. Al principio desconcertado, pero luego, mirándole de arriba abajo, indignado, le espetó:

—¡Qué hace usted aquí, estos son mis aposentos privados!, ¡Salga de aquí ahora mismo! — obviamente, molesto por la interrupción.

—¿Qué es lo que estaba usted haciendo? ¡Usted no es un caballero!

—¡No es de su incumbencia! ¿Quién le ha dado vela en este entierro? — Volviéndose hacia Ángela, le pregunto —: ¿Es que tienes algo que ver con este tipo?, ¿Es otra de tus conquistas?

Ángela estaba a punto de responderle, cuando la mirada de él se desvió hacia algún punto tras ella. Pudo ver perfectamente como su rostro cambiaba, y la comprensión se abría paso en su mente. Ángela siguió su mirada y confirmó lo que sospechaba. Había visto la llave, que no le había dado tiempo a sacar del mueble y aún continuaba puesta en la cerradura. La miro a ella, y luego se giró de nuevo hacia el otro hombre, exclamando, furioso:

—¡Ladrones! ¿Quiénes sois vosotros? ¡Voy a llamar inmediatamente a la policía!

Álvaro le miro sorprendido ante el giro de la situación, pero antes de que pudiese hacer o decir nada, el hombre cayó desplomado a sus pies. La muchacha, soltando el candelabro que había utilizado para golpearlo en la cabeza, le preguntó furiosa:

—¡Se puede saber que has hecho! ¡Por tu culpa nos ha descubierto!

—¿Como? ¡Yo tengo la culpa! Sino le hubiese seguido cuando salió del salón... —dijo señalándolo —, ¡A saber lo que habría ocurrido!

—¡Eres un estúpido! Tenía la situación bajo control. El hombre estaba tan concentrado en mi escote que ni en mil años se hubiese dado cuenta de lo de la llave si no hubieses aparecido tú. ¡Habría encontrado la manera de salir de esto sin tu ayuda! Te recuerdo que aquí, yo soy la experta. ¡No te necesitaba para nada, maldito caballero andante!

—¡Jesús, eres insoportable! Pero, tal vez, claro..., tal vez, es que estabas disfrutando de la situación, y te ha molestado que os interrumpiera ¿es eso?

—¡Eres un cretino! ¡Un gañan y un meapilas!

Tan concentrados estaban en su discusión, que ninguno de los dos se percató hasta que fue demasiado tarde:

—¡Levantad los dos las manos! —el señor Villalta les apuntaba con una pistola, y aunque la sangre de la herida abierta en la cabeza le corría por el cuello, parecía que con el pulso firme. Ambos quedaron petrificados, lanzándose mutuamente una mirada de consternación. El hombre, dirigiéndose a Alonso, dijo:

—Me habían advertido sobre ti, y veo que estaban en lo cierto. Eres un maldito revolucionario, y vas a acabar con tus huesos en la cárcel. Respecto a ti... —cogió a Ángela de la pechera del vestido, y la atrajo hacia él —No sé bien quién eres, pero cuando me canse de ti, desearas no haber intentado engañarme —e introduciendo una mano por su escote, le apretó un pecho con fuerza, consiguiendo que ella gritase de dolor. Fue el momento que Alonso eligió para arrojarse sobre él. Los tres forcejearon, luchando por apropiarse del arma, hasta que, esta se disparó con una fuerte deflagración y humo.

Él hombre cayó por segunda vez al suelo, pero esta vez, un gran charco de sangre empezó a formarse bajo él.

—¡Dios mío! —susurró Ángela con un hilo de voz. Observando la sangre, añadió—. Lo he matado.

Capítulo XII

—No —dijo Alonso, rompiendo el silencio horrorizado en el que ambos se habían sumido largos instantes, observando el cuerpo. Pálido, pero con voz firme, añadió—. He sido yo. Fui yo el que disparé.

Ella le miró, sorprendida.

—Pero, ¿qué dices?

—Escúchame. Diremos que él estaba propasándose contigo y que yo...no tuve otro remedio que...Suelen ser más benignos con estos delitos de honor.

—¡No digas tonterías! Nos largamos de aquí ahora mismo.

Decidida, se dirigió hacia la ventana y la abrió, asomándose al exterior.

—¡Vamos!, solo hay un metro hasta el suelo, podemos saltar sin problemas —al ver que él no se movía, le apremió— ¡Rápido, antes de que venga alguien! Puede que hayan oído el disparo, pero nadie sabrá quien ha sido. No nos han visto venir hacia aquí, y con tanta gente en la casa, podría haber sido cualquiera. ¡Qué estupidez sería entregarnos sin más!

Ella ya estaba con una pierna por fuera de la casa, cuando él reaccionó y la siguió. Tal y como ella había dicho, saltaron sin dificultad al jardín exterior donde no les fue difícil esconderse entre la vegetación durante unos minutos. Ayudados por la oscuridad, pudieron acercarse a los ventanales y ver que ya se había formado un gran revuelo. Los invitados de la fiesta corrían de uno a otro lado, la música había cesado y se escuchaban voces y exclamaciones. Seguramente ya habrían encontrado el cuerpo. Ángela tiró del brazo de Alonso, y se fueron alejando de la casa, procurando no salir de las sombras que ofrecía el frondoso jardín. Así hasta que dieron con el muro que separaba la propiedad de la calle. Allí, Alonso pudo observar sorprendido como la muchacha, levantándose las faldas sin dudar, lo trepaba sin mucho esfuerzo, apoyando los pies en los salientes entre los ladrillos. Cuando saltó al otro lado, escuchó su voz, increpándolo:

—¡Se puede saber qué esperas! ¡Pasmarote! ¡Salta de una vez!

Empezaba a estar harto de sus insultos y ordenes, sin embargo, se limitó a resoplar, enfadado, e hizo lo que decía y pronto estuvo junto a ella en la acera. Por fortuna, aquel era un barrio residencial de grandes casas por las que no solía haber muchos transeúntes, y nadie los había visto. Se apresuraron por la acera para alejarse de allí, pero al girar la esquina, se toparon con un hombre vestido de sirviente, que les gritó:

—¡Alto! ¿Quiénes son ustedes?

Ángela, cogiéndose del brazo de Alonso, contestó tranquilamente:

—Íbamos a la fiesta del señor Villalta, pero el carruaje de alquiler nos ha dejado en la casa de al lado ¿se lo puede creer? ¡Uuf, qué fatalidad, tener que venir andando, espero que nadie nos vea...¡Y mire, el vestido se me ha llenado de polvo! Pero oiga..., ¿ha ocurrido algo? Hemos escuchado unos gritos.

El hombre les observaba de arriba abajo, desconfiado, pero sus vestidos de fiesta, y la charla de Ángela, unida a su inocente cara, terminó por convencerlo, y pronto se relajó y contestó:

—Sí, ha habido un incidente. Parece ser que han asaltado al señor. Les recomiendo que vuelvan a su casa.

—¡Cómo! Pero... ¡Qué horror! ¿Y están todos bien...? —exclamó la joven, mostrándose escandalizada.

—No puedo decirle señora, solo me han pedido que saliera a echar un vistazo por los alrededores, a ver si veía algo extraño.

— A lo mejor deberíamos ir a ver si necesitan alguna cosa o...

—No querida —intervino Alonso —, lo mejor es que hagamos como dice este señor, y volvamos a casa. Buscaré otro coche de alquiler. Muchas gracias, y buenas noches.

Despidiéndose, se separaron del hombre y este les observó alejarse calle abajo.

—Despacio—le susurró la joven a Alonso, cuando este hizo amago de apresurar el paso— Y no se te ocurra mirar atrás.

El hombre, después de lanzarles una última mirada, continuó andando, revisando el muro buscando algún lugar por donde un intruso pudiese haber saltado. Ellos siguieron andando hasta que por fin llegaron al final de la calle, donde por fin respiraron algo más tranquilos. Alonso propuso:

—Lo mejor es que cojamos un coche y vayamos a mi casa.

—De eso nada. Sería el primer sitio donde vayan a buscarnos.

—Pero, tu misma has dicho que nadie sabe quién ha sido.

—Y eso espero, pero no podemos estar seguros. Por un tiempo, sería mejor que nos escondiéramos. Es lo que se suele hacer después de un golpe. Esconderse hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Es mejor no arriesgarse.

—Bueno, tú eres la experta. Nunca había asesinado a nadie antes.

—¡Yo tampoco! —Exclamó—¿Qué te crees?

— Bueno, ¿qué sugieres?

—Tú para un coche —le dijo simplemente. Habían llegado a una calle más concurrida, y Alonso se acercó a la calzada para parar un coche de alquiler.

El viaje no fue largo. Una vez el coche se detuvo, Alonso bajo de un salto, cayendo sobre el barro de la calzada. Miró alrededor, pero no reconoció el lugar donde estaban. Habían sido solo quince minutos de recorrido, pero había sido tiempo suficiente para pasar de la zona más rica de la ciudad a aquello. Había tenido que pagarle un plus al cochero para que accediera a llevarlos hasta allí, y ahora se explicó el porqué. La calle, si podía llamarse así, era apenas un camino sin asfaltar, flanqueado de casas bajas y ruinosas, y alguno de esos edificios de muchas alturas tipo colmena, que llamaban de corralas. Estaba aparentemente desierta, menos por un par de perros vagabundos que se alimentaban de unas inmundicias, y a pesar de ello, se sintió observado.

Se giró hacia el coche para ayudar a bajar a Ángela, pero esta, sujetándose las aparatosas faldas, saltó al suelo sin más.

—Déjate de esas monsergas, que ya no nos hacen falta. Vamos.

Hecho a andar por la calle, dejando que la larga cola de su vestido arrastrara por los charcos, sin molestarse en levantarla. Él la siguió, pero escudriñando cada sombra de la oscura calle, desconfiado. Pronto ella se detuvo ante una puerta, y la empujó sin dudar. Enseguida la luz y el ruido se derramó fuera, y al seguirla al interior pudo ver que toda la gente que faltaba fuera, estaba allí dentro. La abarrotada taberna se encontraba llena de paisanos, que en cuanto la muchacha entró, la saludaron a gritos, reconociéndola. Ella se acercó a la barra, y enseguida el tabernero acudió.

—¡Ángela, chiquilla! ¿Dónde te habías metido? Hace siglos que no te veía, y ¡que elegante vienes! —dijo al observar sus galas.

—He estado muy ocupada Paco.

—Si, ya me dijo el viejo que estabas con un trabajo importante —miró a Alonso, con el ceño fruncido —¿Y este lechuguino?

Ella le miró de soslayo y respondió:

—Viene conmigo ¿Por qué no le sirves algo mientras yo voy atrás? ¿Está él?

—Allí le tienes.

Ella desapareció por un pasillo, dejando a Alonso solo allí plantado. Pero no por mucho tiempo porque pronto, unos cuantos parroquianos se le acercaron. El de peores trazas de entre ellos, se acodó en la barra a su lado, y sacándose el palillo de la boca se dedicó a mirarla de arriba abajo. Ignorándole, Alonso se dirigió al tabernero:

—Un wiski. El más añejo que tenga.

El hombre, sacó un paño que colgaba de su igualmente mugroso delantal, y limpió la barra con parsimonia, antes de ponerle delante un vaso con un golpe. Cogiendo una jarra, lo llenó hasta arriba con lo que parecía ser vino, y con una mueca despectiva, le dijo:

—Ahí tiene. No sé el tiempo que tiene, pero aquí no me dura más de una semana.

Los paisanos comenzaron a reírse a carcajadas. Sin inmutarse, Alonso levantó el vaso, y cuando el olor le dio en la nariz pudo confirmar que era del malo y peleón, pero aun así, lo apuró de un trago. Después de la noche que estaba teniendo, le hacía falta.

—Otro —dijo, muy serio.

Todos se quedaron mirándole, hasta que uno dijo:

—¡Parece que le gusta Paco! ¡Ponle otro al lechuguino, que viene seco! — echó una carcajada y todos rieron, dejando el ambiente algo más relajado.

Mientras, en la habitación de la trastienda, Ángela acababa de relatarle a Ramón todo lo ocurrido. El hombre, después de escucharla atentamente, dijo con pena:

—Parece que al final, no andabas *descamina* Angela. Es culpa mía, tendría que haberte *escuchao*. Esto nos venía grande. Ese Villalta...era un pez gordo. Te has metido en un buen lio. ¿Y...fuiste tu quien apretó el gatillo?

—No estoy segura, con tanto jaleo...pero...creo que sí, se disparó cuando la agarré —dijo ella nerviosa, con lágrimas en los ojos.

—En realidad, no importa, hija. Estabas allí y con eso basta para ellos, como se enteren pasaras muchos años en la cárcel. Los dos estáis metidos en esto. De momento, has hecho bien. Nadie sabe que estabais allí, y además, nadie aparte de los dos señoritos sabe quién eres realmente...A las malas...podrías desaparecer y dejar que el señorito se las apañe solo.

Ella miró al suelo, sopesándolo por un momento. Pero respondió:

—No, como dices, los dos estamos en esto. Además, él podría hablar, y a la larga podrían dar conmigo. Os traería problemas a todos. Siendo el muerto quien era no dejarían piedra sin remover.

—Sí. Lo que vamos a hacer es esperar esta noche. Mañana, podremos enterarnos de que es lo que ha *pasao*, y de lo que sabe la pasma. No te preocupes —le dijo, dándole unas palmaditas tranquilizadoras en la mano —Nos ocuparemos de vosotros.

Cuando finalmente la joven salió, se encontró a Alonso rodeado de un numeroso grupo, al parecer la mar de animado y festivo. Cuando se acercó a él, pudo notar que estaba más que un poco achispado. Ósea, que ella intentando solucionar aquel embrollo y a él no se le ocurre nada mejor que emborracharse. Hombres.

—Tenemos que irnos —le dijo seria, después de apartar a un par para llegar hasta él.

—Hola preciosa, por fin apareces —le contestó él, con una sonrisa. Nunca le había visto tan contento —¿Por qué no te tomas algo? Seguro que a ti también te viene bien.

—¡No digas tonterías! Vamos —y se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta.

Ante su enfado, él dejó el vaso que sostenía y la siguió. Encogiéndose de hombros, dijo, dirigiéndose a la concurrencia.

—¡Mujeres! —todos se rieron, y palmeando el hombro, uno le dijo:

—A mí me lo vas a decir, ayer vino la parienta a buscarme con la sartén en la mano.

—Y salió corriendo detrás de ella igual que tú —añadió otro, y todos rieron de nuevo.

Enfadada, Ángela le entregó una capa bruscamente y cubriéndose ella misma con otra, le dijo antes de salir:

—Póntela, con estos trajes aquí llamamos más la atención que dos cagarrutas en un plato de leche.

—¿Dónde me llevas rubia?

Ella le lanzó una mirada extrañada, y le dijo:

—¿Se puede saber que te pasa? ¿Es que te pone de buen humor matar a alguien?

Aquello borró la sonrisa de su boca, y la siguió en silencio. Otro hombre los acompañaba, guiándoles por las enrevesadas callejuelas, hasta pararse ante una casa, igual de cochambrosa que las demás. Les abrió la puerta, y se fue sin decir palabra. Ambos entraron, y Ángela se inclinó sobre una lámpara de queroseno, que encendió. Él entonces pudo ver la humilde estancia, que como todo mobiliario contaba con una mesa con dos sillas, y un camastro en una esquina. A un lado, se veía otra puerta.

—¿Crees que podrás encender el fuego? —le preguntó, indicándole la chimenea apagada.

—Claro que puedo —respondió él, ya más sereno, después del frío de la noche. Agachándose ante el hogar, comenzó a apilar la leña, y añadió — No soy el inútil que parece pensar que soy.

—Pues mejor —contestó ella cortante —. Nos apañaremos aquí para pasar la noche. Mañana, cuando tengamos noticias, decidiremos que hacer.

—Bien —respondió él, lacónico. Perfecto, parecía haber vuelto a la normalidad, pensó ella. Le dijo, indicándole el camastro:

—Puedes dormir ahí, yo usaré el cuarto —y entrando en la habitación adyacente, cerró la puerta.

Alonso terminó de encender el fuego, pero en vez de acostarse, cogió una de las sillas y se instaló frente a las llamas. ¿Cómo habían podido acabar las cosas tan mal? La cosa no podía haber ido peor. Miró hacia la puerta cerrada, preguntándose cómo había dejado que la muchacha le arrastrara hasta allí. Pero en una cosa ella tenía razón, aunque no se lo reconocería ni aún pasaran mil años. No debía haber entrado en aquella habitación como lo hizo. Había sido un acto impulsivo y estúpido, ¿Por qué en nombre de dios, con todo lo que se relacionaba con aquella mujer él se comportaba como un inconsciente?

Ángela se quitó el aparatoso traje y lo dejó caer al suelo, aliviada por poder quitarse al fin el incómodo corsé. Parecía que hubiese pasado un siglo desde que se había engalanado con aquellas ropas aquella tarde para ir al baile. Miró la puerta cerrada, que no contaba con un pestillo y por un segundo, se le pasó por la cabeza si él intentaría entrar. Un escalofrío la recorrió ante ese pensamiento, aunque no supo identificar si era por temor o por otra cosa. Pero al instante siguiente lo descartó. Para empezar, suponía que él se comportaría como un caballero, de esos que no entrarían en la alcoba de una dama sin ser invitado, y además, suponía que después de los acontecimientos de la noche, ese tipo de cosas sería lo último que pasaría por su mente. Aparte claro, que era evidente que él no se interesaba en ella de aquella manera, lo del beso de aquella noche, solo había sido fruto de la ingesta de alcohol y de un impulso del momento. Con un suspiro se tendió en el camastro, pensando que con toda las emociones y angustia de lo ocurrido no conseguiría conciliar el sueño, pero debió caer agotada en cuanto su cabeza tocó la almohada, porque cuando los golpes en la puerta la despertaron, ya la luz del día se colaba por el ventanuco de la habitación.

Se levantó rápidamente, buscando sus ropas, pero, no pensaba ponerse aquel traje de nuevo, así que, enrollándose en la manta, salió de la habitación. Alonso, que ya estaba ante la puerta de la casa, valorando si abrir o no, al ver llegar a la rubia joven con la cabellera suelta y apenas cubierta con una fina manta, se la quedó mirando con la mandíbula desencajada. Ella, sin apenas

reparar en él, lo apartó a un lado y preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, el Manolo.

La joven abrió apenas una rendija, por donde asomó apenas la cabeza, y comenzó a cuchichear con el tal Manolo, sin dejar que Alonso escuchara nada. Después, este le entregó varias cosas y ella volvió a cerrar la puerta. Él estaba pensando preguntarle qué es lo que habían hablado, pero cuando ella se dio la vuelta, la sangre abandonó su cerebro al ver la manta resbalando de sus hombros mientras ella trataba de sostener los paquetes, cubriendo apenas sus pechos. Ella debió darse cuenta, porque le arrojó uno de los paquetes a la cara, mientras le decía con dureza:

—Toma esto y vístete. Y quita esa cara de alelado ahora mismo si no quieres tragarte el resto.

Volvió a su habitación, cerrando con un portazo, y se vistió con rapidez con las ropas que le habían traído. Había visto el brillo en la mirada de él y sabía lo que significaba. Recordó sus pensamientos de anoche y se reprochó el haber sido tan confiada, por muy caballero que este se las diera, era solo un hombre igual que los demás, y no podía fiarse de él. Salió, y se encontró con que Alonso también había ya cambiado sus ropas, y ahora le rehuía la mirada. Le dijo, aún molesta:

—El hombre que ha venido me ha dicho que de momento esperemos aquí. Mandarán a alguien a buscar información. De momento, —dijo poniendo sobre la mesa otro de los paquetes, y abriéndolo, saco algo de pan y queso— podemos comer algo.

Él no dijo nada, pero se sentó con ella a la mesa. Comieron en silencio durante unos minutos. Ella observó como él, vestido con las humildes ropas que les habían prestado y con la incipiente barba oscureciendo su cara, parecía muy diferente. Más cercano quizás, más parecido a los hombres a los que estaba acostumbrada, un hombre corriente. Ya no parecía el rígido y formal señorito de siempre. Pero, maldito fuera, pensó frustrada, si no estaba así igual de apuesto, sino más. Le hizo gracia la escena, ambos allí sentados compartiendo una comida, como si fueran un joven matrimonio en su humilde morada. Una sonrisilla apareció en su cara, pero se borró cuando él preguntó de repente:

—¿Quiénes son toda esta gente? ¿Porque nos ayudan?

—¿Por qué son amigos míos?

—Amigos...ya. Pero, ¿entonces les has contado lo ocurrido?

—Natural. Nadie mejor que ellos saben qué hacer en estos casos.

—¡No debería haberlo hecho! ¡Nadie debía saberlo! —contestó él, enfadado—. No sé porque te hice caso...

—¡Pues estaríamos en el talego si llegamos a hacer te caso a ti! —contestó ella, enfadada— Si llegamos a...

La discusión se vio interrumpida por nuevos golpes en la puerta. Ella se levantó y tras abrir

una rendija, paso a abrirla de par en par para dejar pasar a un hombre:

—¡Fernando! —dijo, contenta—Me alegro de que hayas podido venir.

—¡Fernando! —levantándose, Alonso recibió a su amigo, que nada más verle, le dio un abrazo.

—¡Temía por vosotros! Desaparecisteis de tal manera, que no supe que pensar. Al principio pensé que os habían arrestado, pero cuando pregunté, me dijeron que no había ningún sospechoso del asesinato y entonces...¿Pero qué diablos ocurrió?

—Espera, te lo contaremos todo desde el principio.

Después de contarle lo ocurrido, y contestar a todas sus preguntas, Fernando suspiró profundamente y dijo:

—Realmente fue mala suerte que Villalta entrara al despacho en ese momento, hasta entonces todo había salido bien. Pero...¿Cómo pudisteis fastidiarla tanto?

—¡Él no debió...! —saltó Ángela, enfurecida, señalando a Alonso.

—¡Ella estaba...!—la interrumpió él, y ambos se enzarzaron en una discusión llena de reproches mutuos.

—¡Basta! —acabó por gritar Fernando, ya que a lo largo de todo su relato no habían parado de echarse cosas en cara el uno al otro. Para calmarlos, dijo—: Lamentablemente las cosas han salido como lo han hecho, pero no nos va a servir de nada buscar culpables. Ahora lo importante es saber que vamos a hacer. Porque por desgracia no os traigo buenas noticias.

—Explícate —pidió Alonso.

—Yo estaba en el salón cuando se escuchó la detonación. Debió ser muy fuerte, porque se escuchó por encima de la música y el ruido.

—Sí —confirmó Alonso—, aquella pistola debía estar cebada en exceso, porque prácticamente explotó en nuestras manos.

—La cuestión es que, tras aquello, los sirvientes debieron encontrar el cuerpo y la noticia se extendió rápidamente. Después, alguien debió decir que los asaltantes continuaban en la casa y es cuando la histeria se desató. La gente corría y gritaba, era un caos total. Yo intenté dirigirme hacia el despacho, pero la gente se agolpaba y me impedía avanzar. Pronto llegó la policía, y la situación empezó a tranquilizarse. Algunos intentaron irse, pero se lo impidieron. Nos retuvieron allí para interrogarnos. En principio, todo podría haber salido bien, nadie estaba comprobando quienes de los invitados continuaban en la fiesta, pero no tuvimos en cuenta a doña Inés. La pobre mujer, al no encontrar a Ángela por ningún lado, se puso histérica, creo que hasta tuvo un ataque. Le contó a la policía que no te encontraba por ningún lado. Para cuando yo me enteré de todo, se había montado un dispositivo de búsqueda para encontrarte, claro que, sin éxito. Yo entonces dije que pudiera ser que hubieras vuelto a casa antes del incidente, y entonces salió a colación también tu nombre —dijo dirigiéndose a Alonso—. Aquello empezaba a convencerlos cuando se acabó de complicar el asunto. Apareció un sirviente que contó que había visto a dos personas que coincidían con vuestra descripción en los alrededores de la casa, justo tras el incidente, y que le

habían parecido sospechosas. Así que, se empeñaron en acompañarme a casa para comprobar si estabais allí. Al no encontraros, empezaron a hacerme muchas preguntas. Sobre todo, sobre ti, Alonso. Sabes que eres bien conocido por la policía.

—Lo sé, aunque nunca han tenido nada contra mí.

—Pero sabes que te tienen ganas. Al parecer tienen todo un dossier solo sobre ti. Tenemos un contacto en comisaría que así nos lo ha confirmado. Y..., esta mañana nos ha enviado un mensaje urgente. Me temo que no son buenas noticias.

—Suéltalo —le instó su amigo.

—Al parecer, han cursado orden de detención contra ti. Eres sospechoso de asesinato. Y también por secuestro.

—¿Cómo? ¿Secuestro?

—Sí. Cuando no encontramos a Ángela, me vi obligado a presentar denuncia por la desaparición de mi prima. Y al parecer, piensan que quizás tú la has secuestrado.

Un espeso silencio se instaló en la habitación, que ninguno de los tres se atrevió a romper durante unos segundos. Pasada la primera impresión, Álvaro dijo, con voz tranquila:

—Entonces lo mejor será que ella vuelva contigo. Al menos, que no me acusen también de eso.

—Me temo que no es tan fácil. Si ella vuelve, deberá explicar lo ocurrido. No sé si nos conviene que la interroguen. Podría salir todo a la luz fácilmente. Podrían descubrir quién es ella en realidad.

—No pienso hacerlo —dijo la muchacha—. No se puede confiar en esos polizontes, seguro que acabo en una celda antes de darme cuenta.

—¿Y entonces? ¿Qué sugieres? —Preguntó Alonso—¿Qué nos escondamos aquí para siempre?

—No, aquí no —contestó ella, ignorando su tono irónico—. Tendríamos demasiada gente alrededor. Confío en los míos, pero hay muchos otros que podrían irse de la lengua. Debemos desaparecer. Y tú —le dijo a Fernando—, vete ya. Tanto señorito por aquí rondando acabará por llamar la atención.

Una vez Fernando se fuera, ambos quedaron en silencio, Ángela se puso a recoger las sobras de la comida, mientras el hombre quedaba pensativo. Pero cuando ella pasó a su lado, la sujetó del brazo, y le dijo: —Desaparecer, dices. Estoy de acuerdo, pero solo yo debo hacerlo. Solo a mí me buscan, y no saben quién eres en realidad. Puedes quedarte aquí, y seguir tu vida como hasta ahora. Respecto a mi..., te agradezco las intenciones, pero yo tengo a mi propia gente, ellos se ocuparán de...

La puerta se abrió de par en par y el tal Manolo se plantó en medio de la habitación.

—¡Ángela!, rápido, debéis iros zumbando. La pasma anda por el barrio, están buscando casa por casa.

—¡Dios mío! ¿Crees que saben que estamos aquí? —dijo la muchacha, levantándose agitada.

—¡Quia! Seguro que van al boleo. Pero ya sabes que cada vez que hay algo gordo, el primer barrio que visitan es este.

—¡Magnífico sitio este para esconderse entonces! —dijo Alonso.

Ignorándolo, Manolo continuó diciendo: —A la entrada he puesto el carro, subid detrás y esconderos. Menos mal que a estas horas no hay un alma por las calles.

Ángela se apresuró a salir, y el hombre miró a Alonso, y viendo la duda en sus ojos, le dijo:
—*Pue usté vera.*

Y dicho y hecho, salió por la puerta tras la muchacha. Alonso dudó durante unos instantes, sopesando sus posibilidades, pero finalmente, con un bufido de frustración, les siguió fuera. El sol de mediodía calentaba con fuerza a esa hora, por lo que la calle estaba efectivamente desierta, ya que las gentes se habían refugiado del intenso calor en sus casas. En la calle solo había un carro llenó de paja, tirado por un mulo al que comían las moscas. Subido al pescante, Manolo estaba a punto de arrear a la bestia, pero al verlo, le instó:

—¡O sube ya, o me voy!

De debajo de un montón de paja, apareció la cara de Ángela, y sacando una mano, le hizo un gesto para que subiera. Alonso saltó por fin dentro y ella le echó una gran cantidad de paja por encima. Escuchó la voz de ella en un murmullo:

—¡Ahí quieto! No se te ocurra asomar la nariz —, y al instante, el carro comenzó a moverse.

Alonso calculó que llevaba más de dos horas, soportando el bamboleo y el asfixiante calor bajo la paja, cuando, no pudiéndolo soportarlo más, se atrevió a abrir un pequeño agujero para que entrase algo de aire y poder atisbar fuera. Cual no fue su sorpresa cuando vio a Ángela, tranquilamente sentada al lado del conductor, disfrutando del viaje. Con rabia, salió del improvisado refugio para decir:

—¡Qué haces ahí! ¡¿No era importantísimo permanecer ocultos?!

—Y lo era, pero hace ya un buen rato que salimos de la ciudad. El peligro ya pasó— contestó ella, tranquila.

—Podíais haberme avisado —dijo, enfurruñado.

—¡Uy, perdona hijo! — Dijo, intercambiando una sonrisa cómplice con Manolo, y añadió —Pensábamos que te habrías dormido.

Molesto, pero sin querer seguirle el juego, se acomodó sobre la paja, y se sumió en un hosco silencio durante un rato. Ciertamente, ya debían haber dejado atrás las últimas casas de los alrededores de la ciudad, porque a los lados del camino ya solo se veían campos de cultivo y algún que otro caserío disperso. Al fondo, se veía acercarse la pedregosa sierra madrileña. Por fin, preguntó:

—¿Adónde nos dirigimos?

Ella miró a Manolo, y este, encogiéndose de hombros, le dijo:

—Lo va a saber, más antes que después.

—Por ahora, vamos a parar en una venta cerca del Molar, hemos de ver a alguien allí. Ya luego,...dios dirá.

Alonso asintió, sin añadir nada y todos se mantuvieron en silencio. Afortunadamente, se cruzaban con pocos viajeros, y estos no se fijaban apenas en las tres personas subidas en la traqueteante y lenta carreta. Durante el viaje, Ángela no pudo evitar pensar en lo ocurrido. Hasta ahora, con la preocupación de la huida y la excitación, había podido evitarlo, pero ya no pudo por más tiempo impedir que el sentimiento de culpa se arrojara sobre ella como una losa. Nunca antes se había sentido culpable por nada de lo que había hecho. Todas sus fechorías, desde que empezó a hacerlo de niña, estaban plenamente justificadas. Robar solo era su medio de vida, y además, llegó un momento que decidió elegir a sus víctimas solo entre la gente pudientes. Porque, ¿Qué podría suponer para uno de aquellos ricachones que les aligerara un poco el bolsillo?, absolutamente nada más que un pequeño inconveniente, que olvidarían al día siguiente. Pero aquello era distinto. Había acabado con la vida de un hombre. Pude que no fuese ningún santo, pero seguramente tendría familia y amigos que le echarían de menos, un hombre sano y fuerte aún con muchos años de vida por delante, y ella había acabado con todo aquello. Y no sabía si podría vivir con ello.

Esos sombríos pensamientos ocupaban su mente cuando al fin, llegaron a la nombrada venta sin ningún percance y antes de que anocheciera. El lugar, era apenas un caserón de piedra, que se alzaba en las faldas de las montañas que se alzaban imponentes detrás. El edificio, que pedía a gritos un encalado de sus sucias paredes, contaba con unas simples cuadras adosadas detrás, y poco más se veía en kilómetros alrededor, pero el cartel colgado en la entrada dejaba claro que allí se podía encontrar vino y viandas, y por la cantidad de carros y monturas que se podían ver alrededor, parecía concurrida. En cuanto bajaron de la carreta, Alonso se acercó a la muchacha y se anunció:

—Si me alquilan aquí alguna montura, volveré por mí cuenta a la ciudad.

A lo que Ángela respondió, exasperada: —Por mi vete de una vez con viendo fresco. Y de nada. Lo digo porque no nos has agradecido ni una sola vez el haberte salvado el pellejo —y alejándose de él, se acercó al otro hombre, que en aquel momento se estaba ocupando de desjaezar a la exhausta mula, y pasándole el brazo por los hombros, se puso de puntillas y planto un beso en la áspera mejilla—Muchas gracias Manolo, nunca olvidaré lo que has hecho

—No eches cuenta, chiquilla —contesto el hombre, quitándosela de encima, algo sonrojado —, anda que no habrán *sio asin* de veces las que tú nos has *echao* una mano.

— Y ahora, vete ya para casa. Que seguro que la Paquita te está esperando como agua de mayo.

—¡Quia, chiquilla, *acomo* te voy a dejar aquí sola! —contestó el hombre, sorprendido.

—Que no te preocupes, que sabré cuidarme bien sola, tengo conocidos aquí. Vete, que esa

no pega ojo hasta que no te vea *apaeser*.

Después de que el hombre cambiara el animal por otro fresco, alquilado en la misma venta, Ángela terminó de convencerle y con un último abrazo, se subió de nuevo a la carreta, y emprendió el camino de vuelta. La joven entró en el edificio sin dudar en cuanto él se fue. Alonso mientras tanto, había conseguido que le vendieran una montura en las cuabras a cambio de su reloj, única cosa que le quedaba de valor. Aunque no consiguió nada mejor que un viejo jamelgo, ya que el desconfiado empleado no acababa de creer que fuese de oro. Al volver al patio, no encontró ya a nadie allí. Dudando, estuvo a punto de subirse al caballo y partir, pero finalmente, emitiendo un sonido de fastidio, ató la montura en la entrada y abrió la puerta del establecimiento.

Al entrar, tardó unos momentos en localizarla. Para tratarse de un sitio alejado de cualquier población, estaba sorprendentemente concurrido, seguramente por gente de paso, viajeros y arrieros que paraban a echar un trago y meter algo en el cuerpo antes de seguir camino, así que, había bastantes más parroquianos de lo que esperaba, sentados en largas mesas de bancos corridos. En una esquina cercana a la barra, varios de ellos se arremolinaban en un animado grupo. Al acercarse, en seguida vio a Ángela en el centro, que acodada en la barra, mantenía animada charla con la que parecía ser la posadera, mientras los allí congregados se la comían con los ojos. Álvaro se abrió paso entre ellos, molesto, hasta que consiguió acercarse a ella, y escuchar la conversación:

—¿Así que al final el Pedro y la Eugenia se han *arrejuntao* otra vez? —preguntaba la posadera— Mira que la última vez que estuve por allí, ella me dijo que la daba *mu* mala vida y me juro y perjuro que no volvería a mirarle a la cara...—la mujer lanzó una sonora carcajada que hizo temblar sus abundantes carnes—¡Esos dos siempre andan a la gresca! En fin...chiquilla, que bien que *allas vinio*, aquí en este páramo, no puedo hablar nunca con *naide*, na *ma* que rodeada siempre de estos *mascueros*...— dijo, lanzando una mirada despectiva a los hombres que las rodeaban.

—Deberías volver más a menudo por el barrio, tu madre te echa de menos...

—Ya me gustaría, hija ¿Pero, como lo hago? Si este me tiene aquí trabajando de sol a sol... Quien me mandaría a mí casarme...

En ese momento, Alonso se decidió a acercarse, viendo que la conversación no tenía visos de acabar pronto:

—Disculpen señoras —interrumpió—Ángela, solo quería decirte...

La mesonera, mirándole de arriba abajo con admiración, exclamo:

—¿Ángela, pero bueno!¿Dónde tenías escondido a este mozón? ¿Viene contigo?

Ángela, con el ceño fruncido y visiblemente incómoda, respondió: —Ha venido conmigo, sí...pero ya se iba.

—¡Chica, pues si yo tuviese uno *asín*, tan educado y guapo, no lo dejaba escapar! —soltó la mujer, seguido de una gran carcajada.

Ángela, cogiéndole del brazo, se lo llevo con cara de fastidio a un aparte para preguntarle en voz baja— ¿Qué es lo que quieres, no conseguiste el caballo?

—Sí, ya está arreglado. Solo quería asegurarme que estuvieras bien, ¿Cuáles son tus planes, tienes medio de...?

—No te preocupes por mí —interrumpió ella, desabrida—. Ya te he dicho antes que puedes irte.

— Pero... —insistió él—, antes de irme, debo asegurarme que quedas a salvo. Nosotros te metimos en esto y es responsabilidad mía asegurarme...

—Escúchame —le interrumpió de nuevo, en un susurro exasperado—. Las cosas...no han salido como habíais planeado, lo entiendo. Son los riesgos de esta profesión, a veces, las cosas se tuercen. Yo..., os libero del contrato que teníamos, me conformo con lo ganado hasta ahora. No me debéis nada más, ni yo a vosotros. Así que..., aquí se separan nuestros caminos. Vete ahora, vuelve a tu mundo, que ya no tendremos nada que ver tú y yo. No te preocupes, no volveremos a vernos nunca más —dijo, clavándole sus pupilas azules.

Alonso, apretó los dientes, molesto por las palabras de la chica, que parecía ansiosa por librarse de él. Estaba a punto de volverse para irse, arrepentido de haber esperado para hablar con ella, cuando, justo en ese momento, la puerta se abrió y un hombre cubierto de arriba abajo con una capa entró. En cuanto se apartó la capucha, descubriéndose, una extraña corriente recorrió el salón. El bullicio y las conversaciones se detuvieron por un instante, y el ambiente cambió súbitamente. Hasta la mesonera detuvo sus risas para observarle. Era un hombre alto y corpulento, con un pañuelo atado a la cabeza, que sujetaba la espesa y descuidada cabellera oscura, y aunque aquel desaliño no conseguía restar ni un ápice de su oscuro atractivo, transmitía también un aire de agresividad que no pasaba desapercibido. El recién llegado, paseo su mirada por todo el salón, como buscando a alguien, y todos procuraron apartar la suya con premura. Su escrutinio pareció detenerse en cuanto descubrió a Ángela junto a la barra. Se dirigió a grandes zancadas hacia ella, sin dudar. Ella, viéndolo acercarse, estuvo a punto de dar un paso hacia atrás, intimidada por su imponente presencia, aunque finalmente consiguió mantenerse firme. Plantándose ante ella, le habló con una voz áspera y ronca, como si hace tiempo que no hubiese necesitado hablar:

—Me mandan a buscarte. Nos vamos.

Ángela empalideció y lanzó una mirada insegura a su amiga, la posadera, que la miraba compungida. Pero armándose de valor, asintió y contestó:

—Sí, me dijeron que vendrías. Está bien. Cuando quieras.

—Me dijeron que seríais dos ¿Quién es el otro?—dijo el hombre, con la sospecha asomando a su voz.

—Soy yo —respondió Alonso, adelantándose.

Ángela le lanzó una mirada sorprendida, y a punto estuvo de decir algo, pero no se atrevió, no fuera a ser que aquel hombre recelara. Con un imperioso gesto, les indicó que le siguieran, y se dirigió sin perder tiempo a la salida. Dirigiéndole un gesto de despedida a su amiga, la muchacha se apresuró a seguirle. Afuera, el atardecer ya había caído y la escasa luz apenas iluminaba el patio en penumbra. Siguió la oscura sombra del hombre, que se dirigió hacia un gran semental zaino atado a un lado, y le preguntó a Alonso, que en ese momento aparecía por la puerta:

— ¿Ties montura?

Él señaló al triste jamelgo atado no lejos del suyo, y que en aquel momento, ramoneaba las pocas hierbas que conseguía arrancar de entre las losas del patio. Él hombre lo miró despectivo y alzando una ceja, sentenció:

—Esa pobre bestia no podrá llevaros a los dos.

Subiéndose de un ágil salto a su caballo, le hizo un gesto a Ángela para que se acercase. En cuanto ella lo hizo, dubitativa, se inclinó, y sin aparentemente esfuerzo la alzó en volandas, colocándola delante de él en la silla de montar. Ella asustada se agarró con fuerza, pero no se atrevió a protestar, aunque tampoco tuvo tiempo de hacerlo, porque azuzando al brioso caballo, salieron disparados. Alonso no tuvo más remedio que correr hasta su montura, y apresurarse tras ellos, si no quería perderlos. Con dificultad, consiguió que el jamelgo se aviniera a apretar el paso, para poder alcanzarlos. Cuando finalmente lo hizo, preguntó al hombre:

—La noche está a punto de caer. ¿Cómo pretende...?

—La luna pronto iluminará el camino —contestó, seco—. Y conozco los caminos de estas montañas como la palma de mi mano. Deja que tu caballo siga al mío. Si es que puede.

—¿Y su nombre...es...? —preguntó.

—No creo que las presentaciones sean necesarias —dijo, brillando peligrosa su mirada. Pero, sin embargo, contestó luego—. *Pues llámame Luís.*

Sin intercambiar más palabras siguieron cabalgando durante largo rato, hasta que, repentinamente y sin avisar, el caballo del hombre dejó la carretera principal, para girar por un estrecho camino del bosque, que cada vez se volvió más intrincado y empinado, mientras se internaban cada vez más en la montaña. Pronto el camino se convirtió en una senda apenas abierta entre la vegetación, que más parecía un camino abierto por las alimañas que por los hombres. Sin embargo el hombre la seguía sin dudar y con paso seguro. Alonso mientras apenas conseguía que su cansada montura mantuviese el ritmo por lo escarpado y duro de la ruta, hasta que, finalmente, en un recodo, creyó haberlos perdido. Maldiciendo por lo bajo, aguzo vista y oído, esperando percibir por donde habrían seguido. Había decidido unirse a ellos en la taberna siguiendo un impulso. Algo le había impedido separarse de la muchacha, y él procuraba achacárselo a su sentido de la responsabilidad. No estaba bien, por mucho que ella lo pretendiese, dejarla en aquellas circunstancias, a merced de un desconocido con trazas de ser un maleante, un bandolero o algo peor.

Habían llegado a una zona alta de la montaña, los árboles hacía rato que habían dejado paso a los matorrales, y solo las grandes peñas de granito que abundaban en aquella sierra bloqueaban un tanto la vista, por lo que bajo la brillante luz de la luna alcanzaba a ver a muchos metros alrededor, y sin embargo no había rastro de ellos. Era muy extraño que hubiese desaparecido sin más, a no ser que se hubiesen ocultado. Empezó a inquietarse, pensando si el misterioso hombre no habría querido perderle a propósito, cuando un grito le hizo detenerse en seco:

—¡Quien va!

La ronca voz rompió alta y clara en la quietud de la noche. Alonso, miró a todos lados

intentando descubrir al dueño de esa voz, cuando, en lo alto de la roca a la que en aquel momento se acercaba, descubrió el cañón de un arma que asomaba apuntándole. Sobresaltado, se dio cuenta de la idiotez que había cometido, adentrándose sin ningún tipo de protección y totalmente desarmado en una sierra famosa por ser refugio de delincuentes y asaltantes. Se irguió en la silla, intentando atisbar algo más, y pensando si podría intentar que el caballo girara grupas en el poco espacio que tenía en la senda entre las rocas, para emprender carrera montaña abajo, cuando otra voz se escuchó:

—¡Dejadle pasar! Es el que he traído conmigo.

De detrás de la peña, la inconfundible e imponente silueta del hombre que les había guiado hasta allí se hizo visible, y con un gesto, le instó a seguirle, antes de volver a desaparecer. Intranquilo, pero sin ninguna otra opción, hizo que su montura rodease la peña. Allí le esperaba el hombre, que le indicó:

—Será mejor que dejes aquí el caballo. Ya vendrán a recogerlo.

Desmontando, ató las riendas en una rama. Miró alrededor, pero no vio a nadie más. Estaba a punto de preguntar por Ángela, cuando apartando unas ramas, el hombre desaparecía en la espesura, y él, tuvo que apresurarse a seguirlo. Cruzaron el pequeño bosquecillo, tras el cual, unas grandes rocas parecían bloquear el camino, pero él trepó por ellas, así que le siguió de nuevo. Pronto, al alcanzar la cima de la más grande, se encontró en una pequeña explanada, rodeado de otros hombres, que sentados en círculo, se apiñaban alrededor de una pequeña hoguera para intentar calentarse del relente de la noche. Al verle, los individuos echaron mano de las armas que tenían a su alcance, pero Luís una vez más, les tranquilizó:

—Viene conmigo.

Los hombres, todos de malas trazas, soltaron las armas, pero no le quitaron ojo de encima. Alonso, acercándose a su guía, le preguntó, con la preocupación asomando a su voz:

—¿Y Ángela?

—¿La palomita? No te inquietes galán, que te la traje sana y salva. Allí la tienes —dijo señalando una profunda oquedad que se abría en la roca, formando una especie de cueva. A su sombra atisbó a la muchacha, que, sentada en el suelo y con la cabeza gacha, parecía descansar. Al oírle acercarse, levantó la vista, asustada, pero pareció relajarse al reconocerle. Quizás fue la luna, que traviesa, confundió sus sentidos, pero hasta le pareció que sonreía al verle. Él se sentó a su lado y a ella no pareció importarle, es más, le pareció que se arrimaba un tanto, y él pensó, que quizás, había valido la pena seguirles hasta allí.

Capítulo XIII

Alonso despertó con los músculos ateridos, tanto por la mala postura en la que había dormido, apoyado en la roca, como por el frío del amanecer, que se había instalado en sus huesos. Lo primero que comprobó al abrir los ojos es que Ángela ya no se encontraba a su lado. Alrededor suyo, todo era actividad. Casi todos los hombres parecían ya haber comenzado el día, algunos se afanaban en la hoguera, calentando algo que echarse al cuerpo, mientras otros, desmereándose aún, recogían las mantas que les habían servido de cama. Levantándose, anduvo entre ellos hasta finalmente dio con la muchacha. La vio subiendo por la peña, acarreado trabajosamente un cubo lleno de agua, con escaso éxito, pues este derramaba la mayoría de su contenido. Se acercó a ella, e intentando atrapar el pesado recipiente al pasar, le dijo:

—Buenos días, ¿puedo ayudarte? —se ofreció.

Ella le miró mal encarada, tanto que él pensó que se lo tiraría encima, pero al final debió pensarlo mejor, porque sin mediar palabra, se lo tendió de mala manera y cuando él lo tomó, se adelantó a grandes y decididas zancadas. Él la siguió, aunque pensando que seguramente una vez más, seguirla no le llevaría a nada bueno. Al poco, llegaron hasta una de las hogueras del campamento, donde Luis charlaba y reía con algunos de sus compañeros. Ella se plantó en frente suyo, e interrumpiéndoles, le anunció, airada:

—Ahí tienes tu agua —dijo señalando el cubo que en ese momento Alonso dejaba en el suelo—. Que bien falta te hace, y a toda esta panda de andrajosos —añadió, señalando a los hombres del grupo que le acompañaba, y provocando sus protestas y algún que otro improperio. Pero ignorándolos, continuó—. Pero una cosa te digo, no he venido hasta aquí para ser la criada de nadie, ¿me oyes?

Todos callaron ante estas palabras, que sonaban a desafío. Luis, que era sin duda el jefe de aquella banda de maleantes, la observó de arriba abajo con mirada severa. Alonso temiéndose lo peor, avanzó para interponerse entre ellos, pero ella le detuvo con un gesto, y mirando al hombre a los ojos, alzó la barbilla desafiante, reafirmando en sus palabras. El tenso silencio fue roto finalmente por la ronca carcajada del hombretón, que pronto corearon sus compinches.

—Pues sí que tiene malas pulgas, la niña —dijo, palmeándose las piernas, y provocando más risas. Y dirigiéndose a Alonso, e ignorándola a ella, añadió—. Es un rato bonita la gachí, no te lo niego, hasta había *pensao* en levantártela, pero ¿una mujer *asín*? No la quiero ni *regalá*. *Pa* ti *pa* siempre, a ver si consigues bajarle esos humos.

Las risas siguieron un rato más, mientras que a Ángela, parecía que le saliera humo por las orejas. Pero de repente, el hombre detuvo el jolgorio con un solo y seco gesto, y cambiando el semblante, dirigió estas palabras a la muchacha:

—*Pos* *mu* bien, ósea que la señoritinga no *quie* ni cocinar ni limpiar, será que es *mu* fina *pa* esos menesteres y *pa* saber cuál es su lugar. *Pos* aquí *naide* vive de balde. ¿*U* *sus* *habiais* *pensao* que ibais a vivir aquí de la sopa boba? Y ese —dijo señalando a Alonso—, no *tie* mucha pinta de poder ganarse el jornal de los dos. Mira, me han *pedio* que os tenga aquí un tiempo, y *ma* *paecio* *bien*, porque le debía un favor a tu amigo el *Sastre* de hace tiempo, pero aquí *tos* tienen que

ganarse el pan, ¿estamos?

Ángela, poniendo los brazos en jarras, le contestó:

—Desde que no levantaba más de dos palmos del suelo que nadie se ha tenido que ganar el jornal por mí, y menos, este—dijo señalando a Alonso—. Para mañana traeré algo para echar al puchero, no te preocupes.

Y con un revuelo de faldas se alejó de allí.

—Habrased visto... —comentó el Luís, meneando la cabeza, mientras se levantaba, ajustándose el cinturón —¡Tú! —Grito, dirigiéndose a Alonso —. Tú no te librarás tan fácilmente. *Pué* que tenga debilidad por las caras bonitas, pero la tuya no me gusta una *miajá*. *Asín* que, ya estas subiendo al pollino ese que has traído, que te vienes con nosotros. Y sanseacabó.

Quizás esperaba resistencia por su parte, pero Alonso se limitó a asentir circunspecto, sabiendo que solo buscaba reivindicarse ante sus hombres, y cualquier cosa que dijese podría empeorar la situación. Así que el jefe no tuvo más remedio que dirigirse a donde estaban las caballerías refunfuñando, seguido al instante del resto de los hombres.

Mucho después, cuando la tarde ya estaba dando paso a la noche, volvieron. Ángela hacía rato que estaba esperando, inquieta. Sentada ante una pequeña fogata que había conseguido prender por sí misma, después de algo de esfuerzo, preparaba un guiso en un pequeño cazo. Cuando vio acercarse los caballos y los hombres desmontaron y se acercaron al campamento, se limitó a ignorarlos, siguiendo a lo suyo. Observó que todos traían el rostro serio y parecían cansados. Ni rastro de las risas de aquella mañana. El Luís, tras arrojar las riendas de su montura a Alonso, trepo hasta la roca y se dejó caer sobre las mantas de su improvisada tienda, con el gesto sombrío. Ángela cogió un hatillo que tenía a su lado, y se le acercó.

—Me equivoco o no ha sido un buen día—le dijo. Él se limitó a mirarla, con los ojos echando chispas. Ella, sabiendo que estaba abusando de su suerte, se apresuró a proseguir —. A mí no me ha ido del todo mal — y arrojando el hatillo a los pies del hombre, este se abrió, mostrando las frutas y otros alimentos que contenía —. Al menos, podréis cenar algo. Hoy por ti, mañana por mí ¿verdad?

El hombre, no dijo palabra, pero se adelantó para echar mano a una manzana, que mordió antes de hacer un gesto de asentimiento. Ella, satisfecha por ahora, se fue, dejando allí su oferta de paz. Al volver a su hoguera, vio a Alonso que subía el último al campamento. Se veía que le habían asignado el estatus más bajo dentro del grupo, y le habían dejado a cargo de las bestias. La cara del hombre y sus sucias ropas transmitía el cansancio que traía. Pasó a su lado sin siquiera dirigirle la palabra, y ella le observó ir hasta el mismo lugar donde habían pasado la noche anterior, dejándose caer allí y apoyándose contra la roca, con gesto hastiado.

Aquella mañana cuando todos se habían ido, ella quedó de pie en la atalaya de la roca, observando cómo se alejaban hasta que el último caballo desapareció entre los árboles. Entonces, se había dejado caer en el polvoriento suelo del solitario campamento, sin saber qué hacer. Se dio cuenta, mirando a las copas de los altos árboles que se alzaban a su alrededor, en medio de la inmensidad de aquel bosque, que una chica de ciudad como ella estaba allí totalmente fuera lugar. Ahora se arrepentía de las airadas palabras que le había dirigido a Luís, ¿Cómo iba a

arreglárselas? Ni siquiera se veía ningún camino que seguir para poder salir de allí. La noche anterior en medio de la oscuridad, e intimidada por aquel hombre que la llevaba asida en su montura, no había podido distinguir bien como habían llegado. Inquieta, pensó que si se aventuraba fuera del campamento, se perdería en aquellas montañas sin remedio. Pero al seguir observando a su alrededor, se fijó en unas formaciones rocosas cercanas, grandes y de formas caprichosas que se alzaban cerca de allí. Eso le dio una idea. Seguramente si se movía sin perderlas de vista, podría alejarse bastantes metros, pero con la seguridad de poder volver al campamento si lo necesitaba. Aquello le dio el suficiente valor como para bajar de la roca. Estuvo un rato deambulando, mirando constantemente a las peculiares rocas para orientarse, y así fue moviendo por los alrededores. Y tuvo mucha suerte, porque no mucho tiempo después, dio con un pequeño sendero, que semioculto se abría paso entre la vegetación. Decidida, se puso a seguirlo. Al poco, el estrecho sendero desembocó en un camino pedregoso y aquello la convenció de que llegaría a algún lugar si lo seguía. Estuvo andando toda la mañana, y cuando ya pensaba que debería volver con las manos vacías, vio a lo lejos una columna de humo, que no podía proceder de otro lugar que de un sitio habitado. Al poco, efectivamente, fue a dar con una pequeña aldea. Con sigilo, se internó entre las casas. De nuevo, fue afortunada, porque no era mucha la gente que había por allí, apenas vio unos chiquillos que jugaban en las pocas calles que formaban el pequeño pueblo y alguna mujer, que iba y venía, ocupada en sus faenas. El resto de la gente, sobre todo los hombres, debían estar ocupados en el campo a aquellas horas, porque no se cruzó con nadie más. De un huerto, cogió algunas verduras, y de otro, algunas patatas de un montón ya recogidas. Y de una casa, que tenía la puerta abierta, no pudo resistirse, y cogió una hogaza de pan de encima de la mesa, que parecía estar esperándola. Cuando ya se iba, dio con un gran manzano, del que cogió muchas hermosas manzanas. Con aquel botín se alejó de la aldea, con el corazón contento. Puede que no fuese mucho, porque no había querido abusar de aquellas humildes gentes llevándose demasiado, pero sería suficiente como para demostrar que ella no era una boca inútil que alimentar.

Ángela cortó una gruesa rebanada de la hogaza del pan que había afanado esa mañana, y que había procurado mantener oculta del resto, y la usó para servir encima un cazo del guiso que había hecho. Acercándose hasta donde se había sentado Alonso, se lo tendió.

—Come. Seguro que no has probado bocado en todo el día.

El joven la miró, desconfiado de su amabilidad, pero, hambriento como estaba, no pudo resistirse a aquel manjar y sin decir nada, se limitó a cogerlo y comenzó a engullir el alimento. Ella se sentó a su lado, y preguntó:

—¿Dónde habéis estado todo el día? No parece que vengan muy contestos.

Él no pareció muy ansioso por contestar. Primero, acabó hasta la última miga, y después, buscó una rama en el suelo, para con gesto hastiado, intentar limpiar la inmundicia que llevaba pegada a las botas. Finalmente, arrojando la rama, contestó, huraño:

—No hemos hecho más que dar vueltas por los caminos de esta maldita sierra, arriba y abajo. No sé con qué objeto, porque no se han dignado a compartir sus planes conmigo, pero supongo que buscaban algún desgraciado caminante al que asaltar. Afortunadamente, no hemos dado con nadie.

—Pero algún día lo harán. Tendrás que estar preparado —sentenció ella.

El hombre la miró, y muy serio, contestó.

— Si se llega a dar esa circunstancia, por supuesto que no voy a ayudar a estos maleantes. Así me vaya la vida en ello. Antes he conseguido trabar unas palabras con nuestro amigo Luis. Al insinuarle que tenía previsto irme en unos días, me lo ha prohibido. Dice que tenemos una deuda con él, por haberse puesto en peligro por nosotros, al ocultar a unos prófugos de la justicia, y que debemos compensarle por ello, ¿qué sabes tú de eso?

Ella se molestó al saber que él planeaba irse tan pronto. Aunque no lo admitiese, se había sentido muy aliviada cuando él había decidido finalmente acompañarla. Se habría sentido mucho más vulnerable allí sin él. Le contestó, desabrida:

—Saber no sé gran cosa, pero me suponía algo así. No esperarás que esta gente haga nada por nadie, si no es a cambio de algo.

—Pues estamos apañados. Por si nouviésemos suficientes problemas.

—Nadie te pidió que vinieras. Yo no tenía otra alternativa—dijo ella, a la defensiva.

—Lo sé —tras una pausa, en la que él la observó de reojo, pareció meditar y se avino a decirle —. Disculpa, no estoy diciendo que nada haya sido culpa tuya. No puedo culpar a nadie más que a mí mismo de que la situación haya llegado a esto, pero las circunstancias se precipitaron y...De hecho, tienes razón en lo que me dijiste, y supongo que debería darte las gracias. Tu solo has intentado ayudarme.

Ella le observó, sorprendida de sus inesperadas palabras. No creía que el estirado señorito fuese nunca capaz de pronunciar algo parecido a una disculpa. Él le dirigió una mueca divertida, como si pudiese adivinar sus pensamientos.

—Al fin y al cabo, estamos en esto juntos ¿cierto? Así que vamos a intentar llevarnos bien a partir de ahora, ¿qué te parece? ¿Hacemos las paces?

Le tendió la mano, y al cogerla ella, se la apretó, tal y como hacen los caballeros al llegar a un acuerdo. A ella le gustó aquello, y claudicó:

—Está bien. Supongo que nos va a ir mejor a los dos si unimos fuerzas.

—Claro —contestó él —. Y ahora si no te importa, voy a dormir. Estoy agotado. Y gracias por la cena, estaba deliciosa — Y dirigiéndole una amplia sonrisa, se tapó con una manta y se ovilló en el suelo a su lado. Ella se quedó allí mirándole, pensando que era la primera vez que él le sonreía. Dado el efecto que había tenido sobre ella, sería mejor que no lo hiciese a menudo. No sabía que pensar de su nueva actitud, lo que si sabía es que era mucho más fácil para ella no dejarse llevar por sus sentimientos cuando pensaba que él era un insufrible cantamañanas.

Un poco más lejos, se escuchó el sonido de una guitarra. Los demás, que parecían haber mejorado algo su humor tras comer los alimentos que ella les había llevado, y ahora estaban sentados de tertulia alrededor del fuego. Ángela estuvo un rato observando la lejana luz de las hogueras, meditando. Después, tomando una determinación, se levantó, y se acercó hasta donde Luis estaba sentado.

Nada más amanecer, Alonso había bajado hasta el riachuelo que discurría bajo la peña para asearse como buenamente pudo. Puede que los demás se sintiesen cómodos con la capa de suciedad que les cubría, pero él intentaría mantenerse en unas mínimas condiciones de higiene. Cuando acabó, volvió a ponerse la camisa y al volverse para marcharse, casi se dio bruces con Ángela, que esperaba de pie al lado del regato.

—¡Ángela! —Exclamó sorprendido —, ¿desde cuando llevas aquí?

—Acabo de llegar —dijo ella rápidamente, aunque sus ojos brillaban divertidos y un ligero rubor tiñó sus mejillas. Él la miró ladeando la cabeza, intrigado por su reacción, pero no podía perder el tiempo con la muchacha, y esquivándola, se apresuró a subir la roca. Sin embargo, las palabras de Ángela le detuvieron en seco.

—¿Dónde vas con tanta prisa? No te molestes — advirtió ella —, si ya se han ido.

—¿Cómo? ¿Qué se han ido? —Se volvió hacia ella, extrañado de que el jefe de la banda le hubiese permitido zafarse de acompañarles.

—Sí, le dije al Luis que te iba a necesitar y que te dejara aquí —dijo ella, aparentando indiferencia. Él la observó, suspicaz.

—Y, ¿es que ahora él hace lo que le ordenas? —preguntó.

—Claro que no. Pero no es tonto. Le expliqué que te necesitaba para que me lleves a caballo hasta algún sitio habitado. No puedo volver a la aldea a la que fui ayer, aparte de que está demasiado cerca y podrían descubrir nuestro escondite, es un sitio demasiado humilde como para encontrar algo de verdadero valor. Para que no mandase a otro, le convencí de que trabajamos juntos, y de que te necesitaba a ti y solo a ti —. Ante su mirada de estupor, ella continuó, turbada —Bueno, no sé de qué te extrañas tanto. Ayer me dijiste que, si hoy encontraban alguna víctima que asaltar, no colaborarías con ellos, y si te niegas a cumplir sus órdenes, a saber lo que te harían.

Él se quedó mirándola, indeciso, sin saber interpretar sus intenciones. Ella, suponiendo por donde iban sus pensamientos, añadió, sin querer que él pensara que realmente se preocupaba por él:

—Ayer llegamos a un pacto ¿no?, dijimos que nos ayudaríamos mutuamente. Bien, pues yo estoy cumpliendo mi parte. Más te vale cumplir también cuando te toque.

—¿Y es que no puedes ir tu sola, acaso no puedes montar ni siquiera un caballo dócil como el mío?

—La otra noche fue la primera que me subí a un caballo —ante su mirada sorprendida, ella añadió—¿Qué pasa? Soy una chica de ciudad.

Él sonrió, ya más tranquilo. Tuviese el motivo que fuera, parece que la muchacha realmente pretendía echarle una mano, así que dijo: —Creo que es la primera vez que te oigo admitir que no puedes hacer algo. Está bien señorita, pues te llevaré donde deseas. Solo tienes que pedirlo.

—Gracias—. Y dejando un trozo de jabón que traía en una roca, dijo: —Pero antes, si no te importa, me gustaría lavarme antes de que nos vayamos.

Él continuo donde estaba, y sonriéndose, se cruzó de brazos, contestó: —¿No me puedo quedar ahora yo también a mirar?

Ella volvió a sonrojarse, y él hubiese seguido un poco más con la broma, sino fuese porque ella se agachó a recoger del suelo una piedra de considerables dimensiones, que a punto estuvo de alcanzarle a pesar de la rapidez con la que subió la roca.

Pronto se reunió con él en el campamento, donde él ya tenía preparada la montura, y en seguida se pusieron en marcha. Ya con ambos montados en el caballo, atravesando la senda del bosque al tranquilo paso del jamelgo, Alonso iba repasando las palabras de la muchacha. Era cierto que la chica necesitaba a alguien que la llevase, pero, ella había insistido para que fuese él. Pensaba que ella apenas le aguantaba. Y luego estaba el episodio de aquella mañana, en el que casi seguro, ella le había estado espiando mientras se lavaba. No es que a él le importara lo que ella pensase de él, claro, pero era bastante intrigante y no sabía que pensar.

Estos eran sus pensamientos, mientras observaba a la chica sentada ante él. Sus cabellos dorados, brillantes bajo la luz del sol, le hacían cosquillas en la barbilla y de vez en cuando, ella no podía evitar que su espalda reposase unos instantes sobre su torso. Entonces él podía oler el aroma a flores que desprendía, y cuando su mirada finalmente se dirigió hacia la suave piel de su escote, a apenas a unos centímetros de él, tuvo que esforzarse en apartarla..

—¿Hacemos un descanso? —anunció, turbado. Necesitaba unos instantes lejos de ella.

—¿Ya? —preguntó ella —. Pero si apenas hemos salido aún del bosque. El pueblo al que vamos debe quedar aún bastante lejos.

—Lamentablemente este caballo va a necesitar que paremos a menudo. Llevarnos a ambos supone un gran esfuerzo.

—Pobre bestia. Está bien, siendo así.

Deteniendo a la montura, él bajo de un salto, y se volvió para ayudarle a ella a desmontar. Cuando lo hizo, ella se dejó caer un instante en sus brazos, y dejó que sus cuerpos se rozasen. Él la apartó rápidamente, pero no lo suficiente como para que ella no hubiese podido comprobar lo que sospechaba. Con una sonrisita satisfecha que se cuidó que él no viera, se dirigió hasta la sombra de una gran encina cercana y se sentó en el suelo. Estaba disfrutando con la situación, desde hacía un rato, había comenzado a sospechar lo que ocurría, y sorprendentemente, en vez de molestarle, se había alegrado enormemente de constatar que él la deseaba. A pesar de lo ocurrido aquella noche ya lejana en la biblioteca, ella había llegado a convencerse de que él no se sentía atraído por ella. Pero ahora algo había cambiado definitivamente, y una tensión diferente flotaba entre ellos. Le observó mientras ataba el animal en una rama, y recordó cómo le había visto semidesnudo aquella mañana en el río. Sintió una honda excitación, que no recordaba haber experimentado jamás. Él, ajeno a todo esto, se sentó a su lado.

—Y ¿dónde nos dirigimos, si puedo preguntar? —dijo, en un intento de apartar su mente de la intensa sensación de tener a Ángela entre sus brazos.

—Anoche, cuando hablamos, Luis me dio una buena información. No lejos de aquí hay un pueblo bastante grande que celebra hoy sus fiestas. Habrá mercado y mucha gente de celebración. Eso hace que sea un lugar perfecto para ejercer mi profesión.

—Dirás, “nuestra” profesión —dijo Alonso, y lanzo una carcajada—. Nunca pensé que me vería en una como esta. Tendrás que enseñarme alguno de tus trucos.

Ella sonrió a su vez, contagiada de su risa, y le preguntó: —¿No ira contra tus principios?

—Bueno, estamos en una situación de necesidad. Desde luego, eso no justifica el asaltar a nadie a punta de pistola, y atentar contra su vida, pero..., supongo que nadie muere por perder unos duros en un descuido.

—Bien, me alegro que lo veas así, por una vez, ves la vida desde mi lado. Pero no sé..., no sé si valdrás para el puesto —dijo ella, siguiendo la broma.

—Vas a tener que probarme —le dijo él, serio de repente y con una mirada que la atravesó, haciendo que el vello de sus brazos se erizase, y ella se preguntó si aún hablaban de lo mismo.

—¿No deberíamos irnos ya? —dijo incómoda, la situación estaba rápidamente escapando de su control y se levantó precipitadamente, huyendo de esos ojos.

El resto del camino transcurrió tenso para Ángela, plenamente consciente del cuerpo de Alonso tras ella, transmitiéndole su calor, sintiendo su aliento en el cuello y con sus fuertes brazos alrededor de su cintura, sujetando las riendas. Estaba empezando a asustarse de la intensidad de los sentimientos que la atravesaban. Tanto, que se alegró lo increíble cuando por fin tras una loma, vieron el grupo de casas de piedra que formaban el pueblo, inconfundible por la música que ya llegaba hasta sus oídos, y que no dejaba lugar a dudas de que era el que buscaban.

Al adentrarse en las empedradas calles tras desmontar, se cruzaron con varias personas y las siguieron hasta dar con el lugar de la celebración, una gran plaza porticada, donde se habían montado puestos de venta de todo tipo de comestibles y enseres, y donde se concentraba numerosas personas. En la escalinata de la cercana iglesia, un conjunto de guitarras y panderetas, tocaba una animada música.

—Pues sí que está lleno esto, hemos tenido suerte —dijo Ángela—. Vamos a dar una vuelta. Lo primero es ver lo que podemos encontrar.

—Tú mandas.

Durante una hora aproximadamente, se dedicaron a pasear entre los puestos, simulando interesarse por los artículos, pero realmente, observando a la concurrencia. Hasta que en un determinado momento, Ángela dijo:

—Mira, ve a ese puesto de navajas, y ponte al lado de ese hombre, el gordo del chaleco de terciopelo, ¿le ves?

—Perfectamente. Desde luego, ese parece que tiene cuartos.

Alonso se acercó hasta donde decía, y comenzó a hablar con el dueño del puesto, preguntando los precios de lo expuesto y simulando interesarse por una de las navajas, empezó a regatear. Mientras, Ángela se colocó a su lado, como simulando esperarle. Al cabo de unos minutos, dijo:

—Cariño, ¿has terminado ya? Me gustaría ir a ver el puesto de sabanas, nos harían falta otro par.

—Claro cielo. Bueno, tal vez vuelva después —se disculpó con el tendero, devolviendo la navaja a su sitio.

—Vaya, vaya hombre, a una mujer tan guapa como la suya hay que tenerla contenta —dijo el hombre, con una sonrisa.

Alonso, le dedicó una amplia sonrisa a su vez y despidiéndose, cogió a Ángela de la mano, y la guio entre los puestos. Ella le siguió con el corazón acelerado, preguntándose un tanto inquieta porque le había gustado tanto que creyesen que era su mujer.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó él al oído.

Ella no supo por un instante ni a que se refería, hasta que cayó en la cuenta: —¡Ah! Todo bien, tengo su cartera, y creo que va bien llena.

—¡Genial! Vales tu peso en oro —le susurró él, haciéndole cosquillas en la oreja. Ella sonrió como una tonta. De verdad, que no sabía que le pasaba, pero se sentía como en una nube. Pasaron otra hora más en el mercado, y se hicieron fácilmente con otro par de carteras, hasta que Ángela dijo:

—Creo que es mejor que lo dejemos por hoy. El sitio está demasiado caliente.

—¿Caliente? —preguntó él sin entender.

—Sí, se dice eso cuando se ha trabajado mucho en un lugar, y hay que dejarlo antes de que alguien se dé cuenta.

—Ah, claro. Muy inteligente —dijo él, sonriente.

Ella le observaba embobada, pensó que parecía otra persona. Un hombre relajado y feliz, de sonrisa encantadora en su hermoso rostro tostado por el sol, vestido con ropa sencilla, y que no se parecía en nada al señorito elegante y envarado que ella había conocido. Este le gustaba mucho más. Este, podía hacer que una chica perdiera la cabeza.

—Pues ahora que hemos acabado de trabajar, podemos tomarnos un descanso ¿no crees? ¿Tienes hambre?

Fueron hasta un lado de la plaza, donde en un puesto improvisado, vendían chorizos a la brasa y asaban otros manjares cuyo olor hizo que su boca se hiciese agua, y recordase que no había comido aún nada en todo el día. En seguida, él se abrió paso entre el gentío, y en un periquete volvió con un plato lleno y una botella de vino. Ella propuso acercarse hasta una explanada de verde hierba en la que ya otros almorzaban, y sentándose en el suelo, disfrutaron en alegre camaradería de las viandas. Cuando acabaron, Ángela estaba pensando si deberían irse ya, aunque lo estaba pasando tan bien, que no quería irse por nada del mundo. Miró a Alonso, que se había tendido en la hierba y deseo con todas sus fuerzas tenderse junto a él, pero no consiguió reunir el valor necesario.

De repente, la orquesta se acercó hasta allí y uno de los hombres entonó una tonada con una potente y hermosa voz. Alonso, incorporándose se puso a escuchar y ambos se miraron, sonriendo. Unas cuantas parejas, se animaron entonces a bailar, improvisando una pista de baile en la pradera. El joven levantándose, se inclinó ante la muchacha, y con voz seria, preguntó:

—Señorita, ¿me haría el honor de concederme la siguiente pieza? —aunque sus ojos chispeantes, desmintieran la seriedad de su tono.

Ella tomó su mano, y él la alzó de la yerba. En cuanto las yemas de sus dedos se rozaron, y ella sintió su brazo enlazando su cintura, el mundo a su alrededor se desdibujó, y ya solo existieron ellos dos. Alonso no recordaba haber vivido nunca un día como aquel. Se preguntó si aquello era ser feliz, y si entonces, lo había sido alguna vez hasta entonces. Sentir el cuerpo de Ángela entre sus brazos y mirar su cara, parecía lo máximo a lo que se podía aspirar en esta vida.

El viaje de vuelta, cuando ya no les quedo ninguna excusa para alargar más su estancia en el pueblo, fue muy diferente al de ida. Ella se sentó en la montura de lado para poder mirarle y apoyándose en su torso, ambos viajaron charlando todo el camino, sin apresurar el tranquilo paso del animal. En cierto momento, la conversación giró en torno a los primeros días de conocerse, y Ángela se atrevió a reprocharle su altanera actitud hacia ella:

—En cambio, Fernando siempre fue un encanto. Él siempre me animaba en mis progresos.

—No creas que yo no noté el trabajo que hiciste. Independientemente de lo ocurrido al final, sé que tu esfuerzo fue notable. Lograste una gran transformación, casi diría que te convertiste en otra.

—No por mucho tiempo, mírame ahora —contestó ella con una sonrisa.

—Incluso ahora. Quizás ni tú lo notas, pero...se nota en tu forma de hablar, sobre todo. Ya no te expresas de la forma burda como antes.

Ella se tensó, ligeramente molesta por sus palabras.

—No te equivoques. Puede que haya cambiado mi manera de hablar. Es cierto que, incluso ahora, sigo esforzándome por hablar correctamente, creo que todo lo que he aprendido es algo valioso y quiero conservarlo —quedó pensativa por un momento, y luego continuó, mientras él la escuchaba atento—. La verdad, siempre me ha avergonzado el no haber podido estudiar. Nunca pisé una escuela, mis padres murieron antes de que tuviera la oportunidad. Pero mi madre llegó a enseñarme las primeras letras antes de... Ella era una mujer de cierta cultura, ¿sabéis? No se mucho, pero creo que su familia debía ser de posibles, y ella pudo ir a la escuela. Claro, que no quisieron saber nada más de ella cuando se casó con mi padre, un pobre minero. Recuerdo verla aprovechando para leer en cada rato que tuviera libre, aunque no eran muchos. Gracias a eso, después no me costó tanto aprender a leer y escribir, porque casi tuve que aprender yo sola, con algo de ayuda del viejo y en fin... Pero, —dijo mirándole a los ojos, muy seria—, aunque hable algo mejor, y me ponga un vestido bonito, ten claro que yo sigo siendo la misma. Y nunca cambiaré lo que soy —le advirtió.

—No estoy diciendo que debas cambiar nada de ti —contestó él—. Puede que pienses que te trataba de esa forma porque pensaba que pertenecías a una clase inferior o algo parecido. Nada más lejos de la verdad. Ya te expliqué que de hecho, he dedicado mi vida a luchar por eliminar las desigualdades sociales, ósea que sería una estupidez y una hipocresía si me considerará mejor que tu o cualquier otro solo por haber nacido donde lo hice. Yo creo en la igualdad de todos los hombres.

Ella le miró, sin estar convencida del todo, y preguntó:

—¿Y cómo es que un señorito bien como tu ha decidido eso? ¿Lo leíste en un libro quizás? ¿Fue por impresionar a tus amigos? ¿Aburrimiento quizás? —le pinchó.

Él sonrió, ante sus burlas: —Lo cierto es que no siempre fue así, claro. Cuando era joven, era exactamente como tú te imaginas. Un jovencito despreocupado, solo pensando en pasarlo bien, y simplemente, nunca me paré a pensar porque otros no podían permitirse la misma vida que yo. No me lo planteaba siquiera. Hasta que algo ocurrió. Mi padre, que en paz descansa, decidió que debía sentar la cabeza. Para ello me buscó una novia de su gusto y me dio un ultimátum, o me casaba o me desheredaba. Como puedes imaginar, me rebelé y me negué en redondo.

—¿Tan fea era la novia? —preguntó Ángela. Él se rio y contestó:

—Nunca lo supe, ni siquiera llegué a conocerla. Supongo que mi padre solo pretendía darme una lección, pero yo siempre fui muy orgulloso, así que me fui de casa. No quise acudir a ninguno de mis amigos, y pronto se me acabó el poco dinero que había reunido. Tuve por lo tanto que buscarme un trabajo. Trabajé en todo tipo de sitios, desde descargando barcos en el puerto, hasta limpiando pescado en el mercado, también de albañil. Aprendí mucho en esos días. Pero sobre todo, me di cuenta de las injusticias que se cometían por parte de los patrones, con trabajadores explotados con salarios de miseria, que a la mínima queja eran puestos de patitas en la calle, sin más explicaciones. No había ninguna protección si se tenía algún accidente, o si se ponían enfermos. Y aunque en ese momento yo estuviese pasando también por lo mismo, en el fondo sabía que en cualquier momento, podría volver con mi familia, o al menos, con el tiempo acceder a un trabajo mejor. Pero mis compañeros no. Ellos dependían únicamente de la fuerza de sus brazos para dar de comer a sus familias. Y sin embargo, jamás conocí gente más alegre ni más solidaria. Me acogieron como a uno más, aunque intuían que yo no era de los suyos. Curiosamente, la mayoría se resignaba a su suerte. Pero, había algunos entre ellos, que tenían otras ideas. Ideas de que había que luchar contra esas injusticias. Como me contaste que tu padre hacía. Allí es donde empecé a pensar que se debían cambiar las cosas, hacer algo para cambiar la injusta situación de estas gentes. Y sí, empecé a leer libros y a interesarme por estos movimientos.

—Pero, finalmente volviste con los tuyos.

—Bueno, mi padre murió, y mi madre me pidió que volviera. Y además porque entendí, que ayudado por mi posición en la sociedad, podría hacer mucho más. Encontré a otros que piensan como yo. Juntos, estamos intentando cambiar las cosas. Como en la operación por la cual te contratamos. No debes sentir lo que le ocurrió a Villalta. Aparte de otras muchas cosas, era un empresario dueño de muchos negocios y fábricas famosas por la alta tasa de mortalidad de sus trabajadores, obligados a trabajar en condiciones infrahumanas. Llevamos años intentando que se cerraran sus negocios.

—Pero, la gente necesita trabajar. No les ayudas cerrando los lugares donde encuentran trabajo, por malo que sea.

—Villalta se enriquecía a base de tener a sus trabajadores explotados, los demás negocios, no podían competir con él por ello. Cerrando sus fábricas, otros, con mejores condiciones laborales, podrían hacerse con el mercado ¿lo entiendes? Intentamos litigar contra él, buscando maneras legales de acabar con él, pero no había manera, estaba demasiado bien relacionado y siempre acababa ganando. Las cartas que te pedimos que sustrajeras eran una prueba. Algo que

necesitábamos para poder acabar con él. En realidad, si lo pensamos bien, tal y como acabó todo, nos ahorró trabajo.

—Pero, yo no soy ninguna asesina.

—Nosotros tampoco, ya te digo, se nos fue de las manos. Solo digo, que...no vamos a llorar por él.

Después de esto, un silencio se instaló entre ellos, durante un rato. Hasta que Ángela dijo:

—Todo esto está muy bien. Pero no me has explicado porque me tratabas como lo hacías.

Él se rio y contestó: —No lo he hecho ¿cierto? Bueno, es que yo tampoco me lo explico. Supongo que simplemente...Me gustabas. Simplemente. Me gustabas desde el primer día que te vi. Pero como no podía tenerte, tratarte de esa forma despótica era la mejor forma de mantenerte alejada de mí.

—Pues se te daba la mar de bien —dijo ella, aparentando sentirse ofendida, aunque un calorcito se había instalado en su interior al oír su confesión.

—Bueno, es que me sentía muy frustrado. Cada vez que estabas cerca, solo podía pensar en hacer esto —Y atrayéndola con la mano que no sujetaba las riendas, posó repentinamente sus labios en los suyos. El beso fue tan intenso como el que ambos recordaban, pero libres ya de desconfianza y temores, se tiñó de una ternura que no había tenido el primero. Siguieron intercambiando besos y sonrisas, hasta que, cuando llegaron hasta la misma encina en la que habían parado esa mañana, ella propuso:

—Paremos aquí.

Él desmontó, y esta vez, cuando la ayudo a bajar, ella se inclinó para besarle de nuevo, y con todo su cuerpo en contacto, sintieron como el deseo les recorría. Ella se separó solo un momento para, tomándole de la mano, llevarle bajo las gruesas ramas del árbol, que formaba un acogedor refugio a la luz del atardecer. Se tumbó sobre la mullida hierba y le atrajo de nueva hasta ella. Él introdujo sus manos entre sus largos cabellos, hasta conseguir deshacer su larga trenza por completo, disfrutando del suave tacto, y luego, comenzó a besarla de nuevo. Sus manos comenzaron a explorarse mutuamente y el deseo creció hasta que él tuvo que susurrar, con voz ronca:

—Ángela..., debemos parar.

—Oh, no. No debemos—. Y le levantó la camisa, para poder introducir sus manos y acariciarle el pecho.

—¿Estas segura? —preguntó el, de nuevo, con la voz entrecortada.

Ella, como toda respuesta, se llevó las manos a su propia blusa, para desabrocharla también, hasta que sus pechos quedaron al descubierto. El la acarició, delicadamente al principio, hasta que ella gimió dulcemente, y entonces ambos dejaron de pensar más que en perderse en el cuerpo del otro.

Cuando aquella noche por fin llegaron al campamento, Ángela sintió como si despertase de un sueño y tuviesen que volver a la dura realidad. Él la ayudó a bajar, y en su mirada leyó lo

mismo, una especie de despedida agridulce. En cuanto les vieron subir por la peña, Luís les llamó, y en su voz se dejaba traslucir su enfado.

—Ya pensaba que habíais huido —gruñó—. Estábamos con idea de salir a buscaros en cuanto rayase el sol.

—Pues ya ves que no —contestó Alonso—El pueblo estaba bastante lejos, y no viajábamos en la montura más rápida.

—Además, nos costó mucho conseguir reunir un buen botín —añadió ella.

Al escucharla, él les hizo un gesto y se los llevó a un aparte, lejos de la curiosidad de los demás.

—Ya, ya. Dejaros de palabrerías y enséñame que me has traído.

Ella extrajo la primera cartera que habían conseguido de entre sus faldas, y se la entregó.

—No había tanta gente como me prometiste, y la que había, todos unos paletos pobretones. Aun así, no puedes quejarte, al final di con el único que tenía el bolsillo lleno.

El hombre, procurando que nadie más lo viese, abrió la cartera y contó los billetes que contenía. Visiblemente satisfecho, se la introdujo en la chaqueta, antes de despedirles con un gesto.

—Ir a que os den algo de cenar.

Aquella noche, Ángela tomó una decisión y colocó sus mantas junto a las de Alonso. Al verlo, él preguntó:

—¿No te preocupa lo que puedan pensar?

—¿Estos? Desde el principio ya daban por hecho que éramos amantes. Y de todas formas, crees que me va a importar lo que una panda de desarrapados puedan pensar —él sonrió, algo sorprendido, aunque no esperaba menos de ella. Estaba aprendiendo que Ángela no era mujer que se dejase llevar por convencionalismos. No volvieron a hacer el amor, pero dormir abrazados ya fue suficiente.

A la mañana siguiente al despertar, Ángela se encontró con más de una sonrisa socarrona, pero ella se limitó a ignorarlos. Alonso por su parte, tuvo que escuchar más de una chanza soez, hasta que tras protagonizar un par de altercados, con resultado de una nariz rota y diversas contusiones, los demás se convencieron de que era mejor no mentar a Ángela delante del “señorito”, como ya todos lo llamaban. Ella, sin saber nada de todo esto, se había ido a hablar con Luis, y lo encontró desayunando unos huevos fritos.

—¿Quieres? —la invitó él, al verla aparecer.

Ella pensó que aquello era una muestra de su nuevo estatus en la banda. Significaba que el hombre estaba contento con ellos, y como además unos huevos no era algo que se pudiese rechazar, cogió un plato y se sirvió uno de la sartén. Al poco, ella le dijo:

—Bueno, creo que ayer te demostramos que somos capaces de ganarnos la vida. Y de ganárnosla bien, además. No puedes negarlo.

—Pues no ha estado mal, pero a lo mejor haya sido suerte, y *na* más.

—Venga, tú sabes que no lo es. ¿O crees que el viejo no me ha enseñado bien el oficio? Pero...claro, no pensamos estar pagándote eternamente. No te creas, te agradecemos que nos hayáis aceptado aquí, pero como comprenderás, esto es algo temporal. En cuanto las cosas se calmen, queremos poder volver a casa.

El hombre la escuchaba, mientras rebañaba con gula los huevos. Y de repente, dijo:

—Un mes.

—¿Un mes?

—Un mes y ni un día menos. Tú y tu amorcito trabajareis para mí durante un mes, tiempo suficiente para que los polizontes piensen que habéis desaparecido del mapa, y suficiente para que consigáis reunir la cantidad con la que pagarme. ¿Estamos?

Ella lo pensó bien antes de contestar. Un mes más era mucho tiempo de vivir allí como salvajes, pero, recordando el día de anterior, pensó que quizás no estaría tan mal, así que aceptó.

—Deberías haberme consultado antes de decidirlo —dijo Alonso molesto, cuando ella le buscó después para contárselo.

—Tenía que aprovechar el momento, el Luís estaba de buen humor después de que le diésemos las ganancias de ayer. Puede que en otro momento, no se hubiese avenido a razones tan fácilmente.

—No me gusta que tomen decisiones por mí —insistió él.

Ella se molestó, porque pensaba que el debería alegrarse.

—Pues nada. Lárgate con viento fresco, que ya lo alegraré yo con el Luís. Llama a tus amiguitos revolucionarios y que vengan a buscarte. Aunque yo no los veo por aquí ¿verdad? Por aquí solo me veo a mí tratando de salvarte el culo. Otra vez.

Él sonrió ante su arranque, y cogiéndola de la cintura, la atrajo hacia él, aunque ella se resistió, enfadada.

—Está bien, si es lo que quieres, nos quedaremos aquí un mes más. No es que el alojamiento sea el mejor, pero supongo que encontraré algo en lo que entretenerme —dijo, besándola en los labios.

Pronto se estableció una rutina. Por las mañanas, visitaban algún pueblo o ciudad cercana, procurando no repetir a menudo en el mismo lugar, y robaban lo justo para tener a Luis contento, y un poco más, que Ángela insistía en quedarse, “por lo que pudiera pasar”. Las tardes las solían pasar dando un paseo a caballo, y deteniéndose en cualquier paraje hermoso donde pudiesen estar juntos, sin ganas de volver al campamento. Aunque al jefe de la banda no le gustaba esto. Siempre que les veía aparecer, nunca antes del atardecer, les advertía que pasaban demasiado tiempo fuera:

—Os olvidáis de que sois fugitivos. Os estáis arriesgando demasiado, cuanto más tiempo paséis por ahí, antes tendréis algún mal encontronazo.

Alonso entendía la sensatez de sus palabras, pero cuando el momento llegaba, Ángela siempre le convencía para quedarse un rato más. Y es que ella disfrutaba cuando estaban juntos a

solas, sin el resto de los hombres de la banda alrededor. Entonces podía hacerse a la idea de que eran una joven matrimonio, como cualquier otro. Y eso que la relación con los otros miembros de la banda había mejorado mucho. Ya no les veía como al principio, como unos peligrosos maleantes. Ahora, a fuerza de compartir la hoguera del campamento cada noche, los conocía a todos por el nombre, y poco a poco, había ido conociendo la historia de cada uno, y comenzado a apreciarles.

Como la historia de Honorio, que antes de echarse al monte, había sido un honrado agricultor, casado y con hijos, de un pequeño pueblo de Segovia. Hasta que una noche, después de tomarse unos vinos en la taberna, había tenido una palabra más alta que otra con un vecino por unas lindes mal dispuestas, y en un momento de exaltación le había golpeado, con tan mala suerte, que el hombre al caer, se había desnucado. Puede que en algo influyera la fuerte corpulencia del hombretón, pero Ángela quedó muy sorprendida al enterarse aquello, porque pocas veces había conocido ella a un hombre más tranquilo y bonachón. De aquello hacía ya diez años, puesto que era junto al Luís, el miembro más antiguo de la banda. Al parecer, de vez en cuando, volvía a escondidas en mitad de la noche a su aldea, para visitar a su mujer y llevarle las ganancias que podían, y para hacerle otro hijo. Ya llevaban siete, al parecer. Pronto conoció la historia de todos y cada uno, con excepción de la del Luís, ya que al parecer, nadie la conocía y los pocos que se habían atrevido a preguntar, no habían querido repetir. Y el Honorio, que seguramente la conociera, no quería soltar prenda.

Los días volaban y el mes ya pronto cumpliría. Aunque Ángela procuraba no pensar en ello y concentrarse en disfrutar los preciosos momentos que compartía con Alonso, ya que sabía que cuando toda aquella extraña aventura acabase, deberían separarse. Ambos pertenecían a mundos diferentes, eran como el agua y el aceite. Aquellos tristes pensamientos rondaban sus pensamientos cuando aquella tarde Alonso le propuso volver ya al campamento:

—Aún es temprano—le contestó—Aún nos da tiempo a ir a la verbena de Torrelodones. Me han dicho que hay baile esta tarde, ¿Por qué no vamos? —él la miró, consternado,—. Por favor, solo un ratito. Te prometo que estaremos de vuelta antes de que anochezca —le suplicó con una sonrisa melosa, echándole los brazos al cuello para besarle.

Llevaban un rato bailando, disfrutando del jolgorio de la animada fiesta cuando Alonso propuso ir a por un poco de horchata para refrescarse, ya que había sido un día caluroso. Pero estaba tardando tanto que Ángela se cansó de esperar y fue a buscarle al puesto que los vendía a la entrada del pueblo. Tuvo que apartar a la gente que llenaba el lugar, y pronto se dio cuenta de porque. Todos se habían parado a mirar como una pareja de guardias civiles esposaban a un hombre. A Ángela casi se le detuvo el corazón cuando vio que era Alonso al que se llevaban detenido.

Su primer impulso fue acercarse a ellos, pero se detuvo en seco ante la mirada de advertencia del joven. Él también la había visto, y sus ojos le suplicaban que no se acercase. Así fue como tuvo que contemplar impotente como se lo llevaban de malas maneras y lo introducían en un carruaje cerrado, que salió rápidamente.

—¿Qué es lo que ha hecho ese hombre? —preguntó la muchacha a uno de los curiosos que observaban la escena junto a ella.

—Pues yo no he visto que hiciese nada, le han pedido la documentación y cuando él no se la ha dado, se lo han llevado detenido. Quien sabe, puede que le estuviesen buscando.

—¿Y dónde se lo llevan?

—¿Pues dónde va a ser chiquilla? Seguramente se lo llevaran al cuartelillo de Villalba.

Ángela fue corriendo donde habían dejado su caballo y esta vez, no tuvo contemplaciones con Bucéfalo, como le había bautizado Alvaro, y procuró azuzarle para que apretase el paso lo más posible. Afortunadamente, estos días había aprendido como sostenerse y llevar al caballo, pero al poco, este tenía la boca cubierta de espuma blanca. Lo sentía por el pobre animal, pero debía llegar lo antes posible al campamento.

—Maldita sea tu estampa, niña —maldijo Luís, cuando le contó lo acaecido. Andáis por ahí como un par de avutardas en celo, y al final ha pasado lo que tenía que pasar. Os advertí que tuvieses cuidado.

Ángela le miró contrita, pero insistió: —Está bien, tenías razón, mil veces te pediré perdón, pero después. Ahora, ¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué qué vamos a hacer? ¿Nosotros? —dijo el hombre, sorprendido.

—Algo podremos hacer, porque...—las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas de la muchacha— ¿Y si le acusan de asesinato? Eso es pena de muerte, ¿no lo entiendes! —la muchacha, desesperada, cayó al suelo, derrotada.

Luís miró al Honorio, que se encontraba a su lado, y este asintió: —Y...¿dices que se lo han llevado a Villalba? —preguntó.

La chica levantó el lloroso rostro, esperanzada —Eso me han dicho.

Esperaron a que fuese noche cerrada. Solo fueron ellos tres, el jefe de la banda, Honorio y Ángela, dejando al resto durmiendo. Antes de salir, Luís le dijo a la muchacha:

—No se lo vamos a contar a nadie más. No quiero que nadie de los otros se arriesgue por culpa de vuestra mala cabeza. Honorio se viene porque es un cabezota y te ha tomado simpatía, pero...—Ante la sonrisa agradecida de la chica, advirtió: —Pero, solo vamos a echar un vistazo ¿eh?, no te hagas ilusiones.

Llegaron hasta el pueblo en solo una hora, y dejando los caballos en las afueras, se apresuraron por las callejuelas sin iluminar procurando pasar desapercibidos. Los hombres sabían bien donde se hallaba el cuartelillo, y hacía allí dirigieron sus pasos. La sencilla construcción, se encontraba en una plazuela, y no muy distinta de las viviendas que la rodeaban, con la excepción de la bandera en el umbral y de que por sus ventanas aún salía luz a pesar de lo tardía de la hora. Eligieron un oscuro corral, cuya vencida puerta se abrió sin dificultad, y desde allí se dedicaron a vigilarla, pero durante un largo rato, no sé apreció ningún movimiento.

—Esperad aquí —ordenó Luís.

El hombre cruzó la plaza en ágiles pasos, y una vez llegó hasta el edificio, de un salto se asió de la balconada que existía en la fachada y se alzó con la sola ayuda de sus brazos. Una vez allí, se asomó con precaución por la ventana. Estuvo allí un tiempo que a Ángela se le antojó

larguísimo, pero finalmente le vieron moverse, desandando el camino y pronto estuvo a su lado. En susurros les dijo:

—Parece que estamos de suerte. No parecen ser una gran guarnición. Solo he visto a dos guardias dormitando y a otro de guardia. Pero...

—¿Lo has visto?¿Has visto a Alonso? —preguntó Ángela, ansiosa.

—No, no lo he visto. Seguramente lo tendrán abajo, en el calabozo, con otros dos guardias.

Honorio preguntó: —¿Tú crees que se lo llevarán mañana?

—Pues, apostaría que se lo llevarán para Madrid. Aquí no lo pueden tener, y seguramente querrán interrogarle allí.

Ambos hombres se sentaron en el suelo, arrebujándose en sus capas para protegerse del relente nocturno. Ángela hizo lo mismo, y esperó el siguiente movimiento, pero cuando escucho un ronquido proferido por Honorio, preguntó exasperada:

—Pero, ¿es que no vamos a hacer nada más?

—Esperar —respondió el jefe—Y callar.

Ángela se esforzó por hacer lo que le decían, aunque al contrario que sus compañeros no consiguió dormir, manteniendo en todo momento su mirada fija en el edificio. Por ello, cuando ya rayando el alba, la puerta se abrió con un chasquido, fue la primera en advertirlo, despertando a sus compañeros con un empujón y un susurro excitado:

—¡Ya salen!

Todos observaron como uno de los guardias salía, y tuvieron que esperar un poco más, para ver como volvía trayendo el mismo carruaje cerrado en el que ayer se habían llevado a Alonso.

—Parece que se están preparando para moverlo —dijo Luís.

—Sí, creo que está más como el agua —contestó el otro hombre.

—Venga pues.

Ambos se pusieron en movimiento entonces, arrastrando a la muchacha, que tuvo que esforzarse para que no la dejasen atrás, cuando en plena carrera por las empedradas calles del aún desierto pueblo se dirigieron donde habían dejado los caballos. Afortunadamente, antes de salir había tenido la idea de cambiar sus ropas por unas de hombre que pertenecían a Álvaro. Le quedaban grandes pero aun así, eran mucho más cómodas a la hora de montar y correr que sus largas faldas. Mientras saltaba sobre su montura, tuvo el fugaz pensamiento de que los usaría más a menudo. Salieron, y esta vez, en lugar del camino que llevaba montaña arriba, cogieron la ancha calzada que se dirigía a la capital. Sin detener el paso, Honorio preguntó a gritos a Luís:

—¿El puente entonces?

—¡Sí! —contestó el otro—Con la última torrentera está en mal estado, es el único lugar donde tendremos una oportunidad.

A partir de allí no dijeron nada más, y azuzaron a las monturas para recorrer el camino lo

más rápidamente posible. Afortunadamente, le habían prestado a la muchacha otra montura más rápida que el pobre Bucéfalo, que se lanzó al galope sin dificultad siguiendo a los demás. Asustada, se agarró a las crines del animal y apretó las piernas, tal y como Alonso le había enseñado, y rezó para no caerse, mientras este volaba sobre la calzada siguiendo a los demás. A pesar de que no tenía muy claro que se proponían los hombres, no pensaba retrasarlos.

No tardaron demasiado en llegar al lugar que buscaban. Detuvieron las monturas al llegar a un paraje por donde discurría un riachuelo. El desnivel era salvado por un puente, pero este se encontraba en considerables malas condiciones. Bajaron de las monturas, y lo cruzaron despacio, procurando que ni ellos ni los caballos pisaran en los lugares donde la madera rota dejaba ver el precipicio que se abría bajo sus pies.

Una vez al otro lado, dejaron las monturas ocultas tras unas rocas. Después, subidos a un terraplén elevado, desde donde se veía perfectamente el camino y el puente, se tumbaron a esperar. En ese tiempo, Luis les aleccionó exactamente con lo que debían hacer cuando el carruaje de los guardias llegase.

Este no se hizo esperar. En poco tiempo le vieron, avanzando rápidamente por el camino. Aparte del guardia que conducía el carruaje, otro le acompañaba en el pescante con un fusil y otro más, les seguía a caballo. Tal y como esperaban, antes de llegar al puente, el carruaje se detuvo. El hombre en el pescante se bajó, al igual que el que montaba el caballo, y entre ambos, iban indicándole al que conducía como ir maniobrando para pasar por el puente el pesado carruaje. Mientras, los tres observaban esta operación desde el terraplén, con una Ángela consumida por la impaciencia, esperando la señal del jefe de los bandoleros para que todo comenzara, a este no se le movía un músculo. Por fin, cuando el carruaje estuvo justo en medio del puente, y todos estaban concentrados en el paso del carruaje, el jefe de los bandoleros hizo la señal, antes de deslizarse por el terraplén para llegar hasta el camino. Honorio y Ángela, ambos con el rostro tapado con un pañuelo, se pusieron en pie. Todo ello, pasó inadvertido para los guardias, que aún seguían ocupados en el puente, hasta que Luís grito, ya muy cerca suyo, grito:

—¡Las manos en alto, YA!

El guardia más cercano se volvió para encontrarse con el cañón del bandolero apuntándole a escasos metros, y empalideció de pronto, retrocediendo un pasos. Su mirada se dirigió entonces hacia su montura, donde había quedado su arma. El hombre en el pescante, sin soltar las riendas con una mano, llevó la otra hacia la suya, pero se detuvo al oír a Luís decir con voz amenazante y controlada:

—Yo no lo haría, a no ser que quieras ver un agujero en la cara de este. Eso si llegas a cogerla antes de que uno de mis compañeros te lo abra a ti.

En efecto, tanto Honorio como Ángela les apuntaban desde su posición privilegiada, aunque en el caso de la muchacha, casi era mero teatro, pues dudaba poder acertar con la pesada pistola que Luís le había dado, eso si quiera podía disparar el arma.

—Ahora, tírame las llaves —el soldado aún dudó un instante, pero cuando oyó como Luís montaba el arma, se las lanzó a los pies.

Sin perder el tiempo, para no dar ocasión de recuperarse de la sorpresa a los soldados, Luís

se dirigió hasta la portezuela del carruaje y la abrió, para, un segundo después, tener que saltar a un lado, mientras sonaba una fuerte detonación. Alguien había disparado contra él desde el interior. El bandolero desapareció de un salto en el interior del vehículo, y un instante después, un hombre se precipitó al exterior, y tropezando en los travesaños de madera, cayó con un largo grito puente abajo. Abajo quedó, sumergido apenas en la poca corriente, pero gritando con fuerza mientras se sostenía una pierna, que parecía rota con toda seguridad.

—¡No mováis un músculo si no queréis acabar todos de cabeza en el río! —advirtió Honorio al resto, con su atronadora voz, irguiéndose en su desproporcionada altura. Y ninguno se atrevió a hacerlo. Cuando en ese momento, Luís salió del interior del carruaje, ayudando a un esposado Alonso a bajar, el rifle tembló ligeramente en las manos de la muchacha. Entre los dos, obligaron a los soldados a entrar en el carruaje, y volvieron a cerrarlo. Finalmente, montando ambos en el caballo del soldado, salieron a galope tendido. Honorio y Ángela se apresuraron a montar en sus monturas para seguirlos.

Estuvieron durante todo el día dando vueltas por la sierra, para confundir su rastro. Finalmente, cuando ya anochecía, llegaron hasta una antigua choza de pastores, en donde Luís les indicó que pasarían la noche. No querían volver a su antiguo campamento de momento, no fuera que los guindillos que andaban seguramente tras su pista pudiesen dar con toda la banda. Por fin, tras bajar de las monturas, y alejarse un tanto de los otros Alonso y Ángela se echaron uno en los brazos del otro. Ella se separó lo justo para observar su magullado rostro y preguntar:

—¿Estas bien? ¿Qué te han hecho?

—Nada, no más que el tratamiento habitual. Creo que se reservaban lo mejor para cuándo me llevasen a Madrid. Pero, ¿qué es lo que has hecho? Habéis aparecido de la nada y... No debiste ponerte en peligro de esa manera...

—¿Ya estamos con lo mismo de siempre? —dijo ella, ceñuda— Te saco las castañas del fuego y vas a empezar otra vez con lo de que tu podías arreglártelas solo y...

Pero él la abrazó de nuevo y la calló con un beso, para luego decir:

—Tienes razón, gracias. No sé cómo te las arreglas siempre para acabar salvándome el pellejo.

A pesar de desear seguir así toda la noche, tuvieron que dejar pronto los arrumacos para entrar en la choza con los demás e intentar descansar un poco. Alonso aprovechó la frugal cena que compartieron antes de acostarse sobre el duro suelo, para agradecer efusivamente a ambos hombres lo que habían hecho, incluso llegó a dar un abrazo a Luis, a pesar de que este pronto se lo saco pronto de encima, incómodo.

Al rayar el amanecer, Ángela se encontraba ya sentada en un poyete fuera de la choza. Tapada con una manta que la protegía del relente, observaba como los hombres charlaban con un pastor que por allí había aparecido. La excitación que había sentido el día anterior durante el asalto y rescate, y que había hecho que la sangre rugiera en sus venas como pocas veces, había sido ahora reemplazada por una opresiva tristeza. La noche anterior, Luís y Alonso habían trazado sus planes. Ambos estaban de acuerdo en que lo mejor sería que Alonso huyera fuera del país. El joven aseguraba que, si conseguía salir de aquella sierra y volver a la civilización, podría

contactar quien le ayudase a viajar al norte y cruzar la frontera con Francia. El bandolero le aseguró que no sería problema.

Ángela supuso que la presencia del pastor allí tendría algo que ver con los planes del bandolero. Comprendió que el final estaba cerca, y sintió el picor de las lágrimas que pugnaban por salir. No por esperada, la separación iba a ser menos dolorosa. Miró el perfil de Alonso, que iluminaba ya la tímida luz del sol, y se permitió rememorar los momentos felices que había vivido aquellas semanas. Como si hubiese leído sus pensamientos, el joven se giró para mirarla, y cuando sus miradas se cruzaron, abandonó el grupo para acercarse a ella. Sin cruzar una palabra ella le abrazó cuando llegó hasta ella, apoyando la cabeza en su pecho, para que no viese las lágrimas que no había podido controlar. No pasaron más que unos minutos, cuando el movimiento de las cabras del pastor y los gritos de este reuniéndolas, hizo que se separaran.

—Luís dice que este hombre es capaz de cruzar la sierra por lugares que nadie más conoce. Me llevará sano y salvo hasta Segovia.

Ella asintió, incapaz de pronunciar palabra. Él la miraba intensamente, con los ojos brillantes, como queriendo decir algo más, pero Luís y Honorio llegaron hasta ellos y el bandolero anunció:

—Debéis iros ya.

Él se inclinó para besarle dulcemente en la sien, y le susurró al oído: —Volveré.

Ella vio alejarse su figura, protegiéndose los ojos del naciente sol, caminando montaña arriba tras el rebaño. Antes de desaparecer tras la última peña, él se giró y levantó un brazo en señal de despedida. Y allí se quedó ella, hasta que dejó de oír el último válido, sabiendo que sería la última vez que lo viera.

Capítulo XIV

Tras tres años luchando por sacar adelante el negocio, Ángela podía estar satisfecha de ser la propietaria de una de las tiendas de moda con fama de estar más a la última de la ciudad. Así se lo acababa de decir una de sus mejores clientas, que a su vez lo había escuchado decir en la tertulia de la marquesa de Osuna, una de las mujeres con más gusto de la capital. Mientras trasteaba en la trastienda, intentando hacer inventario de todo el material que se acumulaba por los desordenados estantes, pensaba que nadie había dado un duro por ella cuando la abrió.

No pudo evitar que sus pensamientos volvieran atrás. Después de todo lo que ocurrió, había sido duro comenzar de nuevo. Cuando Alonso huyó, ya no había nada que la obligase a ella a permanecer oculta en las montañas, ya que al fin y al cabo, nunca había sido buscada oficialmente por las autoridades. Aun así, en un primer momento quedó tan desubicada y confusa, que permaneció unos días junto a Luis y los suyos, hasta que pudiera decidir qué hacer a continuación. Luis se portó muy bien con ella, e incluso intentó convencerla para que aceptase un lugar permanente en la banda y se quedase definitivamente con ellos. Incluso la llevó a conocer su casa. Resulta que el rudo bandolero poseía una bonita hacienda en un pueblo cercano, con una gran y confortable vivienda, ganado y un par de sirvientes que se la cuidaban. Según le contó, había invertido allí sus cuantiosas ganancias, y ya solo pasaba parte del año en la sierra, pasando allí los duros meses del invierno, cuando eran poco los viajeros que se aventuraban por los caminos. Le ofreció quedarse a vivir allí, alegando que no era necesario para ella llevar una vida a la intemperie, sino que allí podría instalarse cómodamente y seguir trabajando para él. Ángela se preguntó si lo que realmente le estaba ofreciendo era un sitio en su banda, o en su cama. Procuró rechazar la oferta con tacto. Luis era un hombre atractivo que no debía estar habituado a ser rechazado por ninguna mujer, y no quería herir su orgullo. Al fin y al cabo, le debía mucho a aquel hombre, pero empezar otra relación sería lo último que haría en ese momento. Él debió entenderlo a la perfección, porque le dijo:

—Bueno, tenía que intentarlo ¿no? Y quizás dentro de algún tiempo, cuando olvides a cierto caballero, se te antoje volver a darte una vuelta por estos andurriales y visitar a los viejos amigos — y sonriendo pícaro le guiñó un ojo, consiguiendo arrancarle una sonrisa.

Pero finalmente, volvió a la ciudad. Y lo primero que hizo fue volver al barrio, porque después de todo lo ocurrido, decidió que ningún malnacido sevillano iba a impedirselo. El primer día que volvió a poner un pie en el edificio donde todo ocurrió, pensó que lo haría temblando, sin embargo, lo hizo con paso firme, llamando a voces a sus vecinos. Pronto los tenían a todos reunidos en el patio, felices de verla y acosándola a preguntas. Resultó que finalmente no tenía de que preocuparse, porque según le contaron, al Sevillano le habían apresado hace tiempo por alguna de sus múltiples fechorías, y hacía apenas una semanas, fue condenado y ejecutado al garrote vil. No iba a negar que aquello fue un alivio.

Fue muy agradable encontrarse con sus antiguas amistades, pero, pasados unos días, se hundió poco a poco en un periodo de apatía y melancolía. Cuando su querida María le preguntaba que le ocurría, ella solo le decía que no se encontraba a gusto, que deseaba cambiar de vida, que ya no deseaba continuar con su vida como ladronzuela, pero nunca había aprendido a hacer otra

cosa. María intentaba animarla, estaba segura que una mujer de recursos como ella pronto encontraría algo diferente a lo que dedicarse. Pero sabía que Ángela solo intentaba disimular. Muy bien sabía ella que eso solo era una pequeña parte de lo que la afligía. Por supuesto, ella le había contado con pelos y señales todo lo ocurrido en esos meses, pero, cuando hablaban de su relación con Alonso, siempre le decía que había sabido desde el principio que lo suyo sería algo temporal, y que pronto le olvidaría. Sin embargo, convencía tan poco a su amiga como a ella misma cuando lo decía.

María nunca había visto a su amiga tan triste, así que se empeñó en ayudarla. Y decidió que necesitaba un cambio de aires, y sobre todo, algo que hacer que distrajera su mente. Resultaba que la chica había conseguido rentabilizar cada peseta del préstamo que su amiga le había hecho. Siguiendo su consejo, había comprado telas de calidad con las que hizo varios vestidos, que luego vendió a buen precio. Con lo que sacó, volvió a hacer más, con lo que ya había conseguido reunir un buen capital. A su vez, a Ángela le había quedado unos buenos ahorros de sus ganancias durante sus correerías en la sierra. Así que, le propuso juntar el dinero de ambas y asociarse para continuar con el negocio. Creía que con el buen gusto y las buenas ideas de Ángela, y la buena maña que ella se daba para plasmarlas, podrían perfectamente poner un negocio por su cuenta. Estaba harta de que otros se quedasen con la mayor parte del fruto de su duro trabajo.

Ángela se dejó convencer y aceptó, pero pasaban los días, y no acababan de hacer nada al respecto, así que María tuvo finalmente que tomar al toro por los cuernos y asumir que debía ser ella la que empujara para que el sueño de ambas saliera adelante. Y decidió que el primer paso sería salir del cuchitril donde vivían. Ninguna mujer decente, por buenos que fueran los trajes que vendían, se adentraría por allí.

Con esto en mente, María se decidió por fin a salir del cuartito donde se escondía del mundo. Sacando fuerzas de donde no sabía que las tenía, arrastró a su amiga por toda la ciudad, viendo casa tras casa hasta que dieran con el sitio adecuado. Debía ser un sitio que sirviera de vivienda para ambas, y donde sus clientas pudieran acudir a tomarse medidas y a hacer sus encargos. Además, ya era hora de que prosperaran un poco y pudieran limpiarse de una vez el barro de los zapatos.

Ángela veía desconocida a la tímida chica, ahora consumida por una energía imparable, que no conocía el desaliento, todo lo contrario a como se sentía ella. Y finalmente, María halló justo lo que quería. Un coqueto pisito de dos habitaciones con balcón a la calle, no en un barrio elegante, pero sí en uno de respetable y con un precio más que razonable. María llegó a un acuerdo con el casero sin pensarlo dos veces, y ya el primer día, en el portal puso una plaquita dorada con el nombre de las dos, donde arriba anunciaba “Taller de costura y Atelier”. La palabra francesa se la había oído a Ángela, y le pareció que sonaba bien y quedaba muy fina. Y así empezaron. Primero solo veían unas pocas de las clientas que ya las conocían de antes, y la chica sufrió viendo como sus ahorros iban mermando, pero debió ser que se fue corriendo la voz, por sus buenos precios y el buen hacer de la chica, y fueron atrayendo nuevas clientas, y María pudo respirar más tranquila. Su felicidad sería completa si no fuera porque Ángela no acababa de levantar cabeza. Es cierto que no paraba en todo el día, ayudándola con las clientas en todo lo que podía, cogiendo medidas o llevando los encargos, y además se hacía cargo de llevar la casa, ya que ella siempre estaba ocupada cosiendo. Pero se veía que lo hacía todo sin ganas, siempre ocupada en mil tareas que hacía sin entusiasmo, y no sabía dónde había quedado su anterior

alegría y empuje.

Así hasta una mañana en que algo inusual ocurrió. María estaba desayunándose, sentada en la mesita delante del balcón, observando el ajetreo de la animada calle donde se levantaba su edificio. Aquel fue otro de los motivos por los que eligió aquella casa, pensando en toda la gente que caminaba por allí y que vería su placa. Aún no podía creérselo del todo. Si hace apenas un año alguien le hubiese dicho que sería capaz de conseguir todo aquello, no le hubiese creído. Se daba cuenta ahora como había dejado que el miedo la paralizara toda su vida. En ese momento, Ángela apareció en la habitación. Ya vestida y peinada, se sentó a su lado tras darle los buenos días, y se quedó mirando por la ventana, con aquella mirada melancólica que solía aparecer en sus ojos.

—¿Café? —le preguntó. Ella asintió, ausente. Procurando darle un poco de charla para sacarla de ese estado, anunció—. Hoy viene una nueva clienta. Me han dicho que es de una muy buena familia. Espero que... —en ese momento sonó el timbre de la puerta— ¡Dios mío, pues sí que llega temprano! ¿Puedes recoger todo esto mientras la recibo?

María, tras abrir y entretener un poco en la entrada a la elegante señora que se encontró en la puerta, la hizo pasar a la salita, donde por fortuna, Ángela ya se había ocupado de despejar la mesa de desayuno. La modista se percató de como la señora observaba disimuladamente la humilde habitación, y esperó que pasara el examen. Había procurado decorar aquella sala donde atendían a las clientas de la mejor manera posible, pero tampoco se habían podido permitir grandes estipendios. Atraer clientas como esta, que podían gastar buenos duros en un vestido, sería muy bueno para el negocio y pasarían a otro nivel. Sin embargo, la mujer no parecía muy satisfecha mientras paseaba su mirada por encima de los humildes muebles, que habían comprado de segunda mano a un trapero.

—Y, bien señora Fernández, ¿qué es lo que tenía en mente? Justo tengo aquí unos figurInés nuevos, que están teniendo mucho éxito y...

—He venido porque me habían dicho que es usted capaz de hacer prendas de calidad a buen precio —dijo, con el escepticismo asomando a su voz.

—Y le han dicho bien. ¿Y dígame, qué es lo que necesitaba?

—Quería...necesito un buen vestido para diario, pero no sé si...

En ese momento, Ángela volvió de la cocina y entró en la salita, dando los buenos días a la señora. La mujer se la quedó mirando en cuanto entró, siguiéndola con la mirada mientras ella se movía por la habitación buscando una libreta y sacaba la cinta de medir del costurero.

—Usted...señorita, yo la conozco, ¿no es así? —preguntó, dudosa.

Ángela la miró, sorprendida —No, no lo creo. ¿No es la primera vez que viene usted?

—La primera. Sin embargo, estoy segura de que...—de repente, sus ojos se agrandaron por la sorpresa —. ¡Es usted la señorita Muñana!

Ángela empalideció y tuvo que dejar la libreta en la mesa, porque las manos empezaron a temblarle.

—¿Es usted! La recuerdo perfectamente, nos conocimos el año pasado en casa de los Montearuña, ¿no lo recuerda?

Ambas muchachas se miraron sin saber que decir, pero finalmente, Ángela reaccionó y respondió: —Disculpe, yo no...no la recuerdo, lo siento—Pensó que sería mejor no negarlo, la mujer ya la había reconocido y no tendría sentido, pero no pensaba decirle nada más. Ni se le había ocurrido pensar que pudiera cruzarse alguna vez con alguien que la hubiese conocido en aquellos días.

—Ah bueno, no se preocupe, aquel día conoció a mucha gente. Pero yo la recuerdo bien, claro que sí, la señorita Muñana..., Verá, una señorita encantadora y guapa, en edad casadera, llama la atención..., y claro, además después...con todo aquello que ocurrió cuando usted desapareció...—la matrona la observaba de arriba abajo, con los ojillos brillantes, como olisqueando un buen cotilleo.

—Sí, claro. Aquello. Fue solo una confusión. Yo solo...volví a mi pueblo.

Un silencio incómodo se instaló entre las tres mujeres, hasta que la señora, al convencerse de que ella no diría nada más, dijo—Ya. Sí, eso es lo que dijeron —aunque no parecía convencida para nada—. Y... ¿ahora vive usted aquí? —dijo, mirando a su alrededor, despectiva.

—Sí —respondió ella, con más seguridad. Pasada la primera sorpresa, empezaron a molestarle las preguntas de aquella entrometida —Sí, ahora vivo aquí —añadió tajante. Bien, ¿puede levantar los brazos? Debo tomarle medidas —y se acercó hasta ella con la cinta métrica, esperando dar el tema por zanjado. Efectivamente, la mujer no volvió a decir nada sobre ello, pero no le quitó ojo de encima en todo el tiempo que estuvo allí, y finalmente, encargó dos trajes. Cuando después lo comentaron, ambas estuvieron de acuerdo en que lo hizo nada más que para poder venir de nuevo a meter las narices.

Después de aquello, Ángela quedó intranquila. No había sido un episodio agradable, y esperaba no tener que volver a ver a nadie que le recordase aquellos días. Se preguntó cuántas posibilidades habría de volver a cruzarse de nuevo con alguna de las personas que había conocido. Decidió que no podían ser muchas. Pertenecían a mundos distintos, y si ella no volvía a frecuentar los barrios y tiendas elegantes, no tendría peligro. Y no pensaba volver a pisarlos. Solo debería tener cuidado cuando viniesen clientas nuevas y no tendría problemas. Pero se equivocaba. Subestimó la capacidad para esparcir una noticia de la señora Fernández. En menos de una semana, recibió una nueva e Inesperada visita.

Fue a media tarde, y dado que estaban esperando que vinieran a recoger un encargo, a Ángela no le extrañó cuando llamarón, y acudió a abrir despreocupadamente. Pero quedó paralizada cuando al abrir la puerta, reconoció al hombre que esperaba en el umbral.

—¡Fernando! —exclamó.

—Buenas tardes Ángela. Perdona que no te haya avisado de mi visita, pero pensé que quizás no me recibirías si así lo hacía —dijo nada más verla, con una sonrisa tímida, casi de disculpa dibujada en su rostro.

Seguramente él tenía razón, pero al tenerlo delante, le alegró tanto verle, que no pudo evitar echarle los brazos al cuello y darle un beso en la mejilla. Realmente, sentía casi como si su primo

hubiese venido a verla.

—No te preocupes— le dijo con voz emocionada, una vez se separaron—, la verdad que me alegra mucho verte ¿Qué tal estas?

Le hizo pasar a la sala, donde María cosía en la mesa camilla, mientras se calentaba del frío del temprano otoño Madrileño, ayudada con un pequeño brasero de picón. Se levantó enseguida al ver entrar al elegante caballero, alisándose la falda y apresurándose a despejar la mesa, llena de retales e hilos, apurada, dijo:

—Buenas tardes caballero, disculpe, enseguida...

—María, tranquila. Tenemos visita, pero no es un cliente. Este es Fernando Muñana, ya te he hablado antes de él.

Después de presentarle a la desconcertada muchacha, que enseguida se retiró a la cocina con una excusa para dejarles hablar tranquilos, Ángela hizo sentarse al joven. En cuanto le tuvo instalado, no pudo evitar preguntarle:

—Pues, supongo que la señora Fernandez ha ido a tu casa corriendo con el cuento, ¿cierto? —preguntó la chica, resignada. Él asintió con una sonrisa y un encogimiento de hombros, y le confirmó:

—La verdad que fue doña Inés la que vino a verme, aunque sí, fue la señora Fernández la que contó a todo el mundo que te había visto. Doña Inés estaba muy excitada al saber que habías vuelto, he tenido que inventarme mil excusas para que no se presentara ella misma aquí. Tiene muchas ganas de verte.

—Pobre mujer. La verdad, no sé qué debió pensar de mí...

—Bueno, yo le conté a ella y a los demás que habías decidido regresar repentinamente al pueblo, por un asunto de familia. Aunque no sé si me creyó del todo. Creo que ella cree que te fuiste por algún asunto sentimental.

—¿Cómo?

—Sí, por lo que me ha insinuado alguna vez, la mujer imagina que te fuiste por alguna clase de amor despechado, o que se yo...La verdad, yo también he dejado que lo creyese. Era más fácil eso que arriesgarse a que descubriese alguna otra cosa. Pero en fin, me alegro de todas formas que te encontrasen, he intentado buscarte muchas veces ¿sabes?, pero nadie sabía o quería darme razón sobre ti.

—Sí, lo siento de verdad, pero prefería que fuera así. Yo...pensaba que dejar que todo esto quede en el pasado lo antes posible sería lo mejor.

—Lo comprendo —dijo muy serio—. Y después de esta visita, respetare tu decisión, si es lo que quieres. Solo quería asegurarme que estuvieras bien. Y por lo que veo, no te van mal las cosas, ¿Has montado un negocio? ¿Una casa de modas?

Ella sonrió, pero aseguró: —Una casa de modas es mucho decir, yo y mi amiga estamos intentando ganarnos la vida como costureras.

—Me parece muy bien. Seguro que conseguís llegar lejos —dijo con una cálida sonrisa que

ella le devolvió, mientras le apretaba el brazo en un gesto amistoso que le recodó los tiempos en los que pasaban las veladas en agradable compañía. Eso le hizo recordar algo:

—Pero, ¡Perdona mis malos modales! Parece que las buenas enseñanzas de doña Inés no consiguieron finalmente calar en mí, porque no te ofrecido no te he ofrecido ni un vaso de agua ¿Quieres un café quizás, solías tomarlo solo, verdad?—dijo la muchacha al tiempo que se levantaba.

—Al contrario, creo que no ha habido alumna más aventajada que tú, ni que haya aprovechado más las lecciones. Pero sí, acepto una taza, gracias.

Cuando Ángela entró en la pequeña cocina, casi se dio de bruces con María, que intentando atisbar lo que ocurría en el salón por la rendija de la puerta.

—Ósea, ¿Qué ese es el famoso Fernando? Pero, ¡Si es guapísimo! ¡Qué alto, dios mío, y tan elegante! —Exclamó la muchacha alterada, en cuanto entró la otra—¿Y Alonso era así de guapo? ¡Porque hija, entonces no me extraña lo tuyo...!

—¡Calla! —la regañó Ángela, en un susurro—¡Te va a oír! —Pero luego, mientras ponía un cazo a calentar, aseguró con una sonrisa— Alonso lo era aún más...

Después de volver al salón con la bandeja y haber dado cuenta del café y las pastas que lo acompañaron, y de haber repasado anécdotas de los días que pasaron juntos, el ambiente se relajó lo suficiente como para que Ángela se atreviese a preguntar lo que su corazón más anhelaba saber:

—Y... ¿has tenido noticias de Alonso? —dijo, intentando que no se notase lo que suponía para ella esa pregunta. Había notado que el joven había procurado no mencionarlo en ningún momento.

Fernando, hasta ese momento locuaz, calló por largos instantes, dudando. —Ángela, yo...Estuve pensando la conveniencia de venir a verte por ese motivo. No debería hablarte de él. Al fin y al cabo, es un prófugo de la justicia y podría darte problemas involucrarte.

—Solo quiero saber si está bien.

Él observó sus ojos, nublados por la emoción, y se decidió a hablar. Ella no le había contado nada aún de lo ocurrido aquellos días, pero él parecía saber algo al respecto, porque dijo:

—De acuerdo, pero solo para que te quedes tranquila. Sí, he sabido que él está bien y a salvo. Y sé, que en gran parte, es gracias a ti. Nunca podré agradeceré suficiente lo que hiciste.

Ella apartó la mirada, desviándola a su regazo, para que el no viera las lágrimas de alivio que empezaron a formarse en sus ojos. Hasta ese momento, no había sido consciente de que durante todo este tiempo, había sido como si hubiese estado conteniendo la respiración, sin saber si le habían capturado, si seguía vivo, o había acabado muerto en cualquier zanja. Vivir en esa incertidumbre la estaba matando.

—¿Consiguió llegar a Francia? —insistió.

Él repitió: —Ángela, de verdad que es mejor que no sepas...

—Fernando, por favor. Necesito saberlo.

—Está bien. Sí, consiguió llegar. Llegó y ha conseguido tener una nueva vida allí, bajo una nueva identidad. Es todo lo que puedo decirte.

Ella soltó un profundo suspiro, medio de alivio, medio de dolor, y solo logró decir finalmente, con voz entrecortada: —Gracias.

El joven caballero solo se quedó un rato más después de eso, despidiéndose finalmente con un cariñoso beso en la mejilla, y diciéndole:

—Adiós primita. Y recuerda, puedes acudir a mí siempre que lo necesites.

Los días tras la visita de Fernando, la muchacha estuvo pensando mucho, meditando en todo lo que le había ocurrido. Lo había pasado muy mal estos últimos meses. Y seguiría haciéndolo, ya que su corazón aún no se había recuperado y quizás nunca lo haría. Se había esforzado por olvidar, obligándose a no pensar en él, pero no había servido de mucho. Pero sobre todo, ahora entendía que era la angustia por no saber que había sido de él, lo que principalmente le había impedido seguir adelante. Al menos ahora, sabía que él había podido empezar una nueva vida, lejos de ella. Y era momento, de que ella lo hiciera también.

Empezó a interesarse más por lo que pasaba a su alrededor. Sobre todo, intentó volcarse en su trabajo. Se suscribió a varias revistas de moda, que revisaba y leía de cabo a rabo, para después plasmar sus propias ideas en figurínés, con los que creó nuevos patrones, que junto a María convirtieron en nuevos vestidos, completamente diferentes a nada de lo que habían hecho hasta entonces. Su amiga notó pronto el cambio, y la nueva ilusión que parecía animarla, y esperanzada, rezó por que su amiga volviera a ser la misma de antes. Y sí, poco a poco, semana a semana, fue levantando cabeza y algo de su antigua alegría empezó a resurgir.

Después de aquella breve visita, Fernando no volvió nunca más. Ángela sabía que seguramente no lo haría más, ya que una relación estrecha entre ambos podría atraer atención innecesaria y ponerles en peligro. Sin embargo, la que si vino a menudo a partir de entonces fue doña Inés. A la buena señora no habría podido impedirle ni todo un ejército que fuera a visitar a su antigua pupila, ahora que sabía dónde encontrarla. Así que una tarde, se presentó a la puerta del pequeño taller, y a partir de entonces, fue una asidua de la casita de las muchachas. Pronto ambas muchachas le habían cogido tanto cariño, que empezaron a considerarla casi como la tía o la abuela que nunca tuvieron. Eso sí, al principio fue difícil lidiar con la curiosa señora, que no se cansaba de intentar averiguar el motivo de la repentina huida de Ángela, acosándola a preguntas, que ella siempre se arreglaba por no contestar. Pero sobre todo, quería saber porque ahora que había vuelto, vivía como una humilde costurera y no como le correspondía. Ella le contestaba que no quería ser una carga para su acaudalado primo, y que, sobre todo, no deseaba casarse.

—Mi primo me acogería con los brazos abiertos, usted lo sabe. Pero no pienso obligarle a cargar conmigo, cuando yo soy muy capaz de valerme por mi misma. Y sobre todo, estoy completamente decidida a no casarme.

La mujer la miraba escandalizada, pero también con una pizca de admiración ante la determinación que demostraba. Por supuesto, intentó convencerla, recordándole todos los pretendientes que se habían quedado con un palmo de narices cuando ella había desaparecido.

—Pero creo que más de uno seguiría interesado si volvieras. Los tenías completamente

embelesados. De verdad chiquilla, con lo que tú vales, es una verdadera lástima...y tú primo, mira que dejar que vivas aquí tu sola...

Pero finalmente, y ante la impermeabilidad de la muchacha a sus intentos, terminó resignándose. Aquella mujer tenía un corazón de oro, y dado que nunca había tenido una familia propia, consideraba a sus pupilos como tales. Y Ángela, era sin lugar a dudas, la que más necesitada de su ayuda, a su entender. Por eso, dado que lamentablemente no podía ayudarla buscándole un buen marido como a ella le hubiese gustado, decidió que al menos podría ayudarla buscándole clientas. Se dedicó a hacer campaña en cada salón al que acudía, cantando las alabanzas del pequeño “atelier”, y pronto, damas de la más alta alcurnia se atrevieron a bajar por esa parte de la ciudad, solo por acercarse hasta allí. En un principio, no se sabía bien si acudieron por curiosidad malsana, por ver por sus propios ojos a la hermosa señorita Muñana, protagonista del sonado escándalo del año pasado, convertida en una humilde costurera. Pero luego, cuando salieron de allí vestidas con hermosas creaciones a la última moda, y encima a un precio ridículo, acudieron en masa.

Tuvieron que contratar a tres costureras que María supervisaba para atender a todos los pedidos. Había días, que tenían tal acumulación de citas, que tenían a las señoras haciendo cola en las escaleras del portal. María estaba totalmente desbordada, aquello le pilló por sorpresa y hubo más de una vez que estuvo a punto de entrar en pánico. Pero no Ángela. Ella tuvo que aprender a lidiar con las preguntas indiscretas y las miraditas de reojo, pero aprendió a ignorarlas y pronto, se fueron cansando, y las que continuaron viniendo, lo hacían por los vestidos. Ella supo digerir el éxito y encauzarlo de la manera adecuada. Empezaron a ser más selectivas y exclusivas a la hora de aceptar encargos. Y los beneficios empezaron a crecer. Primero alquilaron otro piso en una calle más elegante, para utilizarlo exclusivamente como taller. Pero pronto también se les quedó pequeño. Y entonces, dieron el salto al local. Un espacioso establecimiento, en una calle cercana al retiro.

Eso fue hace ya varios años, suficientes como considerarse asentadas. A María al principio le costó adaptarse al cambio. No se sentía del todo cómoda tratando con la elegante nueva clientela, y trataba de ocultarse en la trastienda con sus agujas e hilos, oculta del mundo, como siempre había hecho. Pero Ángela no se lo permitió. Ya no era necesario que se dejase los ojos dando puntadas, para eso tenían un ejército entero de costureras que trabajan para ellas. Ellas eran ahora dueñas de un negocio floreciente, y debían ocuparse de otras tareas más importantes.

Así que prácticamente la obligó a permanecer siempre atendiendo a quien quiera que entrase al establecimiento, y poco a poco, la muchacha fue acostumbrándose. Y menos mal que así lo hizo, de otra forma Miguel, el comerciante de telas que acudía una vez al mes a la tienda a vender su mercancía, nunca hubiese visto a aquella preciosa muchacha detrás del mostrador de la que se quedó prendado. Fue entonces cuando comenzó a pasarse casi cada semana. Al principio María no hacía caso de aquel guapo joven que insistía una y otra vez en invitarla a ir de paseo, o a las barcas del retiro, o la convidarla a tomar una horchata o lo que ella quisiera. Pero ella siempre se negaba. Había tenido algunas experiencias decepcionantes antes, por lo que temía que, en cuanto saliera de detrás del mostrador y él viese su cojera, su ardor romántico se desinflaría como por arte de magia. Pero aun así, no podía evitar que su mirada se desviase a menudo hacía la puerta cuando sabía que se acercaba la hora en la que el muchacho solía venir, ni que sus mejillas se coloreasen cuando él conseguía deslizarse un piropo en la conversación sobre terciopelos y

rasos. Ángela, observaba todo lo que ocurría, y en cuanto el chico salía una vez más de la tienda con un no por respuesta, regañaba a su amiga por no darle una oportunidad. A ella Miguel le parecía un chico formal y trabajador, que parecía realmente interesado en ella, aparte de guapo y simpático. Y además, se notaba que a ella le gustaba ¿Cuál era el problema? Su amiga nunca contestaba, y se iba corriendo a la trastienda, para evitar más preguntas. Pero a pesar de que no contestase, Ángela en realidad sabía bien que ocurría. Así que, cuando un día vislumbró a Miguel acercándose por la calle a través de los cristales del escaparate que estaba decorando, llamó a su amiga y le dijo:

—María, ¿puedes traerme los sombreros de ahí atrás? Todos, por favor. Quiero ver cuál queda mejor.

Miguel entró justo cuando la chica salía de la trastienda, y su leve pero visible cojera resultó del todo evidente mientras cruzaba la tienda portando una alta pila de cajas tambaleantes en sus manos. Él se acercó corriendo para ayudarla, y cuando le retiró las cajas de delante del rostro, y ella pudo ver quien era, perdió el color por un momento. Más el joven no pareció notar lo, y con la misma sonrisa de siempre, empezó con sus requiebros y piropos, que ella como siempre, ignoró de plano. Pero esta vez, dejó que una pequeña sonrisita se formara en su boca, dejando a la vista sus graciosos hoyuelos, que fue lo que definitivamente acabó por quitar el poco sentido que le quedaba al muchacho.

Seis meses después se prometieron, y ahora hacía ya año y medio que se habían casado. Ángela se alegró de no haberse equivocado con él, porque Miguel demostró ser un marido atento y muy enamorado, pero es que además, resultó un hacha para los negocios. En cuanto comenzó a trabajar junto a ellas en la tienda, sus beneficios se multiplicaron. Por supuesto, conseguía las mejores telas y a los mejores precios, y pronto empezó a encargarse de tratar con todos los demás proveedores. Por desgracia, Ángela se había encontrado a menudo con problemas al tratar con ellos, ya que no estaban habituados a ver a una mujer al frente de un negocio, y más de uno le ponía impedimentos o trataba de engañarla. También les enseñó a llevar una contabilidad, que era algo que a ninguna le había preocupado mucho hasta entonces. De hecho, cuando el joven les pidió que le dejaran ver los libros, Ángela le entregó la libreta donde solía garrapatear lo que se gastaban. Eso cuando se acordaba. Respecto a las ganancias, simplemente dejaban que los billetes se acumularan en el cajón, y cuando se llenaba, lo metían en una bolsa y lo llevaban al banco.

—No me explico cómo no habéis quebrado —le dijo un día a Ángela mientras se rascaba la coronilla con el lápiz, mientras intentaba sacar algo con sentido de la montaña de papeles y facturas que se acumulaban en un cajón de la trastienda.

El motivo seguramente era que poseían un floreciente negocio que daba mucho dinero. Ambas chicas pronto se sorprendieron, no ya por no tener que preocuparse por llegar a fin de mes, sino por no saber en qué gastar el dinero. Eran de gustos modestos, ya que toda la vida se habían apañado viviendo con lo mínimo, por lo que el dinero seguía creciendo en el banco. Ángela seguía viviendo aún en el pequeño piso que habían alquilado, de donde María se mudó solo cuando se casó y no veía motivo para irse de allí, aunque seguramente ahora pudiera permitirse algo mejor. De hecho, sin su amiga, la casa le parecía enorme. Afortunadamente, pasaba poco tiempo allí, porque cuando lo hacía, se sentía muy sola, aunque nunca lo admitiría delante de ella, pues ya bastante tenía que escucharla. Desde que María había probado las mieles del matrimonio,

no hacía más que insistirla para que ella también encontrase a su media naranja. Llegó incluso a presentarle a varios jóvenes, amigos de Miguel, y juntos iban a alguna verbena. Eran chicos amables y simpáticos, pero nunca aceptaba una segunda cita, y su amiga la regañaba, diciéndola que se iba a quedar a vestir santos.

—María, cada día te pareces más a doña Inés. Ten cuidado o pronto te saldrá una verruga en la barbilla como a ella, por alcahueta —le decía Ángela cuando se ponía muy pesada.

Ojalá no la insistiera tanto. Estaba bastante satisfecha con su vida, su trabajo y sus amigos. Era cierto que a veces se sentía un poco sola, pero lo malo, es que no era capaz de sentir ningún interés por hombre alguno. Y eso que ya no pensaba en él a diario, como le ocurría antes. De hecho, había semanas que conseguía que apenas cruzara su mente. Eso durante el día. Por las noches era otro cantar. Sentada en la soledad de su casa, no podía evitar que su mente volviera a darle vueltas a donde estaría, si estaría bien, si estaría casado..., entonces se tomaba una tila y se iba a la cama, esperando que el sueño acudiese pronto. A veces lo conseguía. Pero otras veces, en sus días libres cuando no tenía ningún plan con el cual entretenerse, no podía evitar ir hasta algún sitio tranquilo, normalmente un banco en algún parque y se permitía recordar durante un rato los momentos que habían compartido juntos. Puede que le hiciese daño hacerlo, pero al mismo tiempo, hacerlo le permitía seguir adelante.

La campanilla de la puerta sonó cuando se encontraba subida en la escalera, intentando alcanzar las estanterías más altas del almacén. Molesta, se sacó el reloj del bolsillo para consultarlo. Quedaban solo diez minutos para cerrar. Bajó de la escalera y salió de la trastienda limpiándose el polvo de las manos con un trapo, esperando poder ventilar pronto a quien fuese. Se encontró a un caballero en la tienda, examinando el muestrario de bastones que tenían expuestos. Había sido idea de Miguel el comenzar a tener artículos de moda masculina, para diversificar el negocio, y la verdad que no les iba mal. Los hombres además eran mucho más fáciles de complacer y solían comprar sin darle tantas vueltas. Esperaba que ese fuera el caso de este, si quería acabar con el inventario hoy.

—Buenas tardes ¿Puedo ayudarle en algo?

El hombre se giró hacia ella, quitándose el sombrero que aún llevaba puesto y ella cayó redonda al suelo.

Capítulo XV

Abrió los ojos reclinada en el diván que tenían en la trastienda, en la pequeña salita que tenían habilitada como probador para las clientas, mientras Alonso le daba aire con un abanico que habría encontrado quien sabe dónde y la miraba con rostro preocupado. Ella se incorporó bruscamente en cuanto le vio arrodillado a su lado, pero él la retuvo del brazo diciéndole:

—Cuidado, te has dado un buen golpe al caer. No te levantes aún...

—¡Alonso! ¿Se puede saber qué haces aquí?

Él la sonrió y contestó:

—Pues he venido a verte.

—Así, ¿sin más? —dijo ella, sorprendida de que lo dijera como si acabasen de verse ayer mismo.

— ¿Es que no te alegras de verme?

—Yo... —balbuceó abrumada—. ¿Pero es que ya no te buscan?

—Desgraciadamente esa situación aún no ha cambiado. Pero...necesitaba verte.

—¡Dios mío! Espera aquí.

Dejándole en la trastienda, la joven corrió apresuradamente hasta la puerta de la tienda y echó el cierre apresuradamente, al tiempo que colocaba el cartel de cerrado. La cabeza aun le daba vueltas. Menudo susto se había dado. Este hombre estaba mal de la cabeza, presentarse de esa manera, pensaba enfadada, y al mismo tiempo, su corazón latía ligero, como hacía mucho que no lo hacía. Cuando regresó, se lo encontró tranquilamente instalado, sentado en una de las sillas y encendiendo un cigarrillo. Aquello la irritó ligeramente, ¿es que no se daba cuenta del peligro que corría estando allí? Le preguntó, con el ceño fruncido:

—Creía que seguías en Francia, ¿por qué estás aquí?

Él no le contestó en un primer momento, mirándola intensamente con aquella mirada adusta, tal y como solía hacer, recordando a Ángela lo incómoda que se sentía bajo ella. Finalmente él la apartó y dijo con voz baja, dejando ver su enfado:

—¿No te dije que volvería?

Ella tragó saliva, y contestó:

—Sí, lo dijiste. Pero ha pasado mucho tiempo y yo...no creía...que lo pudieras hacer, dadas las circunstancias...

—Pues ya ves que aquí estoy. Cierto, me ha llevado algo de tiempo, comprenderás que no ha sido fácil. Pero yo pensé que...tenía la esperanza de que tú lo comprendieras, que confiarías en que antes o después...—intentó explicarse, confuso. Pero de repente, levantándose, dijo con voz resuelta: —Pero, tienes razón, ha pasado mucho tiempo, demasiado al parecer. Siento haberme presentado de esta forma. Si quieres que me vaya, solo tienes que decirlo —y apagando el

cigarrillo, pareció disponerse a marchar.

—No, no es eso —dijo ella adelantándose y posando una mano en su brazo para detenerle, tocándole por primera vez. Sus miradas se cruzaron y un escalofrío les traspaso a ambos, cambiando la atmosfera al instante, electrificándola. Sin embargo, ella se separó bruscamente, y mirando hacia atrás, en dirección a la acristalada tienda, dijo: —Solo digo que no debería ponerte en peligro.

—No te preocupes por eso ahora. Mírame —dijo acercándose un paso a ella, para colocarse ante ella, mirándola a los ojos como si buscara algo en ellos —. Solo dime si realmente quieres que me quede.

Ella le miró ahora detenidamente. Recorrió su rostro concienzudamente, y lo encontró igual al que tantas veces había recordado, a pesar que parecía una eternidad la última vez que lo había visto. También vio, igual que antes, la esperanza y el amor brillando tras su aparente hosquedad, y sintió como la pared que había vuelto a construir a su alrededor volvía a tambalearse.

—No. No quiero que te vayas Alonso—dijo, dulcificando el tono, aunque volvió a apartarse de él, y se acercó a la mesa para sentarse —. Pero, solo explícame, ¿cómo es que estas aquí?

Él pareció relajarse ostensiblemente tras su respuesta, y se sentó a su vez, contestando:

—He conseguido entrar de incógnito en el país, valiéndome de documentación falsa. Pero solo por unos pocos días, no es seguro que me quede por más tiempo.

Le contó que estaba allí enviado de nuevo con una misión por aquella misteriosa asociación para la que trabajaba, que se había ocupado de hacerle entrar en país.

—Solo he conseguido que me permitieran venir bajo el pretexto de hablar con ciertos contactos que no aceptan hablar con nadie más que conmigo. Me ha costado mucho tiempo de insistencia. Ellos tampoco están de acuerdo en que me ponga en peligro de esta manera, ya que consideran que soy más útil donde estoy. Creo que sospechan mis verdaderos motivos para presentarme voluntario para este trabajo, que me permitiría volver a Madrid—. Como ella seguía mirándole en silencio, añadió: — Llevo casi cuatro años intentándolo Ángela.

Esperaron hasta que ya era noche era cerrada para aventurarse por las calles. A ella no le parecía seguro continuar allí, donde cualquiera podía ver la luz a través del escaparate, así que propuso ir a su casa.

—Si el sereno ve luz a estas horas, seguro que se acercará a ver si todo va bien.

Era una noche desapacible, algo lluviosa, lo que les benefició, ya que no se cruzaron un alma en la calles, y afortunadamente, tampoco se cruzaron con ningún vecino en el portal de su edificio, pero aun así la joven le hizo apresurar el paso y subir las escaleras de dos en dos. Allí todos la conocían y llegar acompañada de un desconocido habría llamado tremendamente su atención. Cuando finalmente entraron en la pequeña vivienda y Ángela encendió la luz y se deshizo del paraguas, abrigo y sombrero, se quedó mirando a Alonso como si viera un fantasma, de repente alucinada de que él estuviese realmente allí, paseándose por su salita. Él, sintiendo su mirada, se volvió hacia ella y le sonrió, despertando en ella un millar de recuerdos, que la agitó definitivamente.

—Tendrás hambre, prepararé algo de cena —dijo nerviosa, y escapó hacia la cocina.

Durante la cena, unos simples huevos fritos con pimientos, ya que poco más tenía en la cocina, se pusieron al día de lo ocurrido en sus vidas en ese tiempo. Resultó que a través de Fernando, él ya se había enterado de bastantes cosas sobre ella.

—Fue toda una suerte que finalmente diera contigo. No sabía qué hacer cuando él me dijo que no te encontraba por ningún sitio. Tomás no se avenía a darnos noticias tuyas, y por lo que nos decían nuestros informantes, hacía tiempo que no se te veía por tu antiguo barrio. No saber nada de ti me tenía en un sin vivir.

—Ya...Me ocurrió lo mismo. Yo también estuve muy preocupada, hasta que Fernando por fin me dijo que lo habías conseguido, que estabas bien. Pero no me contó nada más, ¿qué tal te ha ido?

—Bueno..., no puedo quejarme. Si te digo la verdad, estoy bastante satisfecho. Aunque, ya no puedes meterte conmigo diciendo que soy un señorito de vida fácil. He tenido que trabajar duro para salir adelante. Al principio, no fue fácil, sin un franco en el bolsillo tuve que trabajar de lo que me iba saliendo por los caminos para conseguir subsistir. Pero cuando conseguí llegar a París, la cosa mejoró. Habló bien el idioma, gracias a la tutora francesa que mi madre contrató para cuidarme de niño, cosa que nunca le agradeceré lo suficiente, y que me ayudó a conseguir un trabajo en un periódico. Como copista.

—Me alegro por ti. ¿Y te pagan bien?

—Bueno, al principio no mucho —sonrió, y añadió— La verdad que no me daba apenas más que para pagar un cuartucho plagado de cucarachas. Pero eso fue solo al principio. Hasta que conseguí convencer al dueño para que me diese una oportunidad como redactor. Ahora trabajo como periodista. Y he descubierto que es un trabajo que me apasiona.

Ella le sonrió, y dijo:

—Me alegro mucho que te haya ido bien y que estés contento. Aunque supongo que has tenido que renunciar a muchas cosas.

—Nada que eche de menos. Excepto una —dijo mirándola intensamente a aquellos azules ojos que seguía viendo en sueños, pero solo consiguió que ella se removiese en su asiento, incómoda—. Pero veo que no soy el único que ha conseguido prosperar —añadió, cambiando de tema— ¿Qué ha quedado de aquella jovencita que conocí, que se jactaba de burlarse del orden establecido? Vuelvo y te encuentro convertida en una honrada y respetable empresaria.

Ella sonriendo, suspiró y dijo: — Bueno, supongo que ya tuve suficiente. Y eso que renuncié a una lucrativa carrera como bandolera. Luís me ofreció un puesto junto a él ¿sabes?

A él se le cambió el gesto y dijo: —El muy... ¿Así que ese bastardo te hizo proposiciones en cuanto se libró de mi, eh? Y él, que decía ser mi amigo...

—Y lo era, pero ya sabes, a rey muerto, rey puesto.

—Creo que lo tenía todo planeado desde el principio, y solo por eso accedió a participar en mi rescate, el muy zorro.

—Pues, no te digo que no —ambos rieron. Pero él volvió a ponerse serio para decir:

—Y... ¿Hay alguien en tu vida? Sé que no te has casado, pero quizás a estas alturas ya hayas conocido a alguien. Quizás...

—No —Atajó ella—No hay nadie. Y... ¿Qué hay de ti?

Él no contestó inmediatamente y ella contuvo el aliento. Entonces él se levantó y rodeando la mesa llegó hasta su lado. Tomando su mano, la hizo levantarse, y le susurró al oído.

— Nadie. Nadie después de ti.

Ella pensó que no estaban engañando a nadie, y que aunque lo había intentado, desde hacía ya un rato sabía que esto ocurriría. Así que dejó de resistirse y echándole los brazos al cuello, cerró los ojos, suspirando profundamente cuando al final sintió su boca apropiándose de la suya. Después, tirado de su mano lo atrajo hasta el dormitorio.

Mientras le deshacía la corbata para dejar la piel del pecho al descubierto y acariciar la morena piel, ella no pudo dejar de decir, divertida:

—¿Te das cuenta que está será la primera vez que compartamos una cama de verdad?

Él sonrió antes de besarla de nuevo.

Despertó bajo cálidas mantas cuando la luz ya se filtraba entre las cortinas, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. Se giró para confirmar que él seguía durmiendo a su lado, con su moreno cuerpo desnudo tendido relajado, y con una mano posada posesivamente sobre su cadera. Le observó durante largo rato. Después, procurando apartar su mano despacio para que no se despertase, se deslizó fuera de la cama, y vistiéndose rápidamente, salió de la habitación, procurando cerrar la puerta sin hacer ruido.

Se dirigió a la cocina para preparar café. Nunca hubiese pensado que algo así ocurriría. Después de todo ese tiempo, era como si hubiesen seguido en el mismo punto donde lo dejaron. En realidad, ella se obligó a pensar que jamás volvería a verle. Pero él había cumplido su palabra. Una sonrisa apareció en sus labios. ¿Podría venir a verla a menudo a partir de ahora? Quizás, podría venir, una o dos veces al año, ¿no sería maravilloso saber que podría volver a verlo?

Sintió sus brazos rodeándola cuando ponía las tazas encima de la mesa, y cuando se volvió, él la besó con ternura. Aún no se había vestido, y solo llevaba puestos los pantalones. Sentir la tibieza de su piel hizo que el deseo volviese con fuerza. Se había levantado con idea de ir a abrir la tienda, para después dar cualquier excusa y poder volver a casa, pero cambió de idea. Podría mandar recado para que ese día fuera Miguel a abrir y...

—Debo irme —dijo él cuando se separaron.

—¿No...no puedes tomar el desayuno siquiera? —dijo ella, decepcionada.

—Tengo solo tiempo para un café rápido. Ojalá hubiese tenido algo más para poder dedicarlo a otra cosa.

Ella sonrió, sonrojándose levemente, mientras él la soltaba y se sentaba. Cogió la cafetera para

servirle, mientras él tomaba asiento:

—La verdad, es que quiero que hablemos antes de que deba irme. Ayer...Tenía intención de que hubiésemos hablado ayer, pero en fin, digamos que las cosas se precipitaron —dijo con una sonrisa.

—Sí, claro, si me dejas que vaya por unos bizcochos que tengo en...

Ella hizo ademán de ir hacia la cocina, pero él le tomó la mano y le pidió: — ¿Puedes sentarte, por favor?

Ella asintió, y se sentó frente suyo. Él la miró muy serio, y ella notó que toda su relajación desaparecía y que ahora estaba tenso. Algo grave tenía que decirle.

—Entonces, ¿te irás hoy mismo? —preguntó, tratando de evitar que su decepción fuera demasiado evidente.

—Sí. Esta noche saldré en el tren para Hendaya. Ya te dije que es demasiado peligroso pasar más tiempo del estrictamente necesario aquí. Llegue ayer por la tarde, y vine directamente a verte. Hoy tengo que encontrarme con las personas de las que te hablé, y cogeré el tren en cuanto termine.

Ella asintió, y revolviendo su café intentó encontrar la mejor forma de preguntarle cuando volvería, cuando él dijo:

—Tengo algo que proponerte —Ella levantó la vista esperanzada. Quizás no tendría que preguntárselo y él ya lo tenía todo pensado—. Sé que es precipitado, pero no sé cuándo voy a poder volver, si es que puedo hacerlo—. Le tomó de la mano que removía la cuchara y le miró a los ojos—. Pero creo que está claro. Nosotros nos queremos. O al menos...Yo sé que te quiero, y espero que tu sientas lo mismo —Él la miró expectante, y ella asintió con la cabeza, sonriendo tímidamente. Hasta ahora él nunca le había dicho con palabras que la amaba. Ella sintió como su corazón latía descompasado y alegre, y notaba una curiosa sensación, como si flotase. Quiso levantarse para lanzarse a sus brazos, pero sus siguientes palabras la detuvieron—. Entonces, Ángela, ¿quieres casarte conmigo?

Sus ojos se abrieron con sorpresa y se quedó mirándole, petrificada, mientras él, introduciendo una mano en su pantalón, sacaba un anillo.

—Hubiese querido que fuese el anillo que mi familia ha usado desde hace generaciones, y que la petición hubiese sido menos precipitada, pero de momento tendrás que conformarte con esto —dijo sonriendo y mostrándole una sencilla alianza de oro.

Nunca se hubiese esperado aquello. Su historia, aquella historia de amor suya no era de las que acaban en boda. No podía serlo. Él, aunque por circunstancias hubiese caído en desgracia, y de momento viviese en el exilio, seguía siendo un hombre perteneciente a una familia rica, poderosa, un miembro de la élite. Y ella, ¿quién era? Una ladrona. Está bien, una ex-ladrona. Sabía que él la amaba, puede que, y a pesar de las dudas, siempre hubiese sabido que él la amaba. Por eso, esperaba que pudiesen seguir juntos, ser amantes. Pero ¿casarse? Estaba trastornado, claramente, un matrimonio entre ellos no era posible.

—¿Casarnos? —preguntó, con voz temblorosa. Él detectó el miedo y la duda en su voz, y trató de explicarse.

—Sí, claro. Quiero ser un marido. Y quizás algún día, un padre.

—¿Padre? —exclamó ella, aún más sorprendida, sí cabe.

—Bueno, sí —respondió él, incomodo—Nunca formó parte de mis planes, es cierto, pero... Es algo extraño, pero después de conocerte..., me encuentro observando a las jóvenes familias que veo por las calles, y envidiándolas...—lanzo una carcajada incrédula—. La verdad, nunca pensé que algo así pudiera ocurrirme —. Ella le miraba con los ojos abiertos de par en par, e intentó tranquilizarla.

—Verás, lo tengo todo pensado. Vendrás conmigo a París, y nos casaremos en cuanto lleguemos. Ya he incluso he hablado con el párroco de una pequeña parroquia que conozco. Es muy bonita, te encantará. Lamentablemente, tendré que usar mi falsa identidad, así que de momento serás la señora de Rodrigo Hernandez, pero eso no tiene importancia. Lo arreglaremos en cuanto la situación cambie, que tengo esperanzas de que no sea dentro de tanto. De momento, viviremos en el pequeño apartamento que tengo cerca del Sacre Coure, no es gran cosa, pero el barrio es muy animado. Pero si no te gusta quizás pronto podremos mudarnos a...

—¿A París? ¿Yo? —exclamó.

—No debes preocuparte por el idioma. Por supuesto, ya no tendrás que trabajar, así que podrás aprender poco a poco. Ya verás cómo te encantará París, yo he aprendido a amarla. Es una ciudad...

—Alonso, espera —ordenó. Él calló y la miró, con el corazón pendiente de un hilo—. Tú... tú quieres que lo deje todo. Mis amigos, mi negocio, mi vida. Qué lo deje de repente todo, y te siga.

—Sé que es mucho lo que te pido, y que es muy precipitado. Pero, Ángela, te estoy pidiendo que nos casemos. Que compartamos nuestra vida.

Ella se levantó de repente, y le miró con rostro grave y pálido.

—Así que, después de cuatro años, de no tener una sola noticia tuya—dijo ella con voz temblorosa, mirando fijamente el mantel—. Te presentas en mi puerta un día, y esperas que lo deje todo para seguirte.

Él la miró durante largos instantes, y finalmente contestó, muy serio.

—Tienes razón. Es una locura, perdóname. Yo..., siento haberte puesto en esta situación. Tú has construido una nueva vida aquí. De la nada, y tú sola. Sin ninguna ayuda, has creado un floreciente negocio. Es admirable, de verdad. Y entiendo que no vayas a dejarlo todo por mí. Es una tontería. Discúlpame. Qué tontería, ¿verdad? Pensé que iba a llegar aquí ¿Cómo qué? Un caballero de brillante armadura que viene a salvarte, y a llevarte con él en su caballo blanco. Pero no, tú no necesitas que nadie te salve ¿cierto? No necesitas a nadie.

Se levantó de la mesa, y volvió a meter el anillo en el bolsillo. Ella le siguió con la mirada, mientras él iba al cuarto, y continuaba allí cuando él salió vestido al poco tiempo. Le siguió hasta la puerta y allí le preguntó, antes de que la abriera:

— ¿Vendrás a verme cuando vuelvas a Madrid?

Él tardo en contestar: —No lo sé. No sé si podré hacerlo. Al menos no durante un tiempo.

Ella asintió, con los ojos vidriosos, antes de que él saliera. Se quedó en el descansillo, oyendo sus pasos alejarse por las escaleras. Después, se acercó a la ventana, por si le veía abajo en la calle, pero no le distinguió entre las numerosas personas que transitaban ya por allí. Después, acabó de vestirse y peinarse, se puso el sombrero y salió hacia la tienda, como cada día.

Alonso miraba sin ver a través de la ventanilla a las personas que caminaban apresurados por el andén de la estación de Atocha. No las había tenido todas consigo cuando emprendió aquel viaje hace solo dos días, ni mucho menos. De hecho, pensaba que poder recuperar a Ángela después de todo el tiempo transcurrido, sería una empresa casi imposible. Estaba casi seguro de que cuando llegara a Madrid se encontraría a una Ángela felizmente casada, o que simplemente, no querría saber nada de él. Aun así, tenía que intentarlo.

Hasta que la había visto. Cuando había podido mirarla a los ojos había comprendido que todo saldría bien, porque ella seguía amándolo. Había sido un pobre iluso. Las cosas nunca eran tan fáciles. Y ahora, después de haberla tenido entre sus brazos de nuevo, tendría que volver a comenzar de nuevo. No, ahora sería peor. Porque ya no tendría esperanzas de recuperarla. En el fondo lo entendía. Nunca había conocido a ninguna mujer como ella. Era fieramente independiente, tendría que haber sabido que no aceptaría renunciar a todo para seguirle. Ella no necesitaba de nadie, y lo único que valoraba más que su independencia era su libertad. Era una de las cosas por las que la amaba. Sin embargo, había pensado que serían capaces de construir un futuro juntos.

La puerta del compartimento se abrió en ese momento y el revisor apareció en umbral, con cara de pocos amigos.

—Papeles y billete. —Ordenó.

Alonso comenzó a preocuparse seriamente después de que el hombre llevase largos minutos examinando los papeles, al tiempo que le echaba miradas suspicaces.

—¿Dónde dice que se dirige?

—Ya le he dicho, viaje hasta Paris.

El hombre bajo de nuevo la mirada hacia los papeles, y pareció decidirse. Se guardó los papeles en la chaqueta y le indicó:

—Acompáñeme —. La sangre de Alonso se le heló en las venas.

—¿Cuál es el problema?

—He dicho que...

—¿Me permite pasar? —una voz femenina se dejó oír tras el revisor, y este se apartó sorprendido, para dejar pasar a una acalorada Ángela, que portando múltiples bultos hacía una aparatosa entrada en el minúsculo habitáculo—¡Sorpresa amor! —Exclamó, hacia un anonadado Alonso. — ¡Al final he podido adelantar el viaje! Por favor —dijo volviéndose hacia el revisor— ¿sería tan amable de ayudarme con esto? —Y soltando las maletas prácticamente encima del hombre, siguió diciendo—: Pues sí cariño, al final me daba tanta lástima que tuvieras que irte tú

solo, que le dije a mi madre, “No me importa lo que digas, no voy a dejar que por culpa de un vestido sin terminar mi pobre prometido se vaya solo hasta Paris, si hace falta, me caso en camisón”. ¡Así se le dije querido, te lo prometo! ¡Y aquí me tienes!

Ante la confusión de ambos hombres, la muchacha se sentó finalmente, y dirigiéndose ahora al revisor le dijo, con una sonrisa deslumbrante:

—Vamos a casarnos en Paris, ¿sabe usted? ¿No le parece que es romántico?

El hombre, que continuaba paralizado, reaccionó entonces, y cogiendo una de las maletas, dijo, un tanto desconcertado:

—Eh...esto..., sí, claro, les felicito —y se dispuso a colocarla en el estante superior, mientras preguntaba— ¿Viven ustedes allí?

—Uy, yo no, pero mi prometido tiene allí un trabajo muy importante ¿sabe? Yo aún no he estado, pero vamos a vivir allí durante un tiempo, ¿no es emocionante? Paris, nada menos.

—Sí, claro.

Una vez las maletas estuvieron dispuestas, Ángela, rebuscó en su pequeño bolsito y le entregó el billete y unas monedas de propina con un gracias y una sonrisa, tomando cariñosamente a Alonso de la mano. El hombre miró a ambos jóvenes alternativamente, dubitativo, hasta que Ángela finalmente preguntó:

—¿Hay algún problema señor?

—No. Ningún problema señorita —y sacando los papeles del bolsillo, se los entregó a Alonso junto a los billetes, y con una pequeña inclinación les deseo un buen viaje, antes de cerrar la puerta e irse.

Alonso miraba a Ángela con la boca abierta, hasta que ella, cerrándosela con la mano, le dio un beso en los labios y le dijo sonriente:

—No pongas esa cara amor, que no es cierto. Llevo un traje de novia precioso en la maleta que he cogido de la tienda. Seré la novia mejor vestida y más feliz que se haya visto nunca en Paris.

Apéndice

Ángela caminaba todo lo rápido que le permitían sus tacones en la empedrada calle, mientras en la mano sostenía el último número de su revista de moda favorita, que examinaba con atención, procurando no chocarse con ningún otro transeúnte. No lo consiguió con un atildado señor, que se deshizo en disculpas, sembrados de piropos. Le costó un poco deshacerse de él, pero al final lo consiguió, con una sonrisa. Estos franceses. Poco a poco se había ido acostumbrando a sus costumbres. Comprobó que en el rato que llevaba andando se había cruzado con no pocas damas luciendo similares modelos a los que veía en la revista. Desde luego, estaba claro que París era la cuna de la moda por algo. Estos días, los sombreros cada vez más grandes, llenos de plumas y encajes hacían furor. Personalmente, no era muy amiga de aquella profusión de adornos y ornamentos, pero sabía que las matronas de Madrid se volverían locos por ellos. Tenía que hacerse con un buen acopio para su próximo envío a María. Ella se encargaría de hacer buen uso de ellos.

Se paró un instante al pasar por la puerta de una pequeña floristería, y se asomó dentro, donde una pequeña mujer colocaba flores en un gran jarrón.

—Buenos días Marineta, ¿llegarán a tiempo mis gardenias? —preguntó en su aún imperfecto francés.

—Buenos días señora Hernandez, ¡claro que sí! Ya he enviado al chico con ellas para su tienda ¿Acaso dudabas de mí?

—Claro que no, usted nunca me falla. Muchas gracias. ¡Hasta luego! —Aquel era un día importante en su tienda, presentarían la nueva colección a unas cuantas y seleccionadas clientas, y quería que todo estuviera perfecto. Y las flores frescas siempre conseguían dar la atmosfera adecuada.

Siguió caminando apresurada, y una sonrisa radiante apareció en su cara al levantar la vista. Alonso la observaba sentado a una mesa del pequeño café de la esquina, dejó en la mesa el periódico que estaba leyendo, y se concentró en observarla caminar hasta él. Cuando ella llegó hasta él, se inclinó para depositar un beso en su mejilla, y se sentó a su lado.

—Uff, pensé que no llegaba. La prueba con Madame Moustier ha sido eterna, esa mujer nunca está contenta.

—No te preocupes, aún no han llegado. ¿Quieres? —dijo empujando hacia ella un platito donde reposaba un croissant.

—Mmmm, no debería pero... —dijo pellizcando el delicioso bollo recién hecho y llevandoselo a la boca con glotonería —. Siempre me tientas, sabes que tengo que guardar la línea. Ya no soy una veinteañera precisamente.

—Tonterías. Sigues igual de hermosa que siempre. Seguro que has hecho volverse a más de uno viniendo para acá.

—No seas tonto— dijo, aunque se acordó del señor de antes, y una sonrisilla apareció en su

boca.

En ese momento, un pequeño cuerpo se lanzó contra ella entre un revuelo de cintas y tirabuzones.

—¡Mami, mami! —grito la pequeña mientras tiraba de las faldas de su madre, ansiosa porque la cogiera.

—¡Emilia! —reprendió la niñera, que llegó corriendo momentos después—¡Esas no son maneras de comportarse! Discúlpeme señora, se ha soltado de mi mano en cuanto la ha visto.

—No importa Carmen, déjala —dijo ella, al tiempo que alzaba a la niña y la sentaba en su regazo, sin importarle que el vestido se arrugara, abrazando su pequeño cuerpecito con cariño. Salía temprano por las mañanas y no tenía tiempo de ver a la niña antes de que despertase, por eso, este rato en que la familia compartía un desayuno antes de seguir con sus obligaciones, era tan importante para ella. Estaba muy contenta de cómo le iba con la nueva tienda que había abierto, pero echaba de menos pasar más tiempo con la pequeña, que seguía siendo lo principal para ella.

—¿Y no le vas a dar un abracito a papa? —pidió Alonso.

La niña saltó de uno a otro con un grito, y apretó la cabeza de Alonso con sus manitas, antes de aposentarse en sus rodillas, mientras se apoderaba del croissant que había quedado en el plato.

Ambos miraban a la niña con una sonrisa en los labios mientras esta disfrutaba del dulce, hasta que Alonso dijo:

—Bueno, la semana que viene no hará falta que Carmen venga a traerla. Mi madre se hará cargo.

La sonrisa de Ángela desapareció de sus labios, y dijo: —Sigo dándole vueltas a lo de que tu madre se quede con nosotros ¿no crees que estará más cómoda en un hotel?

—Ángela..., deja ya de preocuparte. Le encantarás.

—Pero ella está acostumbrada a grandes casas, no estará a gusto en nuestro pequeño apartamento.

—Ángela, la mujer lo único que quiere es conocer a su nieta, y le gustará estar donde esté ella. Y nuestro pequeño apartamento, como tú lo llamas, es un comfortable piso de cinco habitaciones, aparte de las del servicio, donde mi madre dispondrá de todo lo que necesite ¿no te estarás volviendo un poco *snob*, querida? —dijo él, pinchándola.

—¡Vaya!, sabes que compramos ese piso porque tú te empeñaste. Yo estaba la mar de bien en el antiguo. Pero claro, ahora que te han hecho director, te parecía demasiado poco...

—Bueno, necesitábamos más espacio para que tu pudieras llenarlo con todos los inmigrantes españoles que llegan a Paris, ¿no es cierto?

—Si lo dices por Carmen, no puedes negar que está demostrando ser una estupenda niñera —dijo observando a la joven muchacha que se había ido a charlar con la floretera. La había conocido en el mercado, ya la había visto varias veces pulular por allí, y cuando la vio un día rebuscando entre las basuras, se acercó a hablarla. Se había encontrado tan reflejada en la

desesperada mirada de la chica, que no había podido hacer otra cosa que llevársela a casa.

—Sí, cariño, lo que tú digas. Pero no necesitábamos a otra, y tú lo sabes. Con la nani era más que suficiente.

—Mira quien fue hablar. ¿Te recuerdo todos los problemas que nos trae tus insufladas proclamas en favor de los desfavorecidos que te empeñas en publicar?

Él mostró una media sonrisa, pero obvió el contestar, concentrándose de nuevo en su periódico. La niña, que ya había terminado el bollo, exigió entonces:

—Venga mami, hazlo ahora.

Ángela cogió sonriendo las monedas que había dejado Alonso para pagar la cuenta, y las hizo girar en sus dedos, delante de la carita fascinada.

—La que tuvo, retuvo —dijo Alonso, desde detrás de su periódico.

De repente, sin transición, las monedas parecieron desaparecer en un parpadeo. La pequeña aplaudió con sus pequeñas manitas, encantada:

—¡Muy bien mami! ¿Me enseñarás a hacerlo?

—Claro que si mi niña.

Alonso, apartando el periódico, la miró con una ceja alzada, y ella dijo;

—¿Qué? Es una habilidad muy útil. Un día podría hacerle falta.